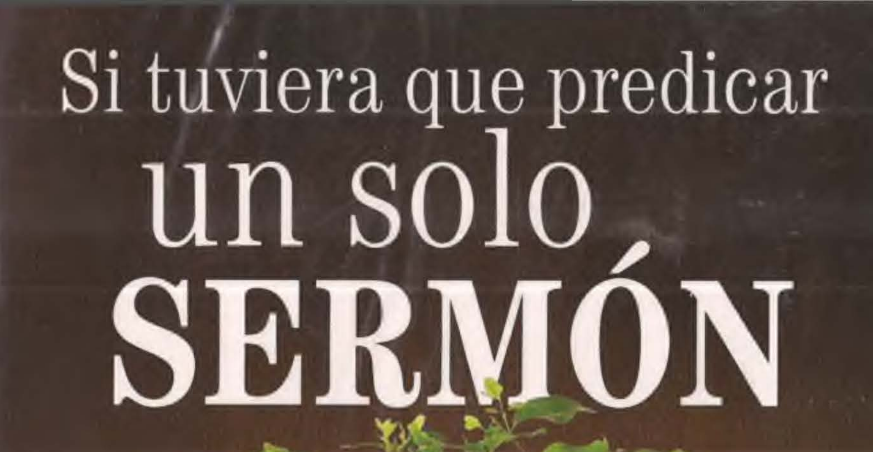


Si tuviera que predicar un solo SERMÓN

Sermones inolvidables de grandes predicadores

Si tuviera que predicar un solo SERMÓN

"Que prediques la Palabra..."
2 Timoteo 4:2

La predicación de la Palabra de Dios ha desempeñado una función esencial en el plan de salvación a lo largo de toda la historia de la humanidad. Dios se propuso expresar sus ideas, manifestar su amor y poder, e infundir fe y esperanza en el corazón del pecador mediante "la locura" de la predicación. Por eso, un sermón fue, es y será de vital importancia para el crecimiento espiritual del creyente.

En este libro, usted tiene en sus manos el testimonio de 18 predicadores destacados de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, cuyas vidas se fundieron con el plan de Dios para alcanzar a la humanidad mediante el poder de la Palabra. Algunos de estos predicadores ya descansan en el Señor, otros siguen activos en su causa; pero todos, débiles y pecadores, encontraron el secreto de su poder en la misma persona: nuestro Señor Jesucristo.

- Carlos Aeschlimann
- Alejandro Bullón
- Ismael Castillo
- Mark Finley
- Luís Gonçalves da Silva
- Frank González
- Salim Japas
- Erton Köhler
- Armando Miranda
- Jan Paulsen
- Elbio Pereyra
- Braulio Pérez Marcio
- Milton Peverini
- Robert Pierson
- Bruno Raso
- Ángel Manuel Rodríguez
- José Rojas
- Morris Venden

Ricardo Bentancur, el compilador de esta obra, fue pastor y evangelista antes de incorporarse al trabajo editorial en la Asociación Casa Editora Sudamericana, con sede en Buenos Aires, Rep. Argentina. Actualmente, es el director de *Revista Adventista* y redactor de libros en la Pacific Press Publishing Association, localizada en Nampa, Idaho, Estados Unidos.





Si tuviera que predicar un solo SERMÓN

Si tuviera que predicar un solo SERMÓN

Sermones inolvidables de grandes predicadores

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

Si tuviera que predicar un solo sermón
Sermones inolvidables de grandes predicadores

Compilación: Ricardo Bentancur
Dirección: Miguel Valdivia
Diseño: Andrea Olmedo Nissen
Ilustración: (tapa) Shutterstock
Fotografías: PPPA y Archivo ACES

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXIII - 4,5M

ISBN 978-987-701-046-6

Si tuviera que predicar un solo sermón : Sermones inolvidables de grandes predicadores / Elbio Pereyra ... [et.al.] / Compilado por Ricardo Bentancur ; Dirigido por Miguel Valdivia. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2013.
144 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-701-046-6

1. Cristianismo. 2. Iglesia Adventista. I. Elbio Pereyra II. Ricardo Bentancur, comp. III. Miguel Valdivia, dir.
CDD 230

Se terminó de imprimir el 26 de abril de 2013 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

-106759-

PREFACIO

¿Cuál es el propósito de este libro? ¿Qué interés especial podría tener para usted?

La predicación de la Palabra de Dios ha tenido una función esencial en el plan de salvación. A través de su Palabra, Dios se propuso explicar este plan a la humanidad caída. La predicación es el vehículo de comunicación mediante el cual Dios expresa sus ideas e infunde fe y esperanza al corazón del pecador.

Puesto que Dios mismo eligió "la locura" de la predicación para comunicar sus ideas, podríamos preguntarnos: ¿qué constituye un sermón bíblico? ¿Cuál es el origen de su autenticidad? ¿Cuál es su objetivo final?

Pablo derrama su alma en numerosos pasajes del Nuevo Testamento cuando describe la naturaleza de la fe cristiana y su relación con la auténtica predicación. En 2 Corintios 4:1 al 13, nos dice: "Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, *sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios.* Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto... *Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús...* Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: *Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos,* sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros" (la letra cursiva es nuestra).

En este texto el apóstol Pablo responde las tres preguntas, aunque no en el orden en que las formulamos. Si leemos la letra cursiva encontraremos la respuesta paulina a la cuestión de la predicación:

- Un sermón es la proclamación de Jesucristo, *"porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús"* (vers. 5).
- Pero, un sermón auténtico, es más que una proclamación; es también una demostración del poder de Dios en la vida del predicador, porque *"conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos"* (vers. 13). El sermón auténtico es una unidad indivisible entre la Palabra y la vida.
- Finalmente, *"teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido... por la manifestación de la verdad* [nos recomendamos] *a toda conciencia humana delante de Dios"* (vers. 1 y 2). La meta de la predicación es "toda conciencia humana". La meta final de la vida de un predicador es alcanzar a toda alma posible con la verdad que es en Cristo Jesús. Este es el propósito que tuvimos al editar este libro.

Elegimos dieciocho predicadores cuyas vidas se fundieron con el plan de Dios para alcanzar a la humanidad mediante el poder de la Palabra. Algunos de estos predicadores ya descansan en el Señor, otros siguen activos en la causa de Dios; pero todos, débiles y pecadores, encontraron el secreto de su poder en la misma persona: nuestro Señor Jesucristo. Por eso este es un libro profundamente cristocéntrico.

Nuestro objetivo como editores es que usted encuentre ideas e inspiración en cada uno de estos sermones, *"para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo"* (2 Cor. 4:6)

La Redacción, octubre de 2008.

CONTENIDO

1 Búsqueda, encuentro y satisfacción

Elbio Pereyra

"El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos.
Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo:
He aquí el Cordero de Dios" (Juan 1:35, 36).

Si tuviera que predicar mi último sermón, elegiría el texto citado. Comenzaría a leerlo desde San Juan 1:29 al 41. Andrés, Juan, Pedro, Felipe y Natanael, hombres sin atractivo, incultos, iletrados, "del vulgo" (*agrámmatoí eísin kaí idiotai:* Hech. 4:13), se retratan en el escenario de la búsqueda. Buscan al Bautista y a Jesús. Jesús es el personaje central de este relato. Su nombre aparece doce veces en el capítulo, todos ellos con gran significado.

Dos de aquellos hombres, discípulos del Bautista, buscan a Jesús. Lo encuentran. Dialogan. Van a la "casa" del Maestro. Se quedan aquel día con él, y llegan a ser suyos para siempre. Hay quienes lo buscan, lo encuentran y no lo siguen. Y hay quienes buscan, lo encuentran, lo siguen y hallan la satisfacción suprema de la vida.

Búsqueda

Andrés y Juan, pescadores en búsqueda, ignoraban los aspectos sorprendentes de la persona de Jesús, y las ideas implícitas en sus nombres mencionados en el primer capítulo del evangelio de Juan.

En este capítulo hay muchas ideas para varios sermones: el poder creador de Jesús, la Palabra de Dios humanizada, la eternidad, la encarnación, la preexistencia, la divinidad, la humanidad, el mesianismo, el señorío, la redención y la verdadera realeza. Hay, además, metáforas como la luz, la verdad y la vida, llenas de contenido espiritual.

También hay nombres para Jesús que contienen un gran valor teológico: Verbo, Dios, Unigénito del Padre, Jesucristo, Hijo Unigénito, Cristo, el Profeta, Jesús, Cordero de Dios, Varón, Rabí, Maestro, Mesías, Hijo de José, Rey de Israel, Hijo del Hombre.

Algunos se destacan: *Verbo* (en griego, *logos*), Palabra de Dios en forma humana y suprema revelación divina. *Unigénito*: si lo derivamos del verbo griego *gennao*, engendrado; si de *ginomai*, "el que llegó a ser" único. Dios y hombre en un ser. *Dios*: Juan, Tomás, Pablo y el Padre lo llaman Dios (véase Juan 1:1; 1 Juan 5:20; Juan 20:28; Rom. 9:5; Fil. 2:6; Col. 1:19; 2:9; Heb. 1:8). *Jesucristo*: Jesús el hijo humano, nacido de María. Cristo, el ungido Mesías. El humano divino Hijo de Dios. *Cristo*: Ungido, Mesías. *Cordero de Dios*. Esta metáfora no solo implica inocencia sino expiación, ofrenda por el pecado. La palabra Cordero es mencionada dos veces en el primer capítulo del evangelio de Juan; y 28 veces en el Apocalipsis. Este término proviene de Juan el Bautista, cuando presentó públicamente a Jesús. *Señor*: el que tiene el señorío. En el idioma original significaba más de lo que significa en la lengua castellana. Es quien ordena, quien manda.

Hijo de Dios: implica divinidad. Consubstanciación con el Padre. Título Mesiánico (Mat. 26:63, 64). *Hijo del Hombre*: así se identifica Jesús. En los evangelios, solo él lo usa para autodenominarse e identificarse plenamente con la humanidad mediante su encarnación (véase Mat.: 32 veces, Mar.: 14, Luc.: 26, Juan: 12; en total, hay 849 referencias). Fuera de los evangelios solo lo usan Esteban y Juan (Hech. 7:56; Apoc. 1:13; 14:14). *Jesús*: el nombre aparece 12 veces en Juan 1. En todo el evangelio, 275 veces. Los diferentes nombres para el Señor en el mismo libro, aparecen 437 veces. La persona de Juan quedó "teñida" de Cristo de por vida.

La búsqueda facilitada por el Bautista, tal vez por su declaración "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29), terminó en la "casa" de Jesús.

La Biblia menciona que Jesús se movió en un escenario de búsqueda durante tres días (Juan 1:29, 35, 43). Vino del desierto, "sin atractivo" (Isa. 53), adonde había ido luego de su bautismo. Estaba delgado; curtida su piel por la intemperie y quemada por el sol. Su aspecto y la condición de su ropa luego de 40 días en el desierto no eran normales. Estaba irreconocible (Juan 1:10). "A los suyo vino, y los suyos no le recibieron" (vers. 11). "En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis" (vers. 26). El mismo Juan el Bautista confesó: "Y yo no le conocía" (vers. 33).

Encuentro

En San Juan 1:38 aparecen las primeras palabras de Jesús en este evangelio: "¿Qué buscáis?" El que vino a buscar es buscado. Ofrece una oportunidad para aceptarlo o rechazarlo. Ir con él o volverse. Entonces comienza un diálogo: "¿Dónde moras?", preguntan los dos discípulos de Juan, Andrés y Pedro. Era necesario un ambiente distinto al provisto "junto al camino", para satisfacer las inquietudes despertadas por el Bautista cuando habló del "que viene tras de mí".

"Venid y ved", respondió Jesús, invitándolos a su morada. Emociona pensar en la "casa" donde Jesús vivía. ¿Acaso abrió Jesús la puerta y los dos discípulos se encontraron con habitaciones amplias y cómodas? ¿Habrá habido alfombras importadas de Persia y sahumerios de Oriente? ¿Cómodos asientos? ¿Abundantes alimentos y bebidas en alguna alacena? ¡Nada de eso! Jesús era un peregrino sin almohada (Mat. 8:20). Las bestias fueron más afortunadas que el Hijo del Hombre. Pasó muchas noches en el Getsemaní (Elena de White, *El Deseado de todas las* gentes, p. 637).

Ruy Barbosa, estadista y escritor brasileño, en su *Oración de Navidad* dice lo siguiente: "Mientras César cuidaba del Imperio y Roma del mundo, asomabas tú en la vileza de un establo y en la oscuridad de una provincia sin que César ni Roma te percibieran, para que a la posteridad quede la lección indeleble de que la política siempre olvida sus más caros intereses".

¿Sobre qué hablaron y hasta cuándo? El evangelio no menciona en forma explícita de qué hablaron, pero sabemos que el tema de Jesús "era hacer la voluntad del Padre". ¡Qué deleite dialogar con Jesús! ¡Qué gozo escucharlo! Respecto de cuánto tiempo pasaron juntos, Juan dice que "se

quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima [4 de la tarde]" (vers. 39). Inferimos que fueron muchas las horas que permanecieron dialogando acerca del Reino de Dios.

Fue una vivencia inefable e indeleble para los dos pescadores. Desde entonces, sus vidas fueron teñidas de Cristo. Como la vida de algunos de nosotros. Fueron suyos para siempre. Cinco décadas más tarde, Juan habla de otro encuentro en el primer capítulo de Apocalipsis: el que se realizará en el Reino Celestial. Entonces, aquellos discípulos de Juan el Bautista que decidieron seguir a Jesús sentirán plena satisfacción por la decisión tomada en aquel día memorable.

Satisfacción

Insatisfecho con los maestros de su tiempo, cierto día Pedro le preguntó al Señor: "¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Juan 6:66-69). Quienes estaban satisfechos con Juan el Bautista, se sintieron frustrados, porque Juan les confesó que mientras él estaba destinado a menguar, Jesús estaba destinado a crecer (Juan 3:25-30). Y a crecer infinitamente; de tal modo que la satisfacción con Jesús es plena y para siempre.

En este texto del primer capítulo del evangelio de Juan vemos dos pronunciamientos entusiastas: el primero, de Andrés a Pedro: "Hemos hallado al Mesías" (1:41). Andrés y la mujer samaritana fueron los primeros en reconocer al Mesías, y las primeras personas a quienes Jesús se les reveló como tal. El segundo pronunciamiento fue el de Felipe a Natanael: "Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés" (1:45). En el versículo 41, Juan dice que la traducción del término Mesías es Cristo. Jesucristo es la expresión misma de la promesa divina expresada en el Antiguo Testamento (Deut. 18:15-19). "A el oiréis" (vers. 15); y Pedro dice que "toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo" (Hech. 3:23). Por lo tanto, si usted oye la voz del Mesías que le habla mediante el Espíritu Santo, recíbala en su corazón y disfrute la plena satisfacción de ya no tener que seguir la búsqueda.

La expresión "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" es una revelación divina. ¿Qué escriba, rabino o teólogo de entonces podría

ver en Jesús el ejecutor de la expiación por el pecado del mundo? Pero en aquella entrevista los dos discípulos percibieron en Cristo "el roble en la bellota". Recibieron y aceptaron la revelación divina. Y entonces los convirtió en "suyos para siempre". No como Judas, Demas u otros. Antes y ahora.

Tanto Andrés como Juan fueron suyos para siempre. Andrés fue misionero en Tracia, Bitinia, Siria, Ponto y Macedonia, y murió mártir en Patros, Grecia. La "cruz de San Andrés", dos maderos cruzados en forma de X, recordarían la forma de su martirio: crucifixión.

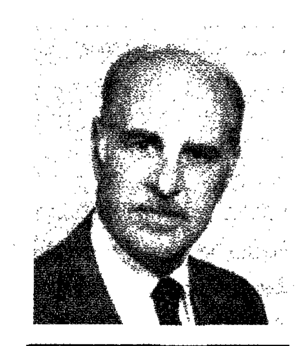
Juan, "el discípulo amado", participó de ese grupo especial de tres discípulos que en algunas ocasiones Jesús escogió para sentirse apoyado y orar juntos. Compartió con Pedro su ministerio temprano (Hech. 3 y 4). Fue el único apóstol testigo de la destrucción de Jerusalén (Elena de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 454). Pasó sus últimos días en Éfeso, según la tradición, y fue llamado a Roma donde testificó acerca de su fe ante las autoridades que querían su muerte. Llevado preso a Patmos, escribió el Apocalipsis. Eusebio, primer historiador cristiano, dice que murió mártir en Éfeso.

Conclusión

¿Cuándo se encontró usted con el Señor? ¿Podremos, como Juan, recordar el año, el día, la hora, el lugar y las circunstancias en las que nos relacionamos con él?

Desde aquel momento, ¿hemos sido suyos para siempre? Hoy podemos saber de Jesús lo mismo que pudieron conocer Andrés y Juan desde aquel día a las 4 de la tarde. Gracias a aquel encuentro, hoy tenemos un magnífico primer capítulo del cuarto evangelio, donde aparece el nombre de Cristo con profundos matices teológicos y salvíficas consecuencias espirituales.

Hoy también, como Andrés y Juan, podemos ser suyos para siempre.



El pastor Elbio Pereyra nació en Rivera, Rep. O. del Uruguay. Realizó sus estudios de Teología en la actual Universidad Adventista del Plata. Comenzó su ministerio en la Unión Austral, que abarcaba las Repúblicas Argentina, del Paraguay y del Uruguay, donde, además de pastor, fue administrador de varias asociaciones y presidente de unión. Se desempeñó como secretario de la División Norteamericana y se jubiló como Secretario del Centro White de la Asociación General. Don Elbio, como le decían cariñosamente sus conocidos, fue un gran predicador. El Señor lo dotó con un verbo agudo, sensible y profundo. Sus sermones fueron escuchados en los cinco continentes. Actualmente, disfruta la jubilación en Corrientes, Rep. Argentina, junto a su esposa, una de sus hijas y sus nietos.

2 ¿Qué quieres que te haga?

Armando Miranda

"Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga?" (Luc. 18:40, 41).

Una de las más hermosas experiencias que he tenido fue visitar la tierra de Israel. Caminar por los lugares donde Jesús caminó. Viajar en un bote sobre el Mar de Galilea, donde Jesús realizó hechos portentosos. Estar sobre el monte donde predicó el Sermón de la montaña, donde multiplicó los panes y los peces, y convirtió el agua en vino. Conocer el lugar donde nació, y el lugar de su niñez y juventud; así como recorrer la senda del Calvario y el lugar en el huerto donde fue depositado su cuerpo herido, donde pagó el precio de nuestra salvación y se levantó victorioso al tercer día. Aunque el desarrollo de la vida espiritual no depende de la visita a Tierra Santa, "la tierra de Jesús", de todos modos es emocionante.

Después de predicar en Tel Aviv y Jerusalén en nuestras iglesias, y asistir a una serie de reuniones sobre el ministerio en favor de los judíos en las afueras de la ciudad, un día decidimos visitar otro lugar que tiene recuerdos hermosos en el ministerio de Jesús, la ciudad de Jericó. Al transitar por las calles de esa pequeña ciudad, con abundantes palmeras y ro-

sas, pronto nos encontramos frente a uno de los sitios más visitados por los cristianos, el sicómoro, el árbol donde Jesús se encontró con Zaqueo. Allí donde empezó una nueva vida para este pequeño hombre de mala reputación. Al estar en Jericó, vino a mi mente el encuentro de Jesús con otro habitante de esa ciudad, que cambió para siempre su vida. Leamos el relato. Se encuentra en San Lucas 18:35 al 43.

La Palabra de Dios dice: "Aconteció que acercándose Jesús a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando; y al oír a la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús nazareno. Entonces dio voces, diciendo: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! Y los que iban delante le reprendían para que callase; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que reciba la vista. Jesús le dijo: Recíbela, tu fe te ha salvado. Y luego vio, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios".

Era el último viaje de Jesús a Jerusalén. En los versículos anteriores a este relato (31 al 34), el Maestro les anuncia a sus discípulos: "He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, afrentado y escupido. Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará". El relato de San Lucas nos dice, en forma sorprendente, que ellos no entendieron lo que les dijo. Ahora de pronto están entrando en Jericó y en medio de la gran multitud que viaja por motivo de la fiesta de la Pascua que se aproxima, la atención de Jesús se enfoca en una persona: el ciego a la orilla del camino. Notemos algunas cosas en relación a este hombre:

1. No solo era ciego, sino que era mendigo. No todos los ciegos son mendigos, ni todos los mendigos son ciegos, pero este sí lo era. Era ciego y mendigo. ¿Quién es un mendigo? Es alguien que no tiene la capacidad de valerse por sí mismo para subsistir, para vivir. Alguien que vive de la caridad pública. Está en lo más bajo de la escala social.

2. Por otro lado, un ciego, en esa cultura y en ese tiempo, era considerado como un maldito de Dios. Para los religiosos del tiempo de Jesús

había por lo menos tres situaciones en las cuales se manifestaba el desagrado de Dios sobre los seres humanos. En primer lugar, la lepra. En Israel era considerado el dedo de Dios, el azote de Dios. La maldición de Dios. Cuando alguien se declaraba leproso (Lev. 13), era obligado a abandonar su casa, su pueblo, su gente. Tenía que vivir aislado, y con profundo dolor gritar "¡Inmundo, inmundo!", cuando se aproximaba alguna persona sana. En segundo lugar, la esterilidad en la mujer. Cuando una mujer en Israel no podía tener hijos (aunque la causa podría ser el hombre), era considerada maldita por Dios. Era un deshonor, una afrenta que caía sobre toda israelita (Gén. 30:1, 23; Luc. 1:25). Y en tercer lugar: la ceguera. Al que nacía o quedaba ciego, por cualquier razón, se lo consideraba un maldito de Dios y un terrible pecador. El caso clásico que podemos mencionar aquí es el del ciego de nacimiento de San Juan 9:2. Allí, los discípulos preguntan a Jesús: "Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?"

Esa era la teología que enseñaban los fariseos, y el pueblo la creía. Así pues, los leprosos, las estériles y los ciegos llevaban una vida marcada, puesto que su misma familia los rechazaba. Eran una vergüenza para el buen nombre de cualquier hogar judío.

3. Aunque el evangelio de San Lucas no menciona el nombre del ciego a la entrada de Jericó, San Marcos (10:46) lo identifica y dice que se llamaba "Bartimeo". Es interesante notar que el mismo nombre parecía una burla para este pobre hombre. Bartimeo significa "hijo de Timeo"; y la palabra *timeo* significa "bendito", "bendecido". Podemos imaginarnos cuando alguien se atrevía a preguntarle su nombre y él decía: "Me llamo bendito", la gente quizá se reía porque consideraba que era una ironía o una falta de respeto a Dios.

4. Es evidente, por lo que veremos más adelante, que Bartimeo no nació ciego, sino que por alguna razón que desconocemos, perdió la vista. Una mañana se despertó. Escuchó el movimiento en su casa y en la calle. Era claro en su mente de que ya era de día, pero no lo era en su mirada: algo extraño le estaba pasando, pues aunque oía los ruidos, todo estaba oscuro, no podía distinguir nada. Preguntó a sus familiares si no había salido el sol, y estos sospecharon que algo extraño le estaba pasando a

Bartimeo: "¿Qué tienes Bartimeo? ¿Por qué no puedes ver? ¿Qué hiciste mal para que Dios te castigara? ¿Qué nos has hecho Bartimeo?"

Ese fue solo el inicio de una vida miserable. De allí en adelante, Bartimeo sería marcado como un maldito de Dios. Rechazado por sus amigos y por su familia, ahora tenía que salir a mendigar a la orilla del camino, en la entrada del pueblo, para poder vivir. La Sagrada Escritura no nos dice cuánto tiempo estuvo ciego. Lo que sí nos dice es que un día, mientras estaba sentado a orillas del camino, pudo percibir que algo inusual estaba pasando. Sus oídos se habían agudizado con el tiempo, y ahora se daba cuenta de que había algo diferente en el ambiente. Entonces preguntó: "¿Qué es eso?" Cuando le dijeron que era Jesús Nazareno quien pasaba por allí, empezó a gritar: "¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!" (Mar. 10:47). Notemos que en la versión Reina-Valera de 1990, dice: "Clamó a gritos". La gente lo quiso callar, pero la Biblia dice que gritó más fuerte: "Hijo de David. Ten misericordia de mí".

Para la mayoría de la gente, la expresión "Hijo de David", no tiene gran significado, pero para los judíos era un título mesiánico. En otras palabras, era uno de los nombres con los que se reconocería al Mesías venidero, al Salvador de Israel, por el cual oraba todo devoto judío. Notemos lo que dice San Mateo 12:22 y 23: "Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba. Y toda la gente estaba atónita, y decía: ¿Será este aquel Hijo de David?". De hecho, el evangelio de San Mateo empieza con la genealogía de Jesucristo: "Hijo de David, Hijo de Abraham" (1:1), con el propósito de mostrar a los judíos que Jesús era el Mesías que ellos esperaban. Es interesante notar que entre la multitud que entraba en Jericó ese día, la mayor confesión de fe fue la del ciego que estaba mendigando. Ni siquiera los discípulos habían discernido a Jesús como el Mesías sufriente (Luc. 18:34); el que habría de morir por ellos y por la humanidad en Jerusalén. Los intereses de ellos estaban puestos en un mesías guerrero que los habría de liberar del yugo romano, pero el ciego del camino se dio cuenta de que estaba ante el Mesías prometido, y clamó con desesperación. Jesús se dio cuenta que era su única esperanza, su única posibilidad, su única solución.

¿Qué quieres que te haga?

En el relato del ciego que estaba a la orilla del camino en Jericó, podemos encontrar tres cosas que hizo Jesús, y que hoy tienen grandes enseñanzas para nosotros. En San Lucas 18:40 y 41 leemos: "Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que reciba la vista".

Jesús siempre se detiene a la orilla del camino de la vida, donde estamos los "ciegos", los "mendigos", los "cojos", los "olvidados" por todos, para extender su mano maravillosa de bendición. Jesús siempre se compadece de nosotros. No hay una lágrima que se derrame sin que él no la note; no hay un corazón herido que él no pueda sanar.

Un día, un médico le dijo a mi hermano en forma lapidaria: "Tu enfermedad no tiene solución. Es cuestión de tiempo. Tal vez meses... pero no hay manera de evitar que llegues al final". Pero Dios tenía otros planes... y mi hermano sanó. Como dice un conocido canto: "No hay un problema que Dios no pueda resolver. / No hay montaña que él no pueda mover. / No existe oscuridad que él no pueda alumbrar. / No hay herida que él no pueda sanar". Sí, Jesús siempre se detiene a la orilla del camino y atiende tu necesidad.

La segunda acción de Jesús fue pedir que le llevaran al ciego ante su presencia (vers. 40). Tal vez nos preguntemos, por qué Jesús pidió eso, en vez de ir adonde el ciego se encontraba. Evidentemente no estaba lejos, estaba a la orilla del camino, y los caminos no eran tan anchos. Aquí hay una lección para nosotros también. En la obra de la redención, Dios nos ha dado un privilegio que no tienen los ángeles: se nos ha confiado una misión; se nos ha dado el privilegio de ser los instrumentos que el Señor quiere usar para alcanzar a otros.

En la experiencia de Lázaro podemos ver cómo Dios quiere que participemos en su obra de dar vida a los "muertos". Según San Juan 11:39, Jesús les mandó: "Quitad la piedra". No necesitaba ayuda, pero involucró a otros seres humanos en la obra de devolverle la vida a su amigo. En San Mateo 28:19 y 20 se nos enseña que la orden es "ir y hacer discípulos". Somos la boca de Dios para hablarles de la solución y la bendición que el Señor tiene para la humanidad. Somos los pies de Dios para ir a buscar

a los perdidos. Somos los ojos de Dios para ver con amor a los demás y darles consuelo. Somos las manos de Dios para levantar al caído y mostrarle el camino a la vida eterna.

Un día, mientras caminaba por las afueras de la ciudad de Chisinau, capital de Moldavia, una pareja de creyentes de nuestra iglesia en aquel lugar de pronto se detuvo a contemplar un cuadro que les partía el alma: Allí, en el basurero de la ciudad, encima de un montón de desechos, y en medio de una nube de moscas, dos niños de unos cinco o seis años estaban sacando algo de "comida" de entre la basura para saciar su hambre. Conmovidos por lo que veían, se acercaron a los niños y los invitaron a ir a su casa a comer. Los bañaron, les dieron ropa limpia y los alimentaron. Después les preguntaron por sus padres: los niños respondieron que eran huérfanos y que vivían en el basurero. Conmovidos, nuestros hermanos en la fe, los invitaron a vivir con ellos, como sus hijos. Pero los niños, que aceptaron con gusto la invitación, agregaron que no eran los únicos, que en el basurero había otros niños y niñas que vivían como ellos, y que no querían que ellos se quedaran allí.

Pronto, esta familia tuvo diez niños y niñas con ellos. Nuestra iglesia de Moldavia se organizó, y pronto alquilaron un viejo edificio para albergar a 25 niños y niñas huérfanos o abandonados por sus padres. Así nació el Orfanatorio Adventista de Moldavia, ahora con un nuevo y hermoso edificio que construyó una persona con muchos recursos económicos.

Nunca olvidemos que en la obra de la redención, somos las manos de Dios. Somos sus ojos, sus pies y su boca. Tenemos una tarea maravillosa que hacer, pues mientras ayudamos a otros, nos ayudamos a nosotros mismos. El anhelo de Jesús para nosotros es que encontremos la verdadera felicidad al llevar a otros a sus pies.

La tercera acción de Jesús ante el ciego de Jericó, fue formular una pregunta: "¿Qué quieres que te haga?" Posiblemente desde el punto de vista humano, esa pregunta no tiene sentido; es innecesaria. Alguien podría pensar: "¿Cómo se le ocurrió a Jesús hacer esta pregunta cuando estaba viendo el gran problema que tenía 'el hombre del camino'? Este ciego era un mendigo; es muy evidente que no debía hacerle esa pregunta".

A veces, los seres humanos no sabemos cómo actuar ni qué decir en determinadas circunstancias. Decimos cosas que no tienen sentido, "para salir del paso". Cierto día estábamos por iniciar el servicio fúnebre de un querido maestro. Un amigo y colega que me acompañaba fuera del templo, vio venir a la viuda hacia nosotros y le extendió la mano, le dio un abrazo y le dijo, ante mi asombro: "La felicito, maestra, por la muerte de su esposo". Yo no podía creer lo que había oído. Mi colega era y es uno de los hombres más inteligentes y articulados que conozco, y sin embargo, cuando llegó el momento de expresar su pésame, se confundió y dijo una barbaridad. Jesús, sin embargo, nunca usó una palabra inútil. Detrás de cada declaración siempre había una razón, un propósito. Aquí lo vemos haciendo una pregunta que sí tenía razón de ser. Ciertamente él sabía lo que ese hombre sufría, lo que necesitaba, lo que estaba esperando. Pero recordemos que Jesús es Emanuel, Dios en la carne, y, como Dios, respeta nuestra libertad, nuestras decisiones. Antes de que nuestros labios pronuncien una palabra o una plegaria, él no solo sabe lo que vamos a pedir, sino que conoce nuestra necesidad mejor que nosotros mismos (Mat. 6:8). Sin embargo, si no queremos confiar en él y abrirle nuestro corazón para pedir su ayuda, el respeta nuestra decisión.

Por eso, en nuestras oraciones debemos ser específicos. El ciego pidió recobrar la vista (vers. 41; NRV 2000). Y la respuesta inmediata de Jesús fue: "Recíbela, tu fe te ha salvado" (vers. 42). Es evidente que este hombre no era ciego de nacimiento, puesto que dice "que recobre la vista". Solo se recobra lo que se ha perdido, ¿verdad? Un día, nuestros primeros padres, Adán y Eva, perdieron la "vista", porque desviaron su mirada de Dios. Como resultado, ellos quedaron ciegos, y también nosotros. Pero Jesús *vino para que recobráramos lo que habíamos perdido. Él dijo:* "Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan 8:12).

La mejor petición que podemos hacer

Cuál sería su respuesta a la pregunta: "¿Qué quieres que te haga?" Tal vez usted está enfermo, o enferma. Quizá tiene problemas en su matrimonio. Tal vez tiene problemas con sus hijos. Quizá sus finanzas andan

mal, o no tiene trabajo. O tal vez tiene un ser querido que padece una enfermedad terminal. No importa cuál sea su dificultad, Jesús tiene el poder para resolverla.

La mejor petición que le podemos hacer al Señor no es más años de vida ni salud ni prosperidad material, aunque esas cosas son buenas en sí mismas. El mejor pedido que le podemos hacer a Jesús es el que le hizo el ciego a la orilla del camino de Jericó: que recobremos la vista. ¿Qué significa esto? Veamos: Lázaro fue resucitado por Jesús. También el hijo de la viuda de Naín y la hija de Jairo. El Señor sanó a miles de personas, ¿pero dónde están ellos ahora?

Los que fueron resucitados volvieron a morir y están en el polvo; los que fueron sanados finalmente murieron. La salud es importante, y también otras cosas, pero hay algo aún más importante: la vida eterna. Tenemos que reconocer que aunque la vida en este mundo tiene cosas maravillosas, también está llena de incertidumbres. Es frágil e incierta. No sabemos qué nos traerá el mañana, si es que el mañana llega. Aquí todo es pasajero, todo tiene un principio y un fin. Por eso, Jesús nos dijo que el mundo no es nuestro hogar; "nuestra ciudadanía está en el cielo, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo." (Fil. 3:20).

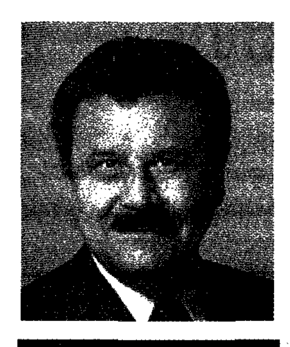
Por lo tanto, lo más importante es pedirle a Dios que "recobremos la vista". Que podamos ver a Jesús para entonces poder ver como ve Jesús. Que podamos amar como Jesús amó.

Conclusión

Lo único que puede cambiar nuestra condición, lo único que puede darnos la vista, lo único que puede darnos las vestimentas blancas para que no se descubra nuestra desnudez y miseria espiritual, lo único que puede prepararnos para el reino de los cielos, es el oro de la fe de Cristo Jesús. Y las vestiduras blancas de su justicia divina y la unción del colirio del Espíritu Santo, como aconseja el Testigo fiel de Apocalipsis.

Nuestra oración debe ser: "Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí". "Que recobre la vista, Señor", para que pueda tener vida eterna, pues "el que tiene al Hijo, tiene la vida" (1 Juan 5:12). No hay nada más importante que esto.

Recuerde, en este día Jesús ha venido a nuestra Jericó, aquí a la orilla del camino donde nos encontramos. Se ha detenido, nos ha llamado y nos pregunta: "¿Qué quieres que te haga?" Pidámosle visión para contemplarlo y realizar la gran misión.



Armando Miranda es actualmente vicepresidente de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. En sus 37 años de ministerio, Armando sumó una vasta experiencia como pastor y administrador eclesiástico. Fue presidente de varias asociaciones y de la Unión del Norte, en México. Dotado de un gran talento musical, intercala el canto con la predicación. Su palabra, tanto hablada como escrita, es sencilla y profunda a la vez. Unió su vida hace 36 años con Rosa Alicia Gálvez, con quien tuvo tres hijos que les dieron tres nietos.

3 La señal del Salvador

José Vicente Rojas

"Porque de tal manera amó Dios al mundo,
que ha dado a su Hijo unigénito,
para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.
Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo,
sino para que el mundo sea salvo por él"
(Juan 3:16, 17).

Si tuviera que predicar mi último sermón, basaría mis pensamientos en este texto. Señalaría el poder del perdón divino. Hablaría de la esperanza que nace en el corazón que acepta el amor de Dios. Proclamaría el amor infinito de Cristo.

Una de mis canciones favoritas cuenta la historia de una persona que caminaba por una estación de ferrocarril observando a la gente que se abría paso entre la multitud. Con un suave aire de compasión, el canto describe el dolor de alguien que ve a tantos caminando apresuradamente, y los compara con las incontables personas que están perdidas en este mundo.

La balada comienza pintando un cuadro en el que muchos llevan "su equipaje lleno de vergüenza". El tren que están abordando conduce a la muerte; entonces la melodía toma un tono triste. Las palabras expresan

una verdad universal: "A lo largo de los siglos, el corazón del hombre necesita perdón y libertad".

Pero, luego, el canto se transforma en una nota llena de esperanza, cuando la letra dice: "Y estoy lleno de una profunda compasión, como mi Padre me la ha dado. ¡Siempre predicaré el evangelio, hasta el extremo de la Tierra, hasta que todos hayan oído que Jesús es el camino al tren que va rumbo al cielo!"

Saca tu cabeza por la ventana y mira lo que pasa a tu alrededor. Vivimos en un mundo que parece estar vivo, pero que en realidad se está muriendo interiormente. En lo profundo del corazón de muchas personas no hay esperanza. Cuando encendemos el televisor, todos nuestros deseos de "paz en la Tierra" se derrumban ante las continuas historias de guerra y de crimen, tanto en nuestro vecindario como en todo el mundo.

La culpa

He trabajado como ministro del evangelio con personas de muchas culturas y en muchos lugares durante casi tres décadas. En este tiempo he llegado a entender una gran verdad acerca de nuestra sociedad posmoderna. Podemos reducir todo a un común denominador mínimo cuando miramos la mayor necesidad que hoy tiene la gente.

Algunos sugerirían que nuestra mayor necesidad es de alimento, y en verdad el hambre produce un estado de emergencia extrema, de proporciones asombrosas en muchos lugares de la Tierra. ¡Cada tres segundos, alguien muere de hambre en nuestro planeta! Otros dirán que la mayor necesidad es la de más conocimiento de las enseñanzas de la Biblia.

A través de los miles de encuentros personales que he tenido con la gente, ya sea en privado, en una iglesia, en el escenario de un estadio, en el lugar de trabajo, en un hogar o en un avión, he oído el mismo clamor que surge continuamente. No importa cuál sea el tema que se está tratando, la gente tiene *una necesidad primordial de perdón.*

La culpa causa muchas de las disfunciones que vemos hoy en día en los hogares. A menudo, las familias se dividen como consecuencia de la culpa de los padres transmitida a sus hijos. En el trabajo, la culpa es la causa de muchas conductas disfuncionales que se observan en la relación

entre los empleados. En algunas iglesias hay personas que se presentan como muy santas, porque asumen ciertas formas religiosas, pero al mismo tiempo tratan a otros con una crueldad brutal en nombre de Dios.

Tengo amigos que han prestado servicio en las fuerzas armadas y que viven con un trauma profundamente arraigado en sus corazones porque han visto muchas muertes. La culpa de haber sobrevivido a la guerra, o de haber visto errores que condujeron a muertes inocentes, o meramente por haber sido victoriosos en una batalla al precio del dolor ajeno, hace que muchos veteranos necesiten todo tipo de apoyo psicológico.

Ya sea por hechos recientes o por vivencias de hace mucho tiempo, muchas personas viven con una necesidad indescriptible de perdón. La culpa es algo muy real. La Biblia se refiere correctamente al diablo como "el acusador de nuestros hermanos" (Apoc. 12:10). Satanás hace bien su trabajo y nos mantiene suficientemente desequilibrados como para impedir que tengamos vidas llenas de significado, que produzcan fruto para el reino de Dios.

El perdón

El ministerio de Jesús es la respuesta directa de Dios a nuestra culpa. Jesús no vino a este planeta porque nosotros somos buenos. Vino porque él es bueno. Jesús no vino porque somos fuertes. Vino porque él es fuerte. Se nos dice en la Biblia en tono triunfal que "siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8).

Los dirigentes del tiempo de Jesús lo acusaban constantemente de violar los reglamentos del templo. Pero Jesús no tuvo el propósito de quebrantar las costumbres y los reglamentos de la congregación. Estaba tratando de alcanzar a la gente para ofrecerles perdón por el pecado. La cultura religiosa del tiempo de Jesús parecía limitar severamente el perdón a la mayoría de las personas que buscaba la misericordia de Dios.

Cierto día, algunos sacerdotes abordaron en una callejuela a los discípulos de Jesús y les preguntaron: "¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?" (Mat. 9:11). Ocurría que cuando miraban hacia el interior de la casa donde estaba Jesús, veían al Maestro sonriente y disfrutando el compañerismo con los pecadores más marginados. Nada

podía ser más chocante en esos días que el hecho de que alguien del pueblo de Dios fuese visto en la compañía de pecadores.

Jesús contestó la pregunta del sacerdote con acciones. La razón por la cual se sentaba y comía con pecadores y publicanos era porque había venido a la Tierra para salvarlos. Jesús no vino para "llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento" (Mat. 9:13). Quienes pensaban que estaban sin pecado, simplemente habían aprendido a negar y a cubrir su culpa con una conducta religiosa. Jesús vino para perdonar realmente a las personas y restaurarlas para sí mismo.

En otra ocasión, Jesús asombró a los dirigentes religiosos cuando perdonó a una prostituta que había ido al hogar de un fariseo, quien estaba honrando a Jesús con una cena. Cuando Jesús contempló a esta mujer que había sido abusada hasta el punto de tener que vivir en la calle, simplemente no pudo condenarla, como era la costumbre. Ella había venido a buscar perdón, humillándose y ungiendo los pies de Jesús con perfume y lavándolos con sus lágrimas. Mientras lloraba, Jesús respondió con la bendición más preciosa que ella jamás había recibido: ¡el perdón!

Incluso, en otro lugar, Jesús estaba visitando un hogar, cuando repentinamente un grupo de personas abrió un agujero en el techo para bajar a un paralítico sobre una cama, a los pies de Jesús. Jesús le dijo al paralítico: "Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados" (Mat. 9:2). Inmediatamente se sintió una gran tensión en el lugar: los dirigentes religiosos pensaron cosas terribles, porque Jesús había perdonado los pecados de un hombre enfermo. En ese entonces se creía que la enfermedad era un resultado directo del pecado. Para ser honestos, hay muchas personas que todavía hoy piensan de esa manera.

Jesús hizo una pregunta clave: "¿Qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda?" (vers. 5). Pensemos en esto por un momento: ¿Es difícil para el Creador del universo sanar las enfermedades? ¿Es difícil para el Creador de la vida restaurar la vida? El que hizo todas las cosas puede fácilmente irrumpir en la humanidad con poder y gran gloria. Recordemos que Jesús es la razón por la cual canta el coro del cielo. Él puede aliviar el dolor físico de cualquier persona; pero para perdonar nuestro pecado, es necesario que aceptemos su plan de salvación.

Los principios del perdón

Experimentar el perdón del pecado significa que un corazón contrito ha respondido a la gracia de Cristo. Jesús nunca impondrá su amor a nadie. Si alguien no quiere ser perdonado, Jesús no impondrá su perdón a esa persona. Imagínese cuán difícil es esto para Jesús: tener la voluntad de redimir al hombre pero no poder decidir por él. Muchos deciden simplemente encubrir y negar su culpa antes que rendirse a un Salvador. Otros piensan que Dios nos está pidiendo demasiado.

Otro principio importante que no podemos pasar por alto aquí es que todo lo que Jesús nos pide, él lo hizo primero. Jesús nunca le pediría a usted y a mí que demos un paso que él no dio. Jesús siempre nos muestra el ejemplo de lo que dice y luego nos invita a responder en consecuencia. Aunque Jesús vino como el Hijo de Dios para salvarnos, nunca usó su divinidad para tener una ventaja sobre nosotros. Jesús fue tentado en todas las cosas, así como lo somos nosotros, pero nunca pecó. Jesús decidió permanecer plenamente humano y depender de su Padre, así como nos invita a que dependamos hoy de su Padre.

¿Tiene usted conciencia de que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16)? Dios demostró su amor cuando envió a su Hijo. Jesús luego se dio completamente por nosotros en la cruz con el propósito de pagar nuestra culpa y salvarnos de nuestros pecados.

Muchos no aceptan hoy la invitación de Jesús de ser sus discípulos, porque aún no han comprendido que el Maestro los acepta tal como son. Pero es en este punto donde las buenas nuevas del evangelio llegan a ser verdaderamente preciosas. Jesús ya lo aceptó a usted hasta el punto de haber pagado el precio por sus pecados y haberle ofrecido el perdón. ¿Lo aceptará?

Otro principio del perdón humano es que es parcial. El perdón divino es completo. Lo repito para que lo entienda usted muy bien: recuerde que cuando Dios perdona, perdona completamente. Quizás otra manera de entender la intensidad del poder del perdón es considerar un ejemplo reciente que ocurrió en Sudáfrica. Se presenciaron muchos momentos de

sanamiento emocional durante las audiencias de la Comisión de Verdad y Reconciliación realizadas después de la caída del *apartheid*, que había separado las razas causando mucha injusticia y dolor durante generaciones en esa gran nación.

Durante una audiencia, una mujer negra se sentó en la silla de los testigos, enfrentando al comandante que había ordenado que su esposo y su hijo de dieciséis años fuesen muertos por "causar caos" durante demostraciones contra el *apartheid*. Este comandante ordenó que el hijo fuese muerto y quemado enfrente de ella, y que sus huesos y sus cenizas fuesen llevados a otra parte. Más tarde, ella tuvo que enfrentar al mismo comandante, quien en medio de la noche llevó preso a su esposo, y después de dos años, lo mató, quemó su cuerpo y llevó sus cenizas lejos de allí.

Se produjo un silencio total en la sala cuando se le preguntó a la mujer, que lloraba, qué debería hacerse con el comandante que había admitido haber sido el hombre que ordenó esas atrocidades contra aquella familia. Todos miraban en dirección de la mujer que estaba en el estrado de los testigos. El silencio era tan palpable que uno casi podía oírlo.

La mujer levantó la vista tristemente y miró directamente a los ojos del comandante nervioso y sudoroso. Ella solo tenía tres cosas para decir. Humildemente preguntó: "¿Puede usted llevarme al lugar donde están los huesos y las cenizas de mi esposo y de mi hijo? Quisiera darles un entierro digno". Entonces agregó: "Lo perdono, y Dios también lo perdonará". Luego, en una liberación espontánea de un dolor abrumador, le dijo al comandante: "¡No tengo a nadie a quien amar! Usted me quitó a los únicos seres a quienes alguna vez amé. ¿Hay alguna forma de que usted pueda venir a mi casa de vez en cuando para aprender a amarlo?"

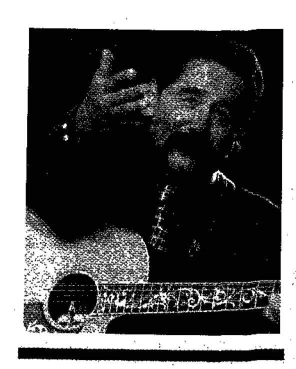
Toda la sala del tribunal se sintió sobrecogida por sus palabras y hubo una explosión espontánea de exclamaciones y de llanto entre el gentío que, pasmado, presenció el encuentro. El poder del perdón va más allá de "poner el pasado detrás de nosotros". Dios puede liberar a un alma torturada mediante el poder del perdón. Lo que esta mujer demostró excede por lejos las palabras vacías que a veces oímos acerca del perdón. El perdón que el comandante recibió ese día demuestra que el poder de Dios transforma las vidas de un modo que quizá jamás hemos imaginado.

Es asombroso, pero ¡el comandante y su familia llegaron a ser amigos íntimos de la mujer que había perdido todo por ese hombre!

Conclusión

El perdón es el puente que se tiende en el abismo que nos separa de Dios. La reconciliación comienza cuando Dios nos perdona y se nos abren nuevos horizontes de luz y esperanza con él.

Un discípulo de Cristo comienza el viaje de fe experimentando primeramente el perdón en su vida. El apóstol Juan escribió: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9). La primera señal que se identifica en la vida de un discípulo es la señal de un Salvador. ¿Ha visto usted la señal del Salvador en su vida? Hoy es su día.



El pastor José Rojas sirve como director del Departamento de Voluntarios de la División Norteamericana. Cantante cristiano, autor y predicador apasionado de la Palabra de Dios, tiene una licenciatura y una maestría en Religión por la Universidad de Loma Linda, California, EE.UU., y un doctorado Honoris Causa en Divinidades, otorgado por la Universidad Adventista del Suroeste, EE.UU. Además, trabajó en la Casa Blanca como asistente de dos presidentes de los Estados Unidos de Norteamérica, en Iniciativas de Pólizas Domésticas para el Liderazgo Humanitario en ese país. Con su esposa Ruthie disfrutan la vida con cuatro hijos.

4 Jesús y María Magdalena

Frank González

"De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella" (Mar. 14:9).

¿Si hoy tuviera que predicar un sermón? Elegiría el texto citado. La historia de María Magdalena será pertinente siempre para todas las épocas. Y su mensaje debemos recordarlo cada día.

Cierto ingenioso autor escribió una novela que ha resultado un éxito de librería. Llegó a los cines de la mano de una película que batió todos los récords de popularidad. Hago referencia a *El Código de Da Vinci.* Uno de los personajes centrales de esta novela es María Magdalena. Millones de personas que jamás se han interesado en ver lo que la Biblia dice acerca de esta mujer, se han amontonado en las salas de cine para ver esta historia imaginaria. En realidad, la historia de María Magdalena es una presentación de las buenas nuevas del evangelio de Jesús, porque él nos ha mandado que contemos su historia por todo el mundo: "De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella" (Mar. 14:9).

¡Pensemos en esta promesa asombrosa de Jesús! Fue a esta María a quien Jesús puso en un pedestal. Desde luego, no con el fin de adorarla

o reverenciarla, sino como un ejemplo de lo que la gracia puede lograr en la vida de alguien que, a pesar de haber caído tan bajo y haber llegado a fracasar miserablemente, fue transformada de tal modo que se convirtió en una cristiana modelo.

¿Quién era esta extraña mujer? ¿Y por qué Jesús la alabó en términos que podrían parecer excesivos? ¿Qué hay en su vida que entusiasma a este grado?

De todos los fracasados que podamos imaginar, ella era lo peor de lo peor, a tal punto, que la Biblia dice que había llegado a estar poseída por "siete demonios". En otras palabras, era un caso perdido. El diablo la poseía de pies a cabeza (Luc. 8:2).

Pero lo dicho no explica por qué Jesús dijo que su historia debía ser contada en todo lugar donde se predicara el evangelio. Jesús libró a muchas personas de los demonios, pero de ninguno de ellos dijo algo semejante.

Los elementos de la historia están todos en el Nuevo Testamento, y es fascinante seguir todas las pistas, porque nos llevan a un relato sumamente interesante, que muestra lo que Cristo puede hacer en favor de los que no tienen esperanza, tanto a los ojos de los demás como a los suyos propios.

Primera pista: María creció en un suburbio respetable de la ciudad de Jerusalén, llamado Betania. Allí vivía la gente acomodada.

Segunda: El hogar del cual venía estaba muy lejos de ser "disfuncional" o anómalo, porque leemos que su hermana Marta era una respetada maestra culinaria, que organizaba banquetes para gente importante, como su tío Simón, el fariseo. Encontramos estos datos en Juan 12:1 y 2. El mismo texto nos dice que su hermano era un respetado ciudadano de Betania, de nombre Lázaro.

Tercera: Lázaro era prominente, porque en Juan 11:19 leemos que "muchos judíos" habían ido a su funeral, cuando a su muerte fue colocado en un costoso sepulcro. En otras palabras, María debe de haber tenido todas las ventajas necesarias para crecer como una dama feliz y exitosa. En cambio, llegó a estar poseída de esos "siete demonios", y se hundió cada vez más en el lodo, hasta llegar a no ser nada, y menos que nada. ¿Qué anduvo mal?

Cuarta: Fue víctima de abuso sexual. Al reunir todos los indicios, esta conclusión se hace lógica. No sabemos si fue violada, o si fue seducida a participar voluntariamente en una aventura. Pero quien le arruinó la vida fue un clérigo, un fariseo de los que se creían tan santos que proclamaban su justicia por las calles. Eran los hipócritas a quienes Jesús nos advierte que no imitemos (Mat. 6:2; 23:13). Este hombre supuestamente justo era como algunos clérigos modernos, que se aprovechan de los más vulnerables de la sociedad, como los niños y las mujeres. Más adelante veremos la evidencia que nos permite identificar quién sedujo a María.

Quinta: María se sintió tan avergonzada y devastada por su tragedia, que dejó el hogar y terminó en un lugar llamado Magdala. Allí su vida no significaba nada, desprovista aun de esperanza para el futuro. Como tantas mujeres que han sufrido abusos, se vio carente de respeto propio, sin razones para vivir. Y se sumió en el abismo de la desesperanza. Su caso llegó a ser tan grave, que siete demonios se posesionaron de su mente y su corazón. En lo emocional, no sabía qué hacer. A menudo, cuando un hombre destruye la vida de una mujer, ella nunca puede volver a confiar en ningún varón. Pero en esta ocasión, sucedió algo maravilloso.

Sexta: María conoció a un Hombre distinto a cualquier otro que hubo conocido. Se interesó en ella, pero no en su cuerpo. Este Hombre amó el alma de esta mujer, como dice un antiguo himno inglés escrito por Carlos Wesley. Jesús oró por ella. Renació en su corazón la esperanza. Entre las oscuras nubes aparecieron los rayos del sol, y su corazón volvió a florecer. Por fin comenzó a vislumbrar la posibilidad de convertirse nuevamente en una mujer digna y honorable. Al fin del túnel comenzó a surgir un resplandor de esperanza.

La Biblia dice que Jesús echó fuera de María no uno sino siete demonios. Pero no todos salieron de una sola vez. Fue un caso semejante al del ciego a quien Jesús sanó por etapas (Mar. 8:22-25), acerca del cual dice el relato: "Vino luego a Betsaida; y le trajeron un ciego, y le rogaron que le tocase. Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que

mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos". Después de la primera vez que María fue liberada del diablo, volvió a caer. Y si alguna vez hemos caído, bien sabemos que no hay cosa peor que caer después que uno pensaba estar convertido.

Pero Jesús no la abandonó. Nuevamente oró por ella, una, otra y aun otra vez. Siete veces oyó María el clamor intenso y urgente del Hijo de Dios, que rogaba a su Padre celestial que liberara plenamente a esa alma perdida de la apretada red que el demonio había entretejido a su alrededor.

Por fin, el último demonio fue echado fuera. Después de haber aconsejado durante muchos años a personas con problemas, pienso que ese demonio bien pudo haber sido el profundo resentimiento que María sintió contra el hombre que había arruinado su vida. Cuando, por fin, pudo llegar a perdonarlo, al darse cuenta de que ella no era mejor que él, por ser ambos pecadores, cuando pudo simpatizar con sus debilidades, al darse cuenta de las suyas propias, entonces recibió la libertad.

Séptima: ¿Cómo se siente usted hacia alguien que le ha salvado la vida y rescatado su alma, restaurándole todos los gozos y bendiciones de la vida? Desea agradecerle, ¿no es verdad? María también deseaba proclamar a todo el mundo cuán maravilloso Salvador es Jesús. Pero no podía. No solo por ser mujer le estaba prohibido hablar en público, sino que, para rematar, tenía mala fama y había perdido hasta la última partícula de su buena reputación. "¿Cómo puedo mostrarle mi gratitud?", pensaba.

Entonces recordó un detalle que Jesús había mencionado, pero que los discípulos habían pasado por alto. El Salvador había dicho que iba a morir. Los discípulos apartaron de sí el pensamiento, pero a María no se le escapó ese dato. "Cuando venga el tiempo –pensó–, podré ungir su cuerpo muerto".

Octava: Cuando fue a la tienda del perfumista, la evidencia indica que María no quiso ver ninguno de los productos baratos y comunes que se ofrecían a precios especiales. En cambio, insistió en comprar lo más fino, el perfume reservado para los reyes o gobernantes. Mateo y Marcos dicen que era "de mucho precio". El costo era alto: 300 monedas de plata (ver Mar. 14:5), llamadas denarios, cada una representaba el salario de un obrero por un día completo de dura labor (Mat. 20:2). Por lo tanto, 300

denarios representaban el salario de un obrero ¡por todo un año! El perfumista debe haber quedado asombrado. ¿Cómo podía una mujer pobre gastar así el dinero?

La razón era que María se había propuesto hacer algo especial para Alguien muy especial. Pero tenía que esperar hasta el momento terrible de su muerte, según había dicho varias veces.

Novena: Ahora, la trama de esta historia verdadera y fascinante adquiere un extraño matiz. La presencia del hombre que había arruinado la vida de María se perfila en el escenario del Nuevo Testamento. La versión que ofrece Lucas suple los detalles que faltaban. El relato está en Lucas 7:36 al 50.

El hombre aludido, Simón el fariseo, había caído bajo el peso de su propia culpabilidad. ¡Había arruinado la vida de una mujer! Durante el día, sonreía y bromeaba con sus compañeros fariseos, pero por la noche se sentía miserable. Se sentía como David cuando oraba acerca de su adulterio y asesinato, en el Salmo 32: "De día y de noche se agravó sobre mí tu mano" (vers. 4). Cuando llevamos una carga de culpabilidad durante mucho tiempo, la salud se ve quebrantada. Simón tuvo que abandonar su hogar, sin esperanza, agobiado por lo que parecía ser una maldición divina, una terrible enfermedad que la Biblia llama lepra (Mat. 26:6; Mar. 14:3). Pero también fue bendecido al encontrarse con el mismo Hombre con el que María se encontró. Jesús tuvo compasión de él, y lo sanó plenamente, sin reparos ni condiciones, sin exigirle que confesara que Cristo era el Mesías.

Simón, que era un individuo cortés, también quiso darle gracias, entonces organizó un banquete en honor de Jesús, e invitó también a sus discípulos. Marta, la famosa hostelera, estuvo a cargo de la comida. (Pero Simón no incluyó a María entre los invitados.)

Sin embargo, María oyó acerca de la fiesta, y se le ocurrió una idea brillante: "¿Por qué esperar hasta que Jesús haya muerto para ungir su cadáver?" Tomó, pues, su frasco de perfume "de mucho precio", y entró en la sala del banquete sin invitación. Lucas describe así la dramática escena: "Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con

perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume" (Luc. 7:37, 38).

En su interior, María sentía gratitud: "¡Gracias, Señor, por salvar mi alma!" Fue el acto más bello que jamás realizara un pecador arrepentido. ¿Nos hemos dado cuenta de que no hubo otro hombre desde la creación del mundo al que le lavaran los pies con lágrimas?

Pero en vez de aplaudir, algunos de los circunstantes estallaron en ira. Marcos revela los detalles: "Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella" (Mar. 14:4, 5). Podríamos suponer que Jesús estuvo de acuerdo con los críticos, pero no. Jesús reprendió a los críticos y derramó alabanzas sobre María. Dice Marcos: "Pero Jesús dijo: Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura" (Mar. 14:6-8). Luego, le hizo la promesa de que, dondequiera que se predicara el evangelio, por todo el mundo, se había de contar esta historia.

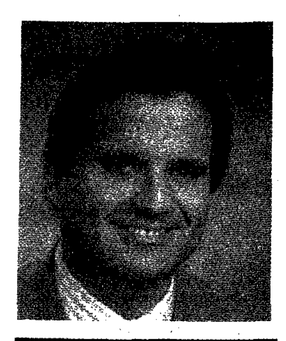
¿Por qué? Es que Jesús vio en su acto un reflejo de lo que él estaba a punto de hacer por el mundo entero. En el frasco de alabastro que yacía quebrado en el suelo, Cristo vio un emblema de su propio cuerpo, que pronto sería quebrantado por nosotros. En el perfume "de mucho precio" que corría por el suelo, vio un emblema de su propia sangre preciosa que derramaría por nosotros, y que la mayor parte del mundo despreciaría. Y en la generosidad de María al comprar un perfume tan caro, vio un reflejo de su propia generosidad cuando pagaría con su sangre la redención de la humanidad.

La dama llegó justo a tiempo para escuchar el sermón. Escudriñó con sus ojos el salón, y se le fue el ánimo al piso. Al parecer, no había dónde sentarse. Entonces un diácono amable, que tenía el lugar inventariado, le ofreció dirigirla a un asiento (¡el único desocupado de todo el vasto sitio!). Agradecida, nuestra dama lo ocupó rápidamente. Lo que le ocu-

rrió entonces, la estremeció como nada antes en su vida (me lo contaría después). Justo a su lado estaba "ella", "esa", la dama que le había "robado" a su esposo. ¿Qué hacer? ¿Levantarse e irse? Se vería mal. Así que fijó los ojos en el predicador para evitar contacto visual (o de ningún otro tipo) con la "doña aquella".

"Usted, pastor González, predicaba sobre María Magdalena, Simón el fariseo y Jesús; sobre la necesidad de perdonar, acerca del poder de la gracia de Jesucristo. Al meditar en la cruz de Cristo se fue ensanchando y ablandando mi corazón. Me di cuenta de que yo también era pecadora; que habiendo recibido la gracia de Cristo, ¿cómo podía guardar rencor contra otra pecadora? Entonces me dirigí a la dama que había arruinado mi vida, mi espíritu y mi paz mental, y le dije: 'Vete en paz, querida, Dios te perdona y yo también'. Ella lloró. Yo también lloré. Y, pastor, regresé a mi hogar inmersa en una paz increíble, difícil de explicar".

¿Es usted también uno de los que aprecian lo que hizo su Salvador? Si es así, su vida demostrará su fe.



El pastor Frank González es el director y orador del programa radiofónico internacional La Voz de la Esperanza. *Como estudioso y expositor destacado de los grandes temas de las Escrituras, ha predicado centenares de sermones en los cinco continentes, y ha escrito varios libros y numerosos artículos. Nacido en Cuba, unió su vida hace 30 años con Evelyn Cameron, con quien tiene tres hijos.*

5 El Personaje supremo de la historia

Carlos E. Aeschlimann

"Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan 1:3).

Hace casi dos mil años, en el momento más crucial de la historia, Dios ofreció al mundo el regalo extraordinario de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, quien brindó a manos llenas salud, felicidad, esperanza y salvación.

Hoy confrontamos la paradoja de un mundo iluminado por portentosos adelantos científicos y tecnológicos, pero a la vez ensombrecido por problemas ecológicos, económicos, sociales y políticos que amenazan la supervivencia del planeta. Los seres humanos viven atemorizados por una ola creciente de violencia, crimen e inmoralidad. La situación se agrava día a día y parece fuera de control.

Pero Dios aún sigue ofreciendo al ser humano y al mundo el regalo extraordinario de su Hijo Jesucristo, cuyas enseñanzas son la única solución de todos los problemas personales y mundiales.

Figura majestuosa

Jesucristo: ¡qué maravillosa epopeya de amor y sacrificio evoca su nombre sagrado! Con la imaginación vemos su figura serena y majes-

tuosa recorriendo los polvorientos caminos de Judea; deteniéndose ante el enfermo para darle salud, ante el cansado y necesitado para suplir sus necesidades espirituales, ante los niños para acariciarlos y bendecirlos.

Jesús es el fundador del cristianismo y el meridiano indiscutible de la historia, cuya personalidad rebasa toda comparación o descripción. Su grandeza de alma se elevó a las alturas sublimes, corroborada por su sacrificio que no tiene parangón en la historia del amor y el heroísmo. Su gravitación en los destinos de la humanidad es ilimitada. El humilde Rabí de Galilea enseñó y predicó solamente tres años y medio, pero su doctrina ha tenido más influencia que decenios de enseñanza de los grandes intelectos, y es hoy la piedra de toque de la civilización, la cultura y la religión. Por eso el consenso unánime de la humanidad se inclina reverente ante su figura, reconociéndolo como el indiscutido superhombre de la historia.

Identidad y misión

La Santa Biblia, que presenta la vida y las enseñanzas de Jesús, nos explica que Jesús es Dios, "porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad" (Col. 2:9). Preexistió con el Padre desde la eternidad, "y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten" (Col. 1:17). Es el Creador de todas las cosas: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan 1:3).

¿Cuál fue la misión de Cristo? Vino a descubrir ante el hombre la grandeza y el amor del Padre. Vino a revelar y compartir el tesoro precioso de la verdad: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6). Pero, su misión primordial fue revelada por el ángel de la anunciación: "Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mat. 1:21). El mismo Jesús dijo: "El Hijo del Hombre vino a buscar a y salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:10). Jesucristo se elevó a las cumbres más excelsas de la grandeza sirviendo a los hombres. Su vida fue un constante ministerio de amor, supliendo las necesidades de todos. A la vez llamó a los hombres a una vida de servicio y consagración a Dios y a sus semejantes.

Cristo y las necesidades del hombre moderno

¿Puede Cristo solucionar los problemas del hombre moderno? La respuesta positiva se basa en su promesa: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20), y en el hecho de que él es hermano, amigo y guía de los seres humanos. Jesús tiene solución para todos y cada uno de los problemas del individuo. Veámoslo sucintamente:

- ***El problema del cansancio y la tensión:*** "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. 11:28).
- ***El problema de la paz mental:*** "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Juan 14:27).
- ***El problema de la necesidad de ayuda:*** "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mat. 7:7). "Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, esto haré... Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré" (Juan 14:13, 14).
- ***El problema de la soledad:*** "Vosotros sois mis amigos... No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros" (Juan 15:14-16).
- ***El problema de la salvación eterna:*** "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Rom. 3:23, 24).
- ***El problema de la muerte:*** "Dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (Juan 11:25).

En el Sermón de la Montaña, Jesús estableció la filosofía de vida que conduce al bienestar y a la felicidad presente y eterna: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mat. 6:33).

Cristo y los problemas mundiales

El mundo está tan sumido en problemas, que hace poco un estadista declaró: "Nuestros problemas están más allá de toda solución". Por fortuna, Cristo, previendo la irreversible crisis del mundo, prometió intervenir:

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay... voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:1-3). San Pablo describió la segunda venida de Cristo como "la esperanza bienaventurada" (Tito 2:13).

Al regresar en gloria, Cristo nos liberará definitivamente de todos los problemas agobiantes que nos afligen. Nos liberará del temor, porque él hará "nuevos cielos y nueva tierra" (Isa. 65:17). Nos liberará de la inseguridad y el desempleo, porque promete que en la Tierra renovada sus habitantes "edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas" (Isa. 65:21). Nos liberará de la angustia y la maldad, porque "no habrá más maldición" (Apoc. 22:3). Nos liberará del sufrimiento, pues "no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Apoc. 21:4). Nos liberará de la inestabilidad, la violencia y la guerra, porque instalará "el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (Apoc. 21:3). Finalmente nos liberará de la enfermedad y la muerte, porque ha prometido: "Sorbida es la muerte en victoria" (1 Cor. 15:54). Si deseamos gozar la plena libertad que Cristo ofrece, debemos prepararnos para el inminente regreso de Jesús: "Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz" (2 Ped. 3:14).

Un nuevo año con Jesús

Ante la crisis del mundo, ¿siente usted temor por el futuro? ¿Tiene problemas que no sabe cómo resolver? ¿Se siente solo y desesperado? ¿Se siente desorientado y sin saber qué hacer?

Lo invito a encontrar la paz, la seguridad y la esperanza. Para lograrlo, ponga su confianza en Cristo. San Pablo dijo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13). Cristo dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno... abre la puerta, entraré a él" (Apoc. 3:20). ¿Por qué no abrir la puerta de su corazón y permitir que Cristo more con usted y su familia toda la vida? Jesús anhela acompañarlo en este tiempo de crisis

como un consejero y guía para darle continuamente paz, esperanza y seguridad.

Este será el tiempo más feliz de su vida si recorre el camino siguiendo el atinado consejo de San Pedro: "Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 Ped. 2:21).

Busqué una luz y encontré negrura;
busqué un Edén y encontré una cruz;
busqué sonrisas y encontré tristura.
Y en medio de mis penas ya tan duras,
busqué un amigo y encontré a Jesús.
–Macedonio Platas



El pastor Carlos Aeschlimann nació en la Rep. de Chile. Fue ordenado pastor en 1958. Desde entonces, y por casi medio siglo, se convirtió en uno de los más influyentes evangelistas del mundo hispano. En 1964 comenzó su ministerio como conferenciante en la Ciudad de México; y de allí pasó a ser evangelista de la Unión Mexicana, donde trabajó hasta 1973. Luego fue presidente de la Unión Centroamericana; y a continuación, evangelista de la División Interamericana, donde trabajó hasta 1985. En ese mismo año fue nombrado evangelista de la Asociación General, responsabilidad que ejerció hasta 1993, cuando se jubiló. El pastor Aeschlimann fue dotado de un gran don de gentes y un talento especial para la escritura: autor del folleto de estudios bíblicos La Fe de Jesús, *escribió además varios libros y artículos para distintas revistas.*

6 ¿Podemos vivir sin esperanza?

Milton Peverini García

"Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que según su grande misericordia
nos hizo renacer para una esperanza viva,
por la resurrección de Jesucristo de los muertos,
para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible,
reservada en los cielos para vosotros" (1 Ped. 1:3, 4).

Si hoy tuviera que predicar un sermón, elegiría un texto que alentara nuestra esperanza en Cristo. ¿Podemos vivir sin esperanza? Me atrevo a decir que es la esperanza lo que le da sentido a la vida. Gracias a este don, los padres miran a su criatura recién nacida, confiando que crezca sana y buena. Asimismo, los novios van al altar esperando ser felices. En verdad, el aliento de la esperanza impulsa un sinfín de actividades. En gran medida, somos lo que esperamos. La esperanza es la chispa sagrada que hace vibrar el espíritu con la certeza de que se alcanzarán nuestros deseos más nobles. Y por otra parte, en medio de las tormentas de la vida, la esperanza se convierte en el ancla del alma. Bajo su estímulo se reconstruyen hogares desechos, se rehacen vidas destrozadas y se renuevan ideales marchitos. La esperanza nos persuade de que mañana habremos de triunfar en aquello que fracasamos hoy.

La tragedia de muchos

Lo mencionado previamente subraya lo que sucede o lo que debiera suceder. Sin embargo, necesitamos ser realistas. Multitudes viven desesperanzadas, viven entre sombras; les toca soportar pruebas tan demoledoras para su espíritu que les resulta imposible divisar el futuro con optimismo y valor. ¿Sabía usted que de acuerdo a un reciente informe de la Organización Mundial de la Salud, cada 40 segundos un habitante del planeta Tierra se quita la vida? ¿Por qué? El angustioso hastío de vivir se posesiona de este número creciente de personas, al extremo que les falta el deseo o las fuerzas para seguir viviendo.

Cuando en el jardín del alma ha palidecido o ha muerto la flor de la esperanza, el ser humano tiene todavía un recurso, un solo y bendito recurso. Debe levantar su vista al cielo, y unirse al apóstol Pedro en la siguiente expresión de alabanza: "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (1 Pedro 1:3, 4).

Existe una esperanza viva

El cambio que se opera en favor de los que aceptan la gran misericordia divina se lo describe con una palabra que lo dice todo: renacen, nacen de nuevo. Vuelven a vivir. ¿Cuál es la garantía absoluta de esa vivencia? No es un credo. No depende de lo que hayan prometido los estadistas mejor intencionados. Para el ser humano falible, frágil, sujeto a chascos, al dolor, a la enfermedad y la muerte, existe solo una esperanza segura; es una persona, es Jesucristo, la esperanza viva, porque él resucitó de entre los muertos.

A propósito, un hombre muy ilustrado le dijo una vez a una niña que creía en el Señor Jesucristo: "Mi pequeña niña, tú no sabes realmente lo que crees. Ha habido muchos cristos a lo largo de la historia; ¿en cuál de ellos crees tú?" Ella contestó: "Yo sé en cuál creo, yo creo en el Cristo que se levantó de entre los muertos". ¿Nos hemos puesto a pensar en el tremendo poder que surge de la tumba vacía?

Por mi parte nunca podré olvidar lo que significó el Autor de la vida para Rubén. En una reunión celebrada en la Universidad de las Antillas relató su dramática experiencia. A los 15 años se había convertido en un pandillero de la ciudad de Nueva York, desequilibrado por su adicción a las drogas. Al levantarse en ese día fatídico que dispuso terminar con su vida, encubrió entre sus ropas un afilado cuchillo que hundiría en su corazón. Ignorante de todo, su cristiana madre encendió el aparato de radio antes de salir a trabajar esa mañana. Ella se fue... pero instantes después el anunciador del programa *La Voz de la Esperanza* hizo esta invitación: "Y ahora, escuchemos el tema 'El suicido de Judas'". Este título sacudió a Rubén; sintió que Dios se dirigía a él. Se detuvo, y oyó la tragedia de ese discípulo traidor. Pero asimismo discernió que el Espíritu Santo le rogaba que entregase su corazón a Jesús. Y porque así lo hizo, todo su ser se inundó de vida y esperanza. Como resultado, se propuso asistir a una universidad cristiana para convertirse en un predicador del evangelio.

La esperanza que nos regalan el Padre y el Hijo

En el pasaje bíblico leído previamente, el apóstol declara que la esperanza en Jesucristo nos asegura una herencia que no se corrompe, que no se contamina, reservada en los cielos. Se trata de una esperanza superior a la que puede alentar la persona más optimista, que solo procura alcanzar las metas propias de este mundo. Como leemos en Tito 1:2, se trata de una esperanza de vida eterna. Para valorar mejor esta dádiva sublime, escuchemos otra vez a Pedro, quien dice: "Sabiendo que fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación... manifestado... por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios" (1 Ped. 1:18-21).

La esperanza del creyente proviene de Dios. Está garantizada por la resurrección de Jesucristo. Pero no olvidemos jamás que la esperanza viva y eterna, que se halla a nuestro alcance, es fruto del infinito amor divino. Tanto del amor del Padre, quien entregó a su Hijo unigénito para que viniese a este mundo a morir en la cruz del Calvario, como del amor

de Jesús, quién derramó su sangre preciosa para librarnos de la culpa y la condena del pecado. Al describir su misión redentora, Jesús declaró: "Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mat. 20:28).

Vino por amor a los pecadores

Mis hermanos queridos, no hay epopeya, no existe ninguna cruzada de amor, por más abnegada y arriesgada que haya sido, que pueda igualarse a la de Jesús. Debemos atesorarla con toda la fuerza de nuestro corazón, y decir con el apóstol Pablo: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (1 Tim. 1:15). ¿Captamos con claridad el profundo mensaje de este pasaje inspirado? A Sir James Simpson, facultativo escocés que descubrió el uso del cloroformo como anestésico en 1847, se le pidió que mencionara el máximo descubrimiento que él había hecho. Para gran sorpresa del que formuló la pregunta, Simpson no citó el uso del anestésico; declaró en cambio: "El mayor descubrimiento que yo haya realizado alguna vez, es que era un gran pecador y que Jesucristo ha sido y es mi maravilloso Salvador". En verdad, la esperanza en Cristo cobra un relieve mayor, al comprender que "todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Rom. 3:23). Y aunque no lo queramos, esto nos coloca en una situación desesperante, porque la Sagrada Escritura enseña que "la paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23).

Un misterio insondable

¿Qué sucedió para que usted y yo, seres pecadores y condenados a morir, podamos anidar esperanza de salvación y vida eterna? Repitamos esa historia maravillosa: la intervención directa de Dios en los destinos de esta Tierra. Cuando el ángel anunció que una joven virgen llamada María tendría un hijo engendrado del Espíritu Santo, indicó que su nombre debía ser Jesús, porque "él salvará a su pueblo de sus pecados". Y agregó que debería llamarse "Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros" (Mat. 1:20-23).

Resulta incomprensible: el eterno, el preexistente Hijo de Dios, se hizo carne; ese bebé nació para ser el Salvador de los pecados de usted y de los míos. Ese bebé nació y creció para morir. Le tocó enfrentar al originador

del pecado, a Satanás; y lo venció. Arrostró burlas y sufrimientos incontables por usted y por mí; y allí en la cruz pagó nuestra deuda de pecado. Al tercer día resucitó, convirtiéndose en el camino que por la fe nos puede conducir al cielo.

La salvación proviene de lo alto

Al deambular por este mundo plagado de contaminación, de hambruna y terrorismo, muchos se vuelven pesimistas y hasta fatalistas; creen que nuestra civilización se acabará. Otros, los humanistas, confían plenamente en la capacidad del hombre para resolver sus problemas. Por mi parte no considero que el ser humano como tal pueda asegurar un futuro mejor, porque él mismo es parte del problema; su ser interior está viciado con las pasiones propias de su naturaleza pecaminosa. Necesita ineludiblemente un poder externo que lo transforme. ¿Y cuál es ese poder? Al compartir su propia experiencia, el apóstol Pablo confesó: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13). Y reafirmó esta verdad a los creyentes de Colosas: "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27). ¡Hay esperanza! La propuesta y el desafío sagrado de convertirnos en fieles hijos de Dios, pueden convertirse en una gloriosa realidad. ¿El secreto? El descenso de Cristo, en la persona del Espíritu Santo prometido a todo creyente sincero y humilde de corazón.

Mis hermanos, la salvación viene de arriba. En las religiones paganas, la salvación está concebida como la ascensión del hombre hacia Dios; se pone énfasis en lo que el ser humano debe hacer para elevarse. En la fe cristiana, en cambio, la salvación depende de la venida, del descenso de Dios hacia el hombre; en lo que el Todopoderoso hace en favor del ser humano para salvarlo. Como dijimos hace unos instantes, el Hijo de Dios se encarnó al venir por primera vez a esta Tierra, y luego de su muerte y resurrección ascendió victorioso a los cielos. Y desde su trono de gloria nos envía su Espíritu para inundar nuestro ser con su presencia.

Lo que está por delante

Tanto lo que Cristo ha hecho y está haciendo por nosotros es una fuente desbordante de regocijo y gratitud. Me detengo, ahora, en lo que

aún no ha sucedido; en lo que Jesús prometió hacer en nuestro favor. Les aseguro que si las antenas de nuestro espíritu están atentas a esa verdad, todo será distinto de aquí en adelante. San Pablo declaró: "Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya" (Fil. 3:20, 21). Para el cristiano, mis amados, la esperanza de ver a Jesús cuando venga en las nubes de los cielos, es la culminación de todos sus anhelos y esperanzas. La victoria lograda por él en la cruz recién se completará cuando vuelva en gloria. Entonces la redención del ser humano será total y definitiva. La Escritura declara: "Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que lo esperan" (Heb. 9:28). Como vemos, la salvación, y por lo tanto la esperanza del cristiano, dependen de Cristo. Se cifran en su primera y en su segunda venida a esta Tierra.

¿Cómo, para qué y cuándo volverá Jesús?

Hablando de su segunda venida, Jesucristo declaró: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos" (Mat. 25:31, 32).

Este texto sagrado descarta el autoaniquilamiento de la humanidad, pero también elimina la idea de que el hombre se perpetuará indefinidamente como el árbitro de su destino. Cristo Jesús vendrá a reinar con todo poder a este mundo; un elevado sentido de justicia reclama su venida. El ser humano comprenderá entonces la solemne verdad que todos debemos dar cuenta de nuestra conducta. Al volver, Cristo determinará, como Juez soberano, quiénes serán los redimidos por la eternidad, y quiénes los condenados a muerte eterna.

¿Cuándo volverá Jesús? Hablando de su venida, Cristo dijo que "del día y la hora nadie sabe" (Mat. 24:36). Sin embargo, rodeado de sus discípulos, y por amor a ellos y a los creyentes de todos los siglos, vislumbró el tiempo del fin, y enumeró una serie de señales que indicarían la proxi-

midad de su regreso. Sin ser alarmistas, debemos saber que las guerras, el hambre, el crimen y la perversión de nuestra sociedad, proclaman en alta voz que el bendito regreso personal y visible de Jesús a esta Tierra está cercano. La señal culminante reza así: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (Mat. 24:14). El fin del dolor, del pecado y de la muerte predicho por Jesús se acerca aceleradamente. ¿Por qué afirmamos esto? Porque el evangelio está siendo predicado con más poder que nunca en este mundo. Casi no hay nación en esta Tierra que no haya sido alcanzada con el amor de Jesucristo.

Debemos vivir con esperanza

¿Podemos vivir con esperanza, una esperanza que trasciende la muerte y que se proyecta por la eternidad? Si creemos en Jesús y en sus promesas, no solo podemos sino que bajo toda circunstancia debemos vivir con esperanza. En forma consoladora, pero de un modo triunfal, así lo enseña San Pablo al decir: "Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. *Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también* traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor; que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor" (1 Tes. 4:13-17).

¿Estaremos allá? ¿Disfrutaremos junto con nuestros familiares y amigos de esa reunión insuperable con el Señor, en la que jamás se dirá "adiós"?

¿Cuál es nuestra respuesta al amor de Jesús?

El apóstol aconseja así: "Vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:12, 13).

¿Lo haremos? Como si estuviese a nuestro lado, Jesús nos dice en este instante: "Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:3).

No lo dudemos; él cumplirá su promesa.

Jesús volverá por amor a ti y por amor a mí. Él ofrendó su sangre preciosa para limpiarnos de todo pecado. Quiere que reinemos con él por la eternidad. ¿Cuál es nuestra respuesta al amor de Jesús? Ante la certeza de su venida, ¿cuál es el sentir de nuestro corazón? Ojalá que con sincera humildad le digamos ahora a Jesucristo: "Amén; sí, ven, Señor Jesús" (Apoc. 22:20).



El pastor Milton Peverini García es oriundo de Paysandú, Rep. O. del Uruguay. De vasta experiencia en la tarea pastoral, y dotado de un gran talento para la predicación, fue conocido en el mundo hispano como el director del programa internacional de radio La Voz de la Esperanza. *En 1974 sucedió al fundador del programa –el pastor Braulio Pérez Marcio–, y fue director y orador hasta 2001. En total sumó 37 fecundos años de distintas tareas de liderazgo en ese ministerio. Actualmente, sigue ligado al programa como orador emérito. Milton unió su vida a la de Eunice, con quien ya festejó las bodas de plata; y el Señor le dio tres hijos y seis nietos.*

7 ¡Esperanza y ayuda para usted!

Robert H. Pierson

"Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos
a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.
Si confesamos nuestros pecados,
él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados,
y limpiarnos de toda maldad"
(1 Juan 1:8, 9).

¿Si solo pudiese predicar un sermón? ¡Es una pregunta muy desafiante! Tal sermón trataría de la gran necesidad del hombre, pero le daría esperanza en Jesucristo. Magnificaría la justicia de Cristo y presentaría el fundamento de la justificación y de la santificación. Y ningún mensaje debería omitir la bienaventurada esperanza del regreso del Salvador y la recepción de nuestra herencia. Debe haber una apelación al rendimiento y a la rededicación. Esto cubre bastante, pero creo que si una persona recibe la verdad contenida en el concepto "esperanza y ayuda para usted", tendrá la oportunidad de ser salva aunque nunca escuche otro sermón.

Por lo tanto, si pudiese predicar un solo sermón, sería acerca de Cristo, nuestra justicia. Y el texto bíblico sería 1 Juan 1:8, 9.

La justicia de Cristo se ocupa de nuestro pasado, presente y futuro

Un día que viajaba en bote entre Jamaica y Gran Caimán, me puse a conversar con otro pasajero, y pronto abordamos temas espirituales.

–No puedo pecar –me informó categóricamente–. Soy cristiano.

–Oh –le dije. Mi voz debe haber revelado la sorpresa que sentí–. ¿Cuánto tiempo ha sido cristiano?

–Durante 35 años –respondió.

–¿Y durante todos esos años nunca ha pecado?

El recién conocido titubeó.

–No –dijo deliberadamente–, nunca.

–¿Nunca ha perdido la paciencia, nunca ha hablado una palabra descortés, nunca ha albergado odio en su corazón, nunca ha acariciado la maldad durante todos esos años? –le pregunté suavemente.

–No, nunca –fue su firme respuesta.

–Pues, mi amigo –dije–, se me hace muy difícil entender tal cosa. La Biblia dice que "si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos" (1 Juan 1:8).

Como se imaginarán, el tema de la conversación cambió abruptamente. La Biblia declara: "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Rom. 3:23). "¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?" (Prov. 20:9). Solo de Cristo puede decirse en verdad, "el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca" (1 Ped. 2:22). Si decimos que no hemos pecado –continúa el apóstol Juan–, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros" (1 Juan 1:10).

Cada hombre necesita un Salvador, porque todo hombre ha pecado. Necesitamos a Jesús para nuestros *ayeres*, para que se ocupe de nuestros pecados del pasado. También para nuestros *hoy*, a fin de que nos dé gracia y victoria sobre las tentaciones que constantemente nos asaltan. Lo necesitamos para nuestros *mañanas*, con la esperanza de verlo cara a cara en las nubes de los cielos.

Cuando contemplamos la elevada norma de justicia que Dios ha fijado para su pueblo, ¿cuántos de nosotros clamamos con el Pablo de antaño. "Para estas cosas, ¿quién es suficiente?" (2 Cor. 2:16). ¿Cómo podemos

aspirar a obtener la perfección que él requiere? Satanás busca utilizar tales pensamientos para producir desánimo espiritual en el cristiano. Está listo para "quitarnos toda vislumbre de esperanza y todo rayo de luz del alma" (Elena de White, *El camino a Cristo*, p. 54). Quizá le ha insinuado: "Tu caso es desesperado. No tienes redención" (Elena de White, *El ministerio de curación*, p. 192).

Si el malvado alguna vez le susurra tales palabras, deje que la Palabra de Dios rápidamente lo refute y le imparta confianza. "Tendrás confianza, porque hay esperanza" (Job 11:18). ¡Hay ayuda para usted! El Señor no espera que alcancemos solos las alturas de la madurez cristiana.

"Dios no nos exige que venzamos con nuestras propias fuerzas... Cualesquiera que sean las dificultades que nos abrumen y que opriman alma y cuerpo, Dios aguarda para libertarnos" (*Ibíd.*). "En esperanza fuimos salvos" (Rom. 8:24).

El pasado, el presente y el futuro del hijo de Dios están en sus manos. "Sois salvos", declara Pablo, con lo que indica que los pecados de ayer han sido resueltos. Una traducción literal de 1 Corintios 15:2 es: "Estáis siendo salvos". De manera que Pablo nos asegura que Dios ha provisto ampliamente para nuestras necesidades de hoy. Igualmente asegura: "Serás salvo" (Rom. 10:9), lo que nos da la bendita seguridad de un mañana glorioso.

Esta esperanza, esta ayuda y esta victoria no se logran por nuestras propias fuerzas. Nos llegan a través del Hombre del Calvario. "Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Cor. 15:57). "Revestida de la armadura de la justicia de Cristo, la iglesia entrará en su conflicto final" (Elena de White, *Profetas y reyes*, p. 535).

Cristo es nuestra justicia, nuestro Justificador, nuestro Santificador, aquel que un día nos glorificará. Satanás quisiera ocultar esta verdad de cada santo en sus luchas. ¡La justicia de Cristo se ocupa de nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro!

"El enemigo de Dios y del hombre no quiere que esta verdad sea presentada claramente; porque sabe que si la gente la recibe plenamente, habrá perdido su poder sobre ella" (Elena de White, *Obreros evangélicos*, p. 169).

¡En Cristo hay esperanza y ayuda! "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que po-

damos ser salvos" (Hech. 4:12). ¡Ningún otro nombre! Ni el nuestro, ni el de nuestros amigos cristianos, ni el de familiares devotos. Tampoco nos salvan las obras, ¡solo Cristo!

"La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su propia esfera, pero para esto no tienen ningún poder. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón; no pueden purificar las fuentes de la vida. Debe haber un poder que obre en el interior, una vida nueva de lo alto, antes de que el hombre pueda convertirse del pecado a la santidad. Ese poder es Cristo" (Elena de White, *El camino a Cristo*, pp. 16, 17).

Satanás no desea que esta verdad sea totalmente entendida, porque si como individuos o como iglesia esta llega a ser una realidad en nuestra vida, ¡su poder ciertamente será quebrantado!

¡En nuestra condición natural y pecaminosa, no tenemos esperanza! Cada uno de nosotros es naturalmente "carnal, vendido al pecado" (Rom. 7:14). En nosotros "no mora el bien" (vers. 18). "No hay justo, ni aun uno" (Rom. 3:10). Pero, gracias a Dios, no tenemos que permanecer en esta condición de impotencia y perdición. "Cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos" (5:6). "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (vers. 10).

La transacción total se resume en estas palabras sencillas: "Para muchos es un misterio la justificación por la fe. El pecador es justificado por Dios cuando se arrepiente de sus pecados. Ve a Jesús sobre la cruz del Calvario... Contempla el sacrificio expiatorio como su única esperanza mediante el arrepentimiento delante de Dios –porque las leyes de su gobierno han sido quebrantadas– y la fe en nuestro Señor Jesucristo, como aquel que puede salvar y limpiar al pecador de toda transgresión" (Elena de White, *Nuestra elevada vocación*, p. 54).

Jesús pagó la terrible deuda; su sangre cubre nuestros pecados del pasado. "Por la fe [el pecador que ha ofendido seriamente al Cielo] puede traer a Dios los méritos de Cristo, y el Señor coloca la obediencia de su Hijo en la cuenta del pecador. La justicia de Cristo es aceptada en lugar del fracaso del hombre" (Elena de White, *Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890).

Nuestra parte en la transacción es la de rendirnos, arrepentirnos, confesar y por la fe reclamar a Cristo como nuestro Salvador. La parte de Cristo es la de recibirnos, perdonarnos y restaurarnos. Somos aceptados como hijos de Dios. ¡Nuestros pecados son cancelados! Somos contados por justos. Quedamos justificados delante de Dios. Y esto puede ocurrir en un instante.

"[Somos]... justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Rom. 3:24). ¡Justificados gratuitamente! Gracias a Dios, no somos perdonados de mala gana y puestos a prueba. "Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación" (5:11).

Gracias a Cristo y su justicia podemos estar frente al gran Juez del universo como si nunca hubiéramos pecado. "Hay esperanza", una bendita esperanza, porque el pasado ha sido resuelto. ¡La justicia imputada de Cristo lo hace realidad!

Después de ser justificados comenzamos una nueva vida en Cristo Jesús. ¡Pero hemos de mantener esta experiencia! Jesús lo expresó claramente: "Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mat. 24:13). ¡Necesitamos ayuda a lo largo del camino! ¡Gracias a Dios, esta ayuda ha sido provista, ha llegado a ser nuestra gracias a la justicia impartida de Cristo! "Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos" (2 Ped. 2:9). "La voluntad de Dios es vuestra santificación" (1 Tes. 4:3). "La santificación de la iglesia es el propósito de Dios en todo su trato con su pueblo" (Elena de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 447).

Dios provee su gracia habilitadora para que podamos alcanzar su elevada norma de santidad. La justicia impartida de Cristo prevalece en favor de cada santo esforzado. Hay esperanza y ayuda para nosotros en todo momento de cada día. "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13). El apóstol Santiago exclamó: "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Sant. 4:7).

"Bástate mi gracia", nos dice el mismo Jesús por medio de la pluma de Pablo (2 Cor. 12:9).

¡Nadie está obligado a fracasar! "Observa a los que van subiendo, listo para enviar ayuda cuando la mano afloja y el paso vacila. Sí, decidlo con palabras llenas de ánimo, que ninguno de los que suben perseverante-

mente por esa escalera dejará de obtener entrada en la ciudad celestial" (Elena de White, *Mensajes para los jóvenes*, p. 93). ¡Qué preciosa promesa!

El secreto de la santificación se encuentra en las palabras de Juan: "Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros" (1 Juan 4:12). La sierva del Señor señala cuál es la parte que nos toca si deseamos vivir victoriosamente:

"Dios no fija límites al avance de aquellos que desean ser 'llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia'. Por la oración, la vigilancia y el desarrollo en el conocimiento y comprensión, son 'corroborados de toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria' " (Elena de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 381).

¡Qué provisión tan gloriosa! No podemos fracasar si estamos vestidos con la justicia de Cristo. Hay esperanza y ayuda abundantes para cada uno de nosotros en nuestra lucha cotidiana por vivir una vida victoriosa. Dios nos da abundantemente lo que necesitamos para el día de hoy.

Pero ¡alabado sea Dios!, ¡esto no es todo! Gracias a la vida perfecta de Cristo y su muerte expiatoria, usted y yo podemos anticipar con confianza un mañana feliz. "Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él" (1 Juan 3:2). Pronto viene la hora cuando seremos como él es. "Todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Cor. 15:51-53). Entonces, tendremos un carácter como el suyo; seremos semejantes a él en cuerpo y carácter por la eternidad. Esta es la perfección definitiva, la glorificación: estar para siempre en casa con Dios y fuera del alcance del toque tentador del malvado. "Nunca más se manifestará el mal" (Elena de White, *El conflicto de los siglos*, p. 558).

Estaremos con él y seremos como él para siempre. La justicia de Cristo será nuestra por las edades sin fin de la eternidad. ¡Qué pensamiento tan glorioso! ¡Que Dios apresure la llegada de ese día!

La justicia de Cristo hace provisión para nuestros pecados pasados: somos justificados por su justicia imputada. Su justicia hace provisión

para vivir cada día en victoria: somos santificados por su justicia impartida. Su justicia hace provisión para un futuro glorioso en su reino impoluto por el acto de la glorificación. Y todo esto es un don gratuito de la mano de un Padre celestial amante por medio de su Hijo Jesucristo.

No es de extrañar que la mensajera del Señor escribiera: "El pensamiento de que la justicia de Cristo nos es imputada, no por mérito nuestro alguno, sino como un don gratuito de Dios me pareció un pensamiento precioso" (Elena de White, *Review and Herald*, 3 de septiembre de 1889).

"Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo" (Rom. 15:13).

Sí, hermano y hermana, hay esperanza, una esperanza radiante, y ayuda, una ayuda abundante, para usted y para mí en nuestra búsqueda cotidiana de la victoria. Aunque la norma sea elevada, no tenemos que temer al fracaso si hemos decidido ser socios de Cristo. Hay ayuda para el remanente, porque Dios nos ha provisto todo en Cristo Jesús.

Hermanos y hermanas, en estos días finales lo que el pueblo de Dios necesita no son los programas, los planes, las pólizas o los votos de comisiones. Lo que necesitamos es tener al Señor Jesucristo en nuestro corazón, y lo necesitamos desesperadamente. Necesitamos su sangre purificadora que nos lava del pecado y nos justifica delante de Dios. Necesitamos el dulce Espíritu de Jesús en nuestra vida, para que nos haga amables, cariñosos y comprensivos hacia los que nos rodean.

Si somos rudos o duros o fríos no tenemos a Jesús en nuestro corazón, porque la mensajera del Señor dice que él "nunca fue rudo ni dijo innecesariamente una palabra severa; nunca causó una pena innecesaria a un alma sensible" (Elena de White, *El camino a Cristo*, p. 10).

Si somos insensibles, impacientes o irritables, y nuestra conciencia no nos molesta hasta el punto de llevarnos a una confesión, si somos duros o críticos, si discutimos las faltas de los demás, si escribimos cartas ofensivas, Jesús no controla nuestro corazón.

Si hacemos distinción entre el rico y el pobre, el encumbrado y el humilde, si el color de la piel de una persona o su lugar de origen influye sobre nuestra relación con él o ella, Jesús no controla nuestro corazón.

El Espíritu de Cristo nos hará cariñosos, comprensivos, sensibles a las necesidades y sentimientos de aquellos con quienes nos relacionamos. Cuando tratamos a los demás como quisiéramos que ellos nos traten a nosotros; cuando somos amables, caritativos y misericordiosos hacia toda persona, cuando agradar a nuestro Salvador es la pasión suprema de nuestra vida, cuando amarlo a él y guardar sus mandamientos se ha convertido en la estrella matutina de nuestro peregrinaje cristiano, entonces verdaderamente tenemos a Jesús en nuestro corazón.

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo", dice Jesús (Apoc. 3:20). Él está buscando entrar en mi corazón y en el suyo. Solo el arrepentimiento genuino –sentir verdaderamente que erramos– abrirá la puerta y le permitirá entrar.

Si las puertas de nuestro corazón se mantienen cerradas por la idolatría, la envidia, la necedad, la impureza, la deshonestidad, las maquinaciones, la glotonería o cualquier otra obra de la carne, simplemente no tenemos al Señor con nosotros.

Si estamos acariciando el pecado en nuestro corazón, él no puede y no nos obligará a abrir la puerta para molestarnos con su presencia. Hay mucho orgullo, envidia, codicia, mundanalidad y paja que tiene que ser quemada en nuestra vida antes de que podamos estar seguros de la presencia del Señor en nuestra vida. Si nos negamos ahora a responder a sus llamamientos, puede ser que él permita que el desastre, el derramamiento de sangre y la persecución nos despierten y nos preparen para recibirlo de corazón.

Hoy, mientras dura la hora de prueba, mientras la puerta de la misericordia todavía está abierta, necesitamos orar con toda sinceridad: "Señor Jesús, sé tú mi justicia, mi amor, mi fidelidad, mi firmeza, mi celo, mi todo. ¡Señor Jesús, sé todo para mí, porque solo no soy nada!" Tú y yo no podemos vivir la vida cristiana, no podemos revelar a Jesús a otros cuando intentamos hacerlo por nuestra cuenta. ¡Necesitamos ayuda, y esa ayuda viene de Jesús, el Salvador de la humanidad!

Bendito Señor, ¡cuánto te necesito!
Soy débil y pecador, pobre y ciego;

toma mi mano temblorosa, condúceme;
fuerza y vista encuentro en ti.

Vísteme con tu manto de humildad,
el mío está manchado de pecar;
enséñame primero a sentir mi debilidad,
luego a buscar tu divina fuerza.

Seguro estoy si tú me guías,
si confío en mí, ¡cuán pronto caigo!
Camina conmigo la ruta difícil de la vida,
tú mi luz, mi vida, mi todo.

Y lo que el futuro me traiga,
ya sean sonrisas de gozo o lágrimas de dolor,
seguirás siendo mi asidero,
seguirás siendo el consuelo de mi alma.
–F. E. Belden.



El pastor Robert H. Pierson fue presidente de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo de 1966 a 1979. Anteriormente había servido como presidente de Asociación, Unión y División en diferentes partes del mundo. Fue un prolífico escritor. Su biografía Radiant with Hope *lo menciona como autor de 28 libros, muchos de ellos traducidos a diferentes idiomas. Además, escribió cientos de artículos para distintas revistas. El núcleo central de la predicación del pastor Pierson fue su énfasis en la obra del Espíritu Santo. Su palabra ágil, sencilla y profunda aun se escucha través de su obra escrita.*

8 Tres hombres se encuentran con Jesús

Mark A. Finley

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apoc. 3:20).

Pienso que todo sermón debe tener como parte esencial un llamamiento a aceptar a Jesucristo. Consecuentemente, si hoy tuviera que predicar un sermón, basaría mis pensamientos en el texto citado y trataría de explayarme en la vida de tres hombres que se encontraron con Jesús.

El encuentro personal e individual con Cristo es fundamental, único e insustituible en la vida de cada cristiano. Tres hombres se encuentran con Jesús. El primero lo encuentra en su senda hacia el Calvario; el segundo, cuando pende de la cruz; y el último, al pie del madero. Tres hombres se encuentran con Jesús. Tres hombres que proceden de contextos diferentes: un agricultor africano, un ladrón y un centurión romano. Tres hombres se encuentran con Jesús. Simón, compelido por los soldados; el ladrón, crucificado a su lado; y el insensible centurión romano. Tres hombres se encuentran con Jesús. Sus circunstancias son diferentes a las nuestras, pero las lecciones que nos enseñan sus vidas son siempre nuevas y vigorosas, y relucen como el rocío de la mañana. Su historia se convierte en la

nuestra, y al seguir sus huellas, emprendemos el camino rumbo al Gólgota. Observamos que, después de todo, sus vidas no son muy diferentes de las nuestras: sus dolores, sus aflicciones y sus anhelos son también los nuestros. Sus deseos son nuestros propios deseos. Se encontraron con él en ese entonces allá, y nosotros podemos encontrarlo aquí y ahora.

Aunque nuestra vida se desarrolle lejos de aquel lugar, y aunque hayan transcurrido casi dos mil años desde entonces, estas historias bíblicas continúan siendo nuevas y vigorizantes. Son poderosas, dinámicas. Hablan a nuestro corazón.

Simón, compelido por los soldados

"Cuando salían, hallaron a un hombre de Cirene que se llamaba Simón; a este obligaron a que llevase la cruz" (Mat. 27:32). ¿Quién era este Simón? Marcos nos proporciona una pista: "Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz" (Mar. 15:21). Inferimos, entonces, que Simón era un hombre casado y tenía dos hijos. Marcos menciona sus nombres porque seguramente Alejandro y Rufo deben de haber sido conocidos dentro de la comunidad cristiana en el tiempo cuando escribió su evangelio. Elena de White provee más datos: "Simón había oído hablar de Jesús. Sus hijos creían en el Salvador, pero él no era discípulo" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 691).

Podemos imaginar que Alejandro y Rufo, judíos que vivían en Jerusalén, habían oído que Cristo había alimentado milagrosamente a los cinco mil. Habían oído que Jesús daba vista a los ciegos y hacía oír a los sordos. Sabían del perdón ofrecido a la mujer adúltera y escucharon otras historias de ese perdón ofrecido. Se asombraban al ver la transformación producida en los endemoniados por el poder de Cristo, y se convirtieron en seguidores de Jesús. Estuvieron presentes en el Sermón del Monte y lo acompañaron por las atestadas calles de Jerusalén. Y comenzaron a contarle a su padre. "Papá, creo que lo hemos encontrado", le escribió Alejandro. Y Rufo: "Papá, sin duda él es el Mesías prometido. El que sana a los enfermos y resucita a los muertos. El que camina sobre las aguas. Creo firmemente que él es el Mesías".

Llegan las cartas a Cirene, un pueblecito de Libia, en el norte de África. Y Simón se preocupa por sus hijos: "¿No será que mis hijos están siguien-

do a algún fanático extremista? ¿Se habrán adherido a algún culto sectario? ¿Habrán elegido un camino de muerte? Parece que han abandonado la fe de nuestros padres y la ortodoxia judía. ¡Más vale que haga un viaje a Jerusalén y los ponga en línea!" Y, en medio de esa confusión de ideas, lleno de curiosidad y dudas, Simón emprende viaje a Jerusalén.

Las calles de Jerusalén están llenas de adoradores. Es la estación de la Pascua. Toda Jerusalén está alborotada con la inminente crucifixión de un hombre que ya ha sido juzgado: un supuesto Mesías que ha sido condenado a muerte. Al doblar una esquina en una transitada calle de la ciudad, Simón se encuentra de pronto frente a frente con Cristo, abrumado bajo el peso opresor de la cruz. Y la mirada de Jesús se encuentra por un instante con la de Simón. El corazón del africano se conmueve y se llena de ternura y amor. Y un rudo soldado romano dice, señalando a Simón: "Si le tienes tanta compasión, llévale su cruz. Cárgala sobre tus hombros".

Las Escrituras dicen que Simón no cargó la cruz por su propia elección. Ese peso abrumador y angustioso de la cruz le fue impuesto sobre sus hombros.

Encorvándose, levantó la cruz y se tambaleó bajo su peso al ascender juntos el monte Calvario. Me imagino que las astillas de la cruz hirieron sus hombros dejándolos en carne viva. Puedo ver su espalda encorvada, oír su respiración jadeante e imaginar las gruesas gotas de sudor brotando de su frente. Escucho sus gemidos y roncos quejidos agónicos. Observo sus rodillas que flaquean y lo veo tropezar. Advierto entonces que Jesús le sonríe y Simón queda fortalecido para llevar la cruz del Salvador. Simón se encuentra con Jesús ese día, al llevar la carga más pesada de su vida. Pero esa carga se transforma en una bendición, en un puente para encontrarse con Dios.

¿Llevas tú una carga pesada sobre tus hombros? ¿Hay cosas en tu hogar o en tu trabajo que no están marchando bien? ¿Hay una carga que te hiere los hombros desnudos? ¿Llevas acaso la carga de un itinerario de trabajo que te mantiene constantemente cansado? ¿Llevas sobre tus hombros la carga de un problema de salud? ¿Son muy pesados tus estudios y un desafío para tu fe? ¿Encuentras difícil observar el sábado al ir en pos de tus objetivos? ¿Te sientes desanimado y solitario? ¿Te sientes obligado a llevar una cruz? Llévala con dignidad, como lo hizo Simón. Tómalo como

una oportunidad, porque las cruces que la vida impone sobre nuestros hombros se convierten en bendición si Jesús está con nosotros. Nuestras heridas se vuelven sus heridas. Nuestras tribulaciones se convierten en triunfos, porque es en los dolores de esta vida donde nos encontramos con él.

Aun cuando Simón llevaba su cruz, había alguien caminando a su lado. Había alguien sonriéndole para animarlo durante la jornada. Cuando Simón dejó finalmente su carga en el Calvario, Jesús la llevó solo. Por lo tanto, puedes simplemente depositar tu carga en aquel que la llevó entonces y que continúa llevándola ahora.

El ladrón crucificado a su lado

El ladrón se encuentra con él. La cruz de Jesús fue colocada entre dos ladrones. Los dos ladrones representan a toda la humanidad, y toda la humanidad debe hacer una elección con respecto a este Cristo. Uno de los ladrones dice: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros" (Luc. 23:39). Un ladrón piensa solo en sí mismo y en el momento presente. El otro ladrón piensa en la eternidad. Mientras uno de los ladrones se burla de Jesús, el otro dirige su mirada hacia él y le dice: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino" (Luc. 23:42). ¿Quién era ese ladrón? Obviamente no era romano. Si hubiera sido un ciudadano romano no habría sido crucificado. Ese ladrón debe haber sido judío. De hecho, Elena de White, en el libro *El Deseado de todas las gentes*, nos proporciona algunos datos interesantes sobre este personaje. Probablemente era un seguidor de Barrabás, el falso Mesías que intentó derrocar al gobierno romano en Palestina. Me imagino que este ladrón se crio en un hogar judío que respetaba la noche del viernes y observaba el sábado bíblico. Posiblemente, de joven, asistió a una escuela rabínica. Su dieta era por demás ortodoxa, absolutamente exenta de cerdo. Esperaba también la venida del Mesías. El problema principal de este ladrón era su descuido espiritual. El haber crecido en un ambiente religioso no tenía para él gran significado. Una concesión sucedía a la otra. El descuido lo comprometía con el pecado, del que se derivaba la culpa y la vergüenza. Ese ladrón pendiendo de la cruz representa para mí el descuido y la indiferencia espirituales.

Puedo identificarme con ese ladrón. Charles Swindoll, en su libro *Intimacy with God* (Intimidad con Dios), narra el siguiente caso: "Estaba él a punto de predicarle a un grupo de pastores y uno de ellos le dio una palmada en el hombro, diciéndole: 'Amigo, necesito hablar contigo después de la reunión'. Así que se reunió con este pastor y esto fue lo que él confesó: 'Ninguno de los que me conocen lo sabe, pero estoy funcionando ya sin combustible, solamente con el humo. Me siento solo, vacío y esclavizado a un programa de vida cuya tensión no disminuye' ".

La necesidad actual más acuciante, tanto en la iglesia como en el mundo en general, no es la de una gran cantidad de personas inteligentes o llenas de talentos, sino de personas espirituales. El descuido espiritual conduce a ciertos retrocesos sutiles de carácter y, finalmente, a la deshonra y la culpa. Pero, no pierdas la esperanza; aun dentro de ese descuido espiritual, avergonzado por esas abdicaciones internas, el ladrón encontró gracia y perdón y la seguridad de la vida eterna en Cristo. De la misma manera, arrójate al pie de la cruz, contémplate a ti mismo renovado y escucha la tierna voz de Jesús dándote perdón, nuevo poder y nueva esperanza.

El encallecido centurión romano

De pie ante la cruz, un centurión romano se encontró con Jesús. ¿Quién era este soldado romano? Puedo imaginarme la orden oficial que llegó a su despacho esa mañana: "Ejecute a este hombre de la manera usual. Pero asegúrese de que no haya ningún disturbio hoy en las calles de Jerusalén. Por lo tanto, ya sea que requiera doscientos o quinientos soldados, sepa que están a su disposición. ¡Deshágase de él!" Era parte de su tarea del día. Y mientras el Hijo de Dios moría por el mundo, un encallecido centurión permanecía enhiesto al pie de la cruz. La insensibilidad hacia las cosas divinas es uno de los más grandes pecados.

Todos nosotros corremos el riesgo de que al tratar con las cosas divinas, el hábito se vuelva una rutina tal que perdamos la emoción y la energía espirituales. Es posible comportarse de forma rutinaria, insensible y ordinaria al pie mismo de la cruz; ser indiferentes como el centurión romano que observaba fríamente al hombre crucificado. Es posible cantar con los labios himnos cristianos durante el servicio de adoración y dejar

vagar la imaginación pensando en los negocios, los estudios o el almuerzo que se aproxima. Es posible leer la Biblia medio adormecido justamente antes de quedarnos dormidos. Es posible ser insensibles e indiferentes y permitir que la rutina eclipse lo sublime.

Pero al escuchar el centurión el diálogo entre Cristo y el ladrón por encima de los gritos y denuestos de los enemigos del Salvador, al escuchar su oración agonizante y al observar la densa oscuridad que cubrió repentinamente el Calvario, experimenta algo misterioso, algo maravilloso. Nos dice Marcos: "Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: 'Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios' " (Mar. 15:39).

Conclusión

Al colocarme al pie de la cruz junto a Simón, recibo de Jesús fortaleza para llevar mi carga. Al contemplar al ladrón muriendo perdonado, desaparece mi culpa y mi vergüenza. Al estar de pie junto al centurión, tengo una nueva visión de Jesús. Al romper Jesús la rutina percibo en mi vida su toque divino y recobro la energía espiritual. Es algo más que simplemente la circunstancia diaria. Es conocer a Jesús. Es el quebrantamiento de mi propio corazón junto al suyo. Es amarlo con vehemencia.



El pastor Mark Finley fue orador y director del conocido programa de televisión It Is Written [Está Escrito], *con sede en Simi Valley, California, EE.UU. Dotado de un gran talento para la predicación, dirigió más de cien campañas evangelizadoras en todos los continentes. Además, su obra es conocida por sus más de cincuenta libros publicados y centenares de sermones, que han sido traducidos, hasta el momento, a más de cuarenta idiomas. Actualmente, el pastor Finley es vicepresidente de la Asociación General.*

9 Un grado superior de agradecimiento

Ismael Castillo Osuna

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto,
así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado,
para que todo aquel que en él cree,
no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:14, 15).

Elegí este texto porque considero que la cruz de Cristo es el todo de la vida del hombre. Como instrumento de tortura y muerte, el Hijo de Dios la convirtió en fuente de salvación. De la cruz surge la luz para el mundo. Por esa razón elegí este sermón.

Pero para entenderlo mejor, vayamos al capítulo 19 del evangelio de San Juan, desde los versículos 38 al 42: "Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevar el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se lo llevó. También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido

puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la preparación de la Pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús".

¿Creen que el acto de Nicodemo fue fruto de la caridad? ¿Una reacción tardía a su respeto y admiración por Jesús? ¿Una muestra de su arrepentimiento por no haber hecho algo por Jesús en vida? ¿Por qué habría de identificarse con un muerto? ¿Qué le esperaba el lunes cuando se presentara al Sanedrín? Ese lunes nunca llegó...

Toda la ciudad estaba convulsionada por la tumba vacía. Nicodemo no se presentó a sus oficinas en el centro legislativo. Pero ese viernes de tarde, mientras Nicodemo miraba hacia arriba y contemplaba en la cruz el cuerpo de Jesús, tuvo que haber recordado aquella declaración en la entrevista nocturna, que fue como una clave, un código, que ahora descifraba: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:14, 15).

El lunes ya no tuvo necesidad de ir a su oficina en el recinto legislativo de la nación. Ese lunes, Nicodemo ya disfrutaba la vida eterna. Ya había comprendido el pasaje más conocido de todas las Santas Escrituras: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

Volvamos a las preguntas iniciales, que surgen del pasaje en el que Nicodemo, junto con José de Arimatea, van a la cruz a bajar el cuerpo de Jesús para sepultarlo: ¿Creen que el acto de Nicodemo fue fruto de la caridad? ¿Una reacción tardía a su respeto y admiración por Jesús? ¿Una muestra de su arrepentimiento por no haber hecho algo por Jesús en vida?

Nicodemo aparece tres veces en el escenario de los evangelios. Las tres veces en el Evangelio de San Juan. La primera vez, en una entrevista con Jesús, entre las sombras de la noche, en el jardín donde el Señor acostumbraba pasar algunas noches con sus discípulos. Es sin duda una de las entrevistas más famosas del Maestro de Nazaret (Juan 3:1-21).

La segunda vez que encontramos a Nicodemo es en medio de la asamblea legislativa, el Sanedrín, interviniendo a favor de Jesús. Vean en San

Juan 7:50 al 52: "Les dijo Nicodemo, el que vino a él de noche, el cual era uno de ellos: ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho? Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta".

Y la tercera vez que Nicodemo aparece en los evangelios es al pie de la cruz, encontrándose con su Salvador.

El Nicodemo de la entrevista con Jesús ilustra muy bien lo que significa vivir en un nivel religioso aceptable por la sociedad. Vayamos al capítulo 3 y leamos el versículo 1: "Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos".

¿Podría haberse encontrado un representante más distinguido de la vida religiosa de aquellos tiempos?

Sin duda, ese era Nicodemo, y esa noche se iba a encontrar de frente con Jesús, que representaba una vida religiosa fresca, renovada. Se iban a encontrar frente a frente dos filosofías de la vida. Se esperaba en realidad una verdadera colisión.

Nicodemo no pudo ocultar la señal distintiva de su vida religiosa: "Sabemos", dice el versículo 2. El saber era el *sumum bonum* de la vida espiritual de aquel tiempo.

Pero el que llegó sabiendo, demostró que en realidad no sabía. Leamos los versículos 9 y 10: "Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?"

En los primeros días de octubre de 1998 se realizó en París la Conferencia Mundial de Educación Superior. Allí se dijo que el saber no es suficiente. En realidad nunca ha sido suficiente. Jesús le dijo a Nicodemo que mientras el saber no llegara a un compromiso no podría ver el reino de Dios. En esa entrevista, Jesús le mostró los compromisos que el cielo estaba haciendo: Él iba a ser levantado, iba a dar su vida.

Si Dios solo se quedara en el saber, entonces tendríamos un Juan 3:16 un poco diferente. Parafraseándolo: "Porque de tal manera sabía Dios lo que había pasado en el mundo que desarrolló todo un planteamiento filosófico y elaboró los argumentos para invitar a los hombres a la vida eterna". ¿Verdad que no sería suficiente para nuestra salvación?

Recuerdo la historia de José Damián, un joven sacerdote católico de Bélgica. Oyó hablar de una colonia de leprosos en las islas Molokai, en Hawaii. Se sintió muy angustiado al conocer la miseria de los enfermos en ese lugar. Se llenó de compasión y se fue como voluntario. Al llegar, la realidad fue más terrible que lo que había escuchado. El espectáculo era tan terrible que no se atrevía a acercarse a los enfermos. Estableció una clara distancia. Se presentaba los domingos en la capilla para predicar, y luego se encerraba en su choza y no salía en toda la semana.

Pero advirtió que su predicación no tenía efecto. Entonces decidió acercarse a los enfermos, comer con ellos, limpiarles y vendarles sus heridas, lavarles sus ropas; es decir, se hizo uno de ellos. Como resultado de ese acercamiento, José Damián murió leproso. Pero antes de morir tuvo la alegría de ver cómo todos los habitantes de la colonia se habían entregado a Cristo.

El compromiso es un grado superior de agradecimiento. Estamos tan acostumbrados a dar las gracias. Cuando nos dan el paso, volteamos y para mostrar nuestro agradecimiento decimos: "Muchas gracias".

"Muchas gracias" al taxista; "muchas gracias" a quien nos atiende mientras compramos; a los compañeros de trabajo. A Dios también le decimos "muchas gracias".

Nicodemo también agradeció a Jesús: "porque nadie puede hacer estas señales que tú haces". Y no sería antojadizo pensar que luego de ese reconocimiento hubiera dicho: "Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por nuestro pueblo".

Jesús le mostró enseguida un grado superior de agradecimiento: el compromiso. "Nicodemo, tienes que comprometerte... es como nacer otra vez... de agua y del espíritu".

Todo eso comprendió Nicodemo aquel viernes de tarde mientras contemplaba a Jesús en la cruz, levantado como Moisés levantó la serpiente en el desierto.

El conocido escritor Max Lucado escribió: "La cruz. ¿Puedes dirigir la mirada a cualquier parte sin ver una? Encaramada en lo alto de una capilla. Esculpida en la lápida en el cementerio. Tallada en un anillo o suspendida de una cadena. La cruz es el símbolo universal del cristianismo. Extraña decisión, ¿no crees? Extraño que un instrumento de tortura llegara a represen-

tar un movimiento de esperanza. Los símbolos de otras religiones son más optimistas: la estrella de seis puntas de David, la luna en cuarto creciente del Islam, una flor de loto del Budismo. ¿Pero una cruz para el cristianismo? ¿Un instrumento de ejecución? ¿Te pondrías una pequeña silla eléctrica en el cuello? ¿Suspenderías una horca de oro plateado en la muralla? ¿Imprimirías una foto de un pelotón de fusilamiento en una tarjeta de negocios? Pero eso es lo que hacemos nosotros con la cruz" (*Él escogió los clavos*, pp. 110, 111).

Por eso cantamos: "En el monte Calvario estaba una cruz/ emblema de afrenta y dolor/ Y yo amo a esa cruz, do murió mi Jesús/ por salvar al más vil pecador".

Y lo hizo para que nosotros jamás nos sintiéramos desamparados. Para asegurar para siempre el consuelo que provee su compañía.

Por eso se acercó el leproso, diciendo: "Si quieres, puedes limpiarme" (Mat 8:2).

Por eso, unos hijos confiados bajaron por el techo a su padre y lo pusieron frente a Cristo: "Y le rogaron que lo sanara" (ver Mar. 2:4).

Por eso, una mujer cananea tuvo la terquedad de superar todas las barreras y plantarse frente a Jesús con la seguridad de que la escucharía: "¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada" (Mat. 15:22).

Por eso, Marta y María expresaron con profunda seguridad: "Señor, si hubieses estado aquí, nuestro hermano no habría muerto" (Juan 11:21).

Por eso, Zaqueo se paró delante del pueblo y comenzó a devolver lo que había robado (Luc. 19:8).

Por eso la mujer samaritana corrió al pueblo de Sicar y trajo a un montón de gente para que conocieran al Maestro, a quien había decidido seguir (Juan 4:42).

Por eso, allí, en la misma cruz, el ladrón de al lado le dijo confiadamente: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino" (Luc. 23:42).

Por eso, los viajeros a Emaús se decían uno al otro: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino?" (Luc. 24:32)

El legítimo encuentro con Jesús nos lleva a un compromiso: Nicodemo pudo haberlo comprendido todo en la intimidad de su hogar, y allí en su cámara secreta haber rendido su corazón a Jesús.

Pudo haber convocado a sus amigos más cercanos (entre ellos, José de Arimatea) para una reunión de oración y estudio en su hogar ese viernes de noche. Y pudo haber dicho en esa reunión que él creía que el hombre a quien habían crucificado era el Mesías.

Pero salió de la casa y sacudió sus temores. Dejó su prestigio en el suelo, y se fue a la cruz, a comprometerse con Jesús y a comenzar a vivir la vida eterna.

Años más tarde, San Pablo también hablaría de su caminata a la cruz. Escribió a los Filipenses: "Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo" (3:1-8).

¿Quieren ver el grado de agradecimiento al que llegó Nicodemo?

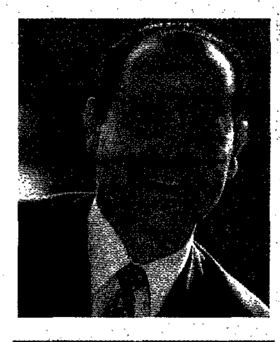
"Después de la ascensión del Señor, cuando los discípulos fueron dispersados por la persecución, Nicodemo se adelantó osadamente. Dedicó sus riquezas a sostener la tierna iglesia que los judíos esperaban ver desaparecer a la muerte de Cristo. En tiempos de peligro el que había sido tan cauteloso y lleno de dudas, se manifestó tan firme como una roca, estimulando la fe de los discípulos y proporcionándoles recursos con que llevar adelante la obra del Evangelio. Aquellos que en otro tiempo le habían tributado reverencia, le despreciaron y persiguieron. Quedó pobre en los bienes de este mundo, pero no le faltó la fe que había tenido su comienzo en aquella conferencia nocturna con Jesús" (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 148).

Hoy quisiera que respondiéramos para ser elevados a un nuevo nivel de agradecimiento: A un nivel de compromiso. Tenemos grandes desafíos de evangelización.

La evangelización del mundo no se va a completar por mostrar todo lo que sabemos acerca de nuestras doctrinas. No se va a completar por nuestra capacidad de argumentación en nuestra predicación.

El testimonio de nuestro compromiso con Dios no es entregar lo menos que podamos, sino todo lo que somos.

Este día especial de agradecimiento quisiera que lo convirtiéramos en un día especial de compromiso, para dedicar toda nuestra vida, todos nuestros recursos, a la gran misión de Cristo.



El pastor Ismael Castillo Osuna estudió Teología y Educación. Realizó una Maestría en Religión en la Universidad Andrews, y su ministerio lo realizó fundamentalmente en las aulas. En 1995 recibió un doctorado Honoris Causa en Humanidades por parte de la Universidad Adventista del Suroeste, EE. UU. Desde 1987 es el rector de la Universidad de Montemorelos, México. Dotado de un gran talento para la predicación, sus sermones han circulado por toda la División Interamericana. Está casado con Norka Harper, con quien tuvo tres hijos, que a su vez le dieron cuatro nietos.

10 Cómo trató Jesús a los pobres

MORRIS VENDEN

"Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba como el pueblo echaba dinero en el arca" (Mar. 12:41).

Hace varios años, un amigo mío y su hijo viajaban por las calurosas carreteras de California, y pasaron por un puesto de helados. Mi amigo quiso que su hijo de diez años disfrutara un helado. Así que detuvo el auto, le dio un dólar y le dijo que fuera a comprar uno.

Después de unos momentos, el niño regresó de la heladería casi llorando. Todavía tenía su billete, y le dijo a su padre que el encargado no le vendería un cono de helado. Así que el papá se bajó del auto y se dirigió hacia el empleado del negocio, y le preguntó:

–¿Qué sucede aquí? ¿Por qué no le quiere vender un helado a mi hijo?

El empleado le respondió:

–Verá, señor, aquí no vendemos conos de helado de noventa centavos. Su hijo quería un helado de ese precio.

En el acto, mi amigo, que es pastor, se dio cuenta de lo sucedido. Su hijo, de diez años de edad, en el recorrido del auto a la heladería ya le había dedicado al Señor su diezmo del dólar. Por lo tanto, más relajado, le explicó lo sucedido al propietario de la heladería, y le pidió disculpas por el malentendido.

El hombre le preguntó al niño:

–¿Le das la moneda que te sobra al Señor?

–Bueno –le dijo al niño– te diré qué vamos a hacer. Dale el dólar al Señor, y yo te daré a ti un helado.

Diciendo esto, el hombre tomó un cono y le puso una bola y otra y una tercera medida, hasta que el helado se deslizaba por los lados y se lo dio al niño. En ese acto, el niño entendió la promesa de que Dios abre las ventanas del cielo y derrama sus bendiciones hasta que sobreabundan. Dios se goza en honrar a los que lo honran.

En Marcos 12 se registra una historia de cómo trató Jesús a los pobres, aquellos que tenían muy poco y a pesar de todo pusieron a Dios primero en su dadivosidad. La historia comienza en el versículo 41: "Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca".

Conviene recordar que en los días de Cristo, aparentemente la forma acostumbrada de recibir las ofrendas era poner el alfolí en el vestíbulo. Y a medida que la gente salía de la iglesia, depositaba sus ofrendas. ¡Personalmente desearía que se rescatara esa costumbre de recoger ofrendas! Este era el método que se usaba en los días de Jesús.

Jesús pudo estar en el vestíbulo y mirar cómo el pueblo echaba dinero en el arca. "Y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante" (vers. 41, 42).

Una blanca tiene el valor de una fracción de un centavo de dólar. Aun la moneda de 10 centavos que el hijo de mi amigo había separado de su dólar, era más de lo que tenía la viuda pobre. Pero lo hermoso de esta historia es que Jesús contempló a la viuda y su ofrenda con aprobación.

"Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento" (vers. 43, 44).

Esta era una viuda pobre, aunque me gustaría sugerir que en realidad era una viuda pobre-rica. La Biblia habla acerca de los que son ricos en la fe. Y si tuvieras que elegir entre ser rico en la fe o ser rico en los bienes de este mundo, ¿cuál escogerías? Tal vez sea fácil dar una respuesta a la ligera. Pero realmente, ¿cuál preferirías?

Esta era una viuda pobre-rica que recibió una buena calificación del propio Jesús, evaluación que probablemente alcanzó a escuchar. Aparentemente, *Jesús estaba tan cerca que ella alcanzó a oír la conversación entre* el Maestro y sus discípulos.

Este encuentro se realizó a mediados de la última semana de la vida de Jesús. A escasos días de su crucifixión. Debe de haber animado el corazón de Jesús ver la fe de esta mujer. Debe de haber sido reconfortante para el corazón de la viuda escuchar el comentario de Jesús.

Jesús frecuentemente expresaba palabras de aprecio. Desde su niñez, era conocido por sus palabras de ánimo. Y esta viuda debe de haber salido del templo con un paso más ligero, con el corazón lleno de esperanza, y con suficiente valor para enfrentar un día más en su existencia, gracias a su contacto con Jesús aquel día.

De este relato se desprenden varias lecciones y principios bíblicos concernientes a la dadivosidad. En primer lugar, nuestra capacidad de dar depende de tres cosas: el dinero que tengamos, nuestras posesiones y el monto de nuestros ingresos. Ocasionalmente el dinero o flujo del efectivo de las personas se pierde en las posesiones. En Mateo 19, Jesús dijo al joven rico: "Vende todo lo que tienes, y dalo" (véase el vers. 21). Libérate de algunas de tus inversiones.

El modelo bíblico de la dadivosidad se encuentra en Malaquías, donde se describe el método de Dios. Él nos pide que demos con base a un porcentaje. En realidad, es la única manera justa de medir nuestra dadivosidad. En ocasiones podemos engañarnos pensando que hemos dado mucho dinero, solo porque hemos ofrendado una cantidad mayor que otros. Pero en la historia de esta viuda, tenemos otro principio: Dios no mide nuestra dadivosidad por la cantidad de nuestra ofrenda, sino por la cantidad que queda en nuestro bolsillo después de haber dado. Y en base a esto, esta mujer había dado más que todos los demás, porque había dado todo su sustento.

Tomemos una ilustración de nuestros días. Supongamos que un estudiante universitario que trata de pagar sus estudios con el fruto de su trabajo puede ganar 100 pesos adicionales durante el mes. De acuerdo con el principio bíblico referente al diezmo, que es el 10 por ciento, deberá devolverle a Dios 10 pesos, que en realidad no es una ofrenda voluntaria. Este es

un acto simplemente de honestidad. No es una muestra de generosidad. La Biblia enseña que el 10 por ciento de nuestros ingresos pertenecen a Dios de todos modos.

Pero si ese mismo estudiante ofrendara 25 centavos adicionales cada mes, tal vez piense que no ha ofrendado demasiado.

Otra persona, que tiene un empleo y sueldo seguros, podría ganar unos $2.000 durante el mes, pagar $200 de diezmo y ofrendar unos $5 mensuales como ofrendas. Esa persona habrá dado la misma cantidad que el alumno.

Y la persona que gana 10.000 pesos mensuales, regresa 1.000 pesos en diezmos y ofrendas 25 pesos mensuales, ha dado el mismo porcentaje que el estudiante que dio los 25 centavos. Eso nos dice mucho acerca de la justicia de Dios. ¿Verdad?

Es posible que comprendamos mal la historia de la viuda, y que digamos: debemos dar todo lo que tenemos a la iglesia.

No, eso no es lo que Jesús dice, ni es lo que espera de nosotros. Está bien quedarnos con algo. Abraham era rico. Y Abrahán obtuvo buenas calificaciones de Dios. Otros personajes bíblicos que tuvieron riquezas son: Job, David y Salomón, solo por mencionar algunos. Es correcto tener una base sobre la cual podamos hacer más dinero, siempre que esa ganancia no se convierta en algo más importante para nosotros que el tesoro celestial. David lo expresó muy bien en el Salmo 62, versículo 10: "Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas".

Consideremos otro caso real, la historia del rico insensato. Se encuentra en Lucas 12, comenzando con el versículo 16. "También les refirió una parábola, diciendo: la heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo donde guardar mis frutos?

"Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio.

–Eres un necio, hombre. Has olvidado quién es el que mantiene tu corazón latiendo. Has olvidado quién es el verdadero dueño de los frutos,

el ganado de mil colinas, el oro y la plata de todas las minas–. Esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto. ¿De quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios" (vers. 16-21).

Aquí se nos presenta un contraste con la viuda pobre. Ella dio todo lo que tenía; él se quedó con todo. ¡Vaya diferencia!

Es parte de la naturaleza humana que mientras más dinero se tiene, más se gasta. Construimos graneros más grandes. ¿Graneros? Bueno, tal vez no todos nos emocionamos con graneros. Pero cuán fácil es gastar todas nuestras ganancias en ampliar nuestras casas, adquirir automóviles nuevos y tomar vacaciones costosas y olvidarse de las necesidades de los pobres, ignorar la obra del Señor y olvidar quién es el que da el poder de adquirir los bienes.

Otra lección de cómo trató Jesús a la viuda pobre es que la persona más pobre, humilde e ignorada –de acuerdo con la medida de los hombres–, sigue siendo de inmenso valor a los ojos de Jesús. De acuerdo a los valores de aquellos días, las mujeres eran ciudadanas de segunda clase. Una mujer que había perdido el compañerismo de su marido, realmente perdía más que eso, perdía su estatus en la sociedad. Y una mujer que era viuda y pobre, era de lo más bajo que había.

Las personas en los días de Cristo medían la espiritualidad en base a las riquezas y los logros. Hasta los discípulos de Jesús, cuando él les contó cuán difícil sería que un rico entrara en el reino de los cielos, le preguntaron: "¿Quién, pues, podrá ser salvo?" (véase Mat. 19:23-25).

Era bien conocido en aquellos días que mientras más rica era la persona, más cerca estaba de Dios, y más aceptada era a los ojos de los hombres.

Pero en este relato podemos ver que el terreno se empareja al pie de la cruz. Esta viuda, en su pobreza y humildad, pudo dar más que los otros, más que todos los ricos, los encumbrados y los que reciben honores.

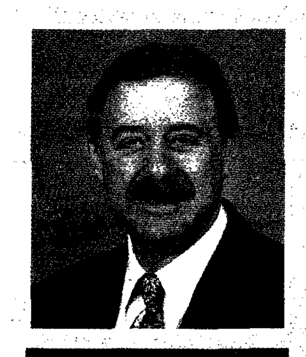
Esto fue verdad no solo en el porcentaje que dio, sino en el resultado de sus ofrendas. Debido al reconocimiento de Jesús acerca de su pequeña ofrenda, otros han sido animados a traer lo poco que poseen, que de otra manera pudo haber sido considerado demasiado pequeño para aceptar. Y mientras que las ofrendas de los fariseos ricos hace tiempo fueron ol-

vidadas, las dos blancas de esta viuda han sido la inspiración de un flujo continuo de pequeñas ofrendas, que se ensanchan hasta nuestros días.

Ella dio por amor: el rasgo distintivo que marcó la diferencia. Y es el amor de Jesús el que mide nuestra dadivosidad, grande o pequeña, a los ojos del Cielo.

Nuestra dadivosidad debe ser la respuesta y un reflejo del don de Jesús. "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Cor. 8:9).

Cuán agradecidos podemos estar por las riquezas que son nuestras en Cristo Jesús. Y cuán agradecidos podemos estar por la manera en que él trató a la viuda pobre, dándole riquezas eternas.



El pastor Morris Venden ha sido dotado de un talento especial para comunicar el evangelio, tanto con la palabra hablada como escrita. Durante sus años de ministerio, sirvió en grandes congregaciones: en las iglesias de la Universidad de La Sierra, California, en el Colegio de la Unión del Pacífico, del mismo estado, y en el Colegio Unión de Nebraska, todas en EE.UU. Se jubiló en 1998, cuando era pastor de la Iglesia de Azure Hills, en Loma Linda, California. Autor de varios libros y centenares de artículos, en 1999 se unió al equipo ministerial de La Voz de la Profecía, *donde cumplió distintas responsabilidades, especialmente como escritor y orador en convocaciones de iglesias, colegios y universidades. Su esposa Marilyn ha sido su fiel compañera en todos estos años de servicio.*

11 Cuando todo falla

ALEJANDRO BULLÓN

*"Y creció el niño, y fue destetado;
e hizo Abraham gran banquete el día que fue destetado Isaac"*
(Gén. 21:8).

Si hoy tuviera que predicar un sermón, elegiría este texto, donde el término "banquete", traducido de la palabra hebrea *mishteh*, significa literalmente "fiesta, celebración". Dios quiere que la vida de sus hijos sea una celebración. Una fiesta espiritual. Jesús dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10). Aunque la amargura y la tristeza son parte de este mundo de dolor, Dios quiere que la experiencia del cristiano sea de alegría, entusiasmo, productividad y crecimiento.

Aquel día, en la vida de Abraham, Isaac, Ismael y Agar pudo haber sido un día de alegría y regocijo. Pero el enemigo de Dios no quería eso. Al diablo no le gusta la felicidad de los hijos de Dios. Piensa, por ejemplo, en la fiesta del Edén. Adán y Eva acababan de ser creados. Había alegría y felicidad en el jardín del Edén. Pero vino el diablo disfrazado de serpiente, les arruinó la vida y la transformó en un conglomerado de tristeza. Desde aquel día, el diablo ha estado trayendo dolor y aflicción a la vida de los hijos de Dios.

El perdón divino y las consecuencias del pecado

El versículo 9 dice: "Y vio Sara que el hijo de Agar la egipcia... se burlaba de su hijo Isaac". Ismael era el hermano mayor. Debía proteger al menor; sin embargo, se burlaba. Y esa actitud arruinó la fiesta. El ambiente de regocijo que envolvía a la familia fue destruido por un acto de liviandad.

No sé si conociste a alguien que destruyó su vida por un acto de locura. Tenía una linda familia, una excelente profesión, y de repente, por una tontería, arruinó todo. Un acto de insensatez trajo dolor y vergüenza a su vida. He encontrado personas que dicen: "Me arrepiento de haber hecho lo que hice. ¡Cómo pude arruinar mi vida de esa manera!". Infelizmente, mientras vivamos en este mundo y carguemos la naturaleza pecaminosa, el diablo estará al acecho, dispuesto a arruinar lo bueno que recibimos de Dios.

La historia bíblica relata que Sara dijo a Abraham: "Hecha a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo" (vers. 10). Esta es la segunda expulsión registrada en la Biblia. La primera fue en el jardín del Edén. Yo imagino que en el Edén, Adán y Eva suplicaron a Dios por perdón. Seguramente, Dios los miró con amor y les dijo:

–Yo los perdono, pero van a salir del jardín.

–Pero Señor, si nos perdonaste, ¿por qué tenemos que salir?

Y Dios debe haberles respondido algo más o menos así:

–Ustedes necesitan entender que el perdón es una cosa y la consecuencia del pecado es otra.

Aquí hay una lección que debemos grabar con letras de fuego en el corazón. Dios perdona. Puedes estar hundido en el fondo del pozo, en la miseria, en el barro, en lo peor de lo peor, pero si clamas a Dios, él te extenderá la mano, te levantará y te perdonará. Sin embargo, la desobediencia puede traerte consecuencias terribles. Dios está siempre dispuesto a perdonarte. Pero la vida no te perdona.

Piensa, por ejemplo, en un joven que tiene sida como resultado de una vida de desobediencia, promiscuidad y pecado. Un día conoce a Cristo, se arrepiente y suplica perdón. Pregunto: ¿crees que Dios lo perdona? Claro que sí. Para el perdón divino no hay límites. Pero eso no significa necesariamente que aquel muchacho va a ser curado.

¿Te acuerdas del ladrón en la cruz? Había vivido toda su vida en pecado, pero en la hora de la muerte se entregó a Jesús. ¿Le sirvió? Claro que sí. ¿Alcanzó la salvación? Con toda seguridad. Pero, infelizmente murió.

Cuando Sara pidió a Abraham que despidiese a Ismael, el muchacho debe de haber llorado y pedido perdón. Estoy seguro de que Abraham perdonó a su hijo. El versículo 11 dice: "Este dicho pareció grave en gran manera a Abraham a causa de su hijo". Este dicho lo entristeció; el pedido de Sara lo dejó arrasado; su corazón se conmovió. Amaba a su hijo Ismael, y aunque había cometido una imprudencia, no quería perderlo. Pero con dolor y lágrimas, lo vio partir.

Creo que en el jardín del Edén, cuando Adán y Eva salieron cubriendo su desnudez con piel de cordero, los ojos de Dios también se llenaron de lágrimas. Allá se iban los hijos queridos. Infelizmente, el pecado siempre nos lleva lejos de Dios, de la familia, de los valores y principios buenos de la vida.

Dios no nos abandona

Volvamos a Ismael. Él tuvo que partir e irse lejos de la casa del padre. Supongo que el enemigo lanzó una carcajada de victoria en ese momento. Pero lo que él no sabía es que Dios no desiste del ser humano. Dios siempre tiene un plan de emergencia. Por eso, el texto dice que Dios dijo a Abraham: "No te parezca grave a causa del muchacho y de tu sierva" (vers. 12). Otras versiones dicen: "No te parezca triste por causa del muchacho y de tu sierva". Yo voy a protegerlos. El versículo 13 acrecienta: "También del hijo de la sierva haré una nación porque es tu descendiente".

"Yo lo protegeré, lo cuidaré". Esto es algo que nunca debemos olvidar, especialmente cuando nuestra embarcación enfrenta tormentas y dificultades.

La historia continúa: "Entonces Abraham se levantó muy de mañana, y tomó pan, y un odre de agua, y lo dio a Agar, poniéndolo sobre su hombro, y le entregó al muchacho, y la despidió. Y ella salió y anduvo errante por el desierto de Beerseba".

Abraham proveyó sustento para Agar y para Ismael en su larga caminata por el desierto. No los dejó abandonados a su triste destino. No los dejó desprotegidos. El padre proveyó pan y agua. Aquí hay un simbolis-

mo maravilloso. Cuando la humanidad salió del jardín del Edén, en las personas de Adán y Eva, tampoco Dios la dejó perdida o abandonada a su triste destino. Le proveyó la sangre maravillosa de Jesucristo, que simboliza su gracia.

Al andar por el desierto de esta vida, la humanidad no estaría sola. La gracia de Cristo la acompañaría. Esta es la única salida, la única esperanza. Hoy, nosotros también vamos por el desierto de la vida. El texto bíblico dice: "Y ella salió y anduvo errante por el desierto de Beerseba".

Todos somos errantes y peregrinos. A veces faltos de pan, de agua, de abrigo, de calor, de cariño y de comprensión. Yo no sé qué es lo que falta en tu vida. No sé si en tu hogar falta armonía y paz. No sé si en tu corazón falta la satisfacción espiritual.

Cuántos jóvenes se hunden en las drogas porque en casa falta el amor. Muchas personas se hunden en los vicios porque quieren escapar de los conflictos, de las aflicciones y las tristezas que los embargan. En esos corazones hace falta paz. Mientras caminemos por el desierto de esta vida, siempre nos van a faltar cosas. El dinero, muchas veces; salud y oportunidades, otras veces. Pero Dios no abandona a sus hijos.

Mientras Israel vagaba por el desierto Dios hizo caer maná del cielo. Cuando le faltó agua, Dios sacó agua de la roca; cuando le faltó calor, Dios proveyó una columna de fuego. Cuando le faltó sombra, Dios hizo aparecer una nube.

Abraham proveyó para su hijo agua y pan. Dios proveyó para la humanidad, la gracia maravillosa de Jesucristo y el poder del Espíritu para vivir una vida victoriosa. Por lo tanto, todo lo que necesitas para llegar a tu glorioso destino está a tu disposición. Si estás herido por el pecado, la gracia maravillosa de Jesús puede alcanzarte y curarte. Si estás derrotado por el pecado, el poder del Espíritu Santo puede romper las cadenas que te esclavizan.

Es verdad que todavía andas por el desierto de esta vida. Es verdad que todavía no hemos llegado a Canaán. Pero Dios no te abandonó. Te mostró el camino de vuelta al hogar. Y cuando ves las señales de Mateo 24, tienes que llegar a la conclusión de que el hogar eterno ya está cerca. Aunque tus pies sangren, aunque la indiferencia de las personas te haya

herido, aunque sientas ganas de llorar, aunque tu corazón se haya convertido en un volcán de tristezas, aunque hayas traicionado tanto a Dios que pienses que ya no hay perdón para ti, Canaán está cerca, y los brazos de Jesús están abiertos, esperándote.

El texto bíblico continúa diciendo que en medio del desierto Agar e Ismael se quedaron sin agua. El agua del odre se acabó. La madre colocó entonces al muchacho debajo de un arbusto. El versículo 16 dice: "Y se fue y se sentó enfrente a distancia de un tiro de arco [más o menos 25 metros]; porque decía: No veré cuando el muchacho muera. Y cuando ella se sentó enfrente, el muchacho alzó su voz y lloró".

¿Conoces a alguien que está llorando? ¿Estás triste porque viniste a esta tierra buscando nuevas oportunidades y no has podido retornar para ver a tus padres y a tus hermanos? ¿En algún momento te has sentido solo en este país, te has sentido incomprendido, o los documentos que necesitas no han salido? Entonces levanta tu voz y llora. Pero no llores para los hombres, llora para Dios, clama a él, no tengas vergüenza de abrir tu corazón a Dios y derramar tus sentimientos delante de él. Él es el único que puede resolver tus problemas. Cuando los hombres fallan, cuando tus fuerzas fallan, cuando tu disciplina y tu dominio propio fallan, cuando los recursos humanos no dan resultado, no tengas miedo de alzar tu voz y llorar a Dios. Él es el único que puede resolver tus dramas.

Ahora, detente en lo que dice el versículo 17: "Y oyó Dios la voz del muchacho". Dios siempre oye tu voz. ¿Sabes una cosa? El diablo viene y hace de todo para que peques. Y cuando caes, él es el primero en decirte al oído: "No ores, no levantes tu voz, no pidas nada a Dios porque no te puede escuchar, ya que estás viviendo en pecado".

Quiero decirte en el nombre de Jesucristo: no tengas miedo de levantar tu voz a Dios, aunque estés viviendo en pecado. Clama por auxilio, por socorro y dile: "Señor, estoy aquí, no tengo fuerzas para levantarme, pero alzo mi voz a ti para que tú me levantes, porque estoy perdido. ¡Cuántas veces he querido volver a ti y no puedo! Por eso clamo a ti, ven y levántame. Yo no puedo hacerlo por mí mismo".

Dios siempre oye la voz del muchacho. Y en aquel momento, el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: "¿Qué tienes, Agar?" La madre

estaba llorando al ver que su hijo moría. ¿Eres una madre o un padre que está llorando porque su hijo está muriendo? ¿Tu hijo no quiere ir más a la iglesia? ¿Está hundido en los vicios? ¿Está lejos de Dios ese niño que nació en la iglesia y fue dedicado al Señor y creció en la iglesia? ¿Has orado durante años y sientes que ese muchacho se está muriendo en el aspecto espiritual y ya no hay remedio para él? Entonces escucha lo que el ángel le dijo a Agar: "¿Qué tienes?" En otras palabras, "¿por qué lloras? No temas, no tengas miedo, porque Dios ha oído la voz del muchacho en dónde está". Esa voz de impotencia, de derrota, de fracaso, esa voz que clamó pidiendo auxilio. Dios ha escuchado la voz del muchacho. "Ahora levántate, toma la mano del muchacho, álzalo y sostenlo con tu mano, porque yo haré de él una gran nación. Entonces Dios le abrió los ojos, y Agar vio una fuente de agua, y fue y llenó el odre de agua y dio de beber al muchacho".

Aquí está la parte más hermosa del texto bíblico. Cuando las fuerzas humanas llegan al límite, siempre hay una fuente de agua que Dios provee para salvar a sus hijos. Levántate y toma al muchacho de la mano.

¡Cuántos jóvenes necesitan ser tomados de la mano! Quieren tomar la decisión y no pueden hacerlo. ¡Cuántos jóvenes se han ido lejos de Dios y no pueden volver! Pero la fuente de agua está allí, para que no mueras de sed en el desierto de esta vida.

Hasta aquí has tratado de saciar tu sed bebiendo las aguas sucias y envenenadas de este mundo: la pornografía, la filosofía barata de este mundo, el secularismo, la doctrina de la Nueva Era que se esparce por medio de la televisión, de las películas, de los libros y las revistas. Has tratado de satisfacer tu hambre con la basura de esta vida, y no has sido feliz. Estás muriendo de sed. Tu corazón está hueco, vacío. Cuando llega la noche no puedes dormir, sientes que te falta algo.

Conclusión

Quiero decirte una cosa: si tú no vienes a la verdadera fuente de agua que es el Señor Jesús, podrás andar por todo el mundo, pero siempre serás un hombre vacío y desesperado. Podrás conseguir dinero, pero no serás feliz. Podrás encontrar placer, pero eso te dejará cada vez más enlo-

quecido. Podrás conseguir fama, poder, realización humana, pero de nada te van a servir. Todo eso es agua envenenada que te produce muerte.

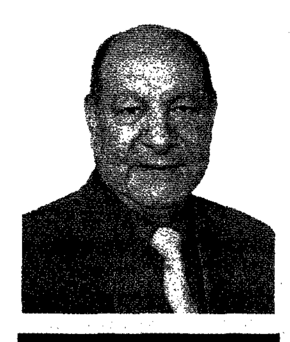
En este momento te invito, en el nombre de Jesús, a que vengas a beber de la fuente de agua pura que Jesús tiene para ti. Esta agua no solo saciará tu sed, sino que limpiará tu cuerpo, tu mente y tu corazón.

Ven a la fuente. ¡Lávate en ella! ¡Pídele a Jesús fuerza para vencer tus hábitos y tus vicios! Necesitas poder para dejar el pecado. Ven a Jesús esta noche. Bebe del agua que él proveyó para ti.

El versículo 20 dice: "Y Dios estaba con el muchacho; y creció, y habitó en el desierto, y fue tirador de arco".

Toda tu historia pasada, termina hoy aquí. No importa lo que hayas vivido. No importa lo que te hayan hecho. Hoy puedes nacer de nuevo. Hoy puede haber una nueva oportunidad para ti. Hoy, si le entregas el corazón a Dios, puedes recibir de él una página en blanco, para que escribas una nueva historia. Por lo tanto, levántate y corre en dirección del Señor. Él te está llamando. Él no puede hacer nada contra tu voluntad. No puede obligarte, solamente puede llamarte.

Mira las manos de Jesús heridas por ti. Mira sus brazos en forma de cruz, esperándote. Ya has sido derrotado. Has fracasado. Estás muriendo de sed. Tu corazón está vacío, tu cuerpo está sucio. Bebe en la fuente del agua que es Jesús. Entrégale tu vida. ¡Ahora!



El pastor Alejandro Bullón nació en la Rep. del Perú y trabajó durante más de 40 años en Sudamérica. Actualmente vive en Brasil, y su gran pasión es el evangelismo público y la comunicación a través de la radio, la televisión e Internet. Decenas de miles de personas asisten a sus conferencias públicas, y millones se han beneficiado de su ministerio. Es, además, autor de varios libros y artículos. Sus obras han sido publicadas en español, portugués e inglés. Unió su vida con Sara Orfilia, y el Señor les dio cuatro hijos.

12 La bendición del dolor

Braulio Pérez Marcio

"Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito" (Job 1:21).

Entre los interrogantes que torturan sin piedad al ser humano, hallamos estos u otros parecidos: ¿por qué debo sufrir tanto? ¿Por qué el sufrimiento parece ensañarse conmigo? Sentimos que el dolor es nuestro pan diario, pan amasado con enfermedades y lágrimas; y muy a menudo llegamos al punto en que sentimos que es muy difícil seguir resistiendo.

El dolor se manifiesta dondequiera

Cuando nuestros primeros padres desobedecieron al Todopoderoso en el huerto del Edén, se lanzaron, y nos lanzaron, por una ruta plagada de angustia y espinas, donde hay muy pocas alegrías, que a menudo no alcanzan para que se oreen y desaparezcan las lágrimas con que frecuentemente llora el corazón humano.

Después de la caída, vivimos de lo que produce la tierra, de lo que nos da, de lo que nuestra perseverancia es capaz de obtener de ella con la bendición divina, pero con una salvedad: "Con dolor comerás de ella

todos los días de tu vida" (Gén. 3:17). Desde entonces el sufrimiento ha estado y está en todo lo nuestro. La angustia parece haberse aposentado definitivamente en el corazón humano. Nacemos con dolor y con dolor morimos. El dolor está, sin excepción, en todo lo que vive sobre la Tierra.

A veces, el sufrimiento oprime nuestro ser porque nos faltan los recursos para sobrevivir. Las obligaciones que debemos afrontar son cada vez mayores y los ingresos no siempre bastan para satisfacer esas necesidades. A veces es la enfermedad la que nos sume en el dolor y la preocupación; la enfermedad de un miembro de nuestra familia, o nuestra propia enfermedad. Y la tristeza aumenta cuando el sepulcro reclama a uno de nuestros seres queridos. ¡Cuánta angustia, cuánto dolor significa eso para nosotros! Tenía razón Osvaldo Loudet cuando dijo: "No hay corazón sin cicatrices".

Un mensaje positivo

Aunque muchos se resistan a creerlo, el sufrimiento puede convertirse en una bendición. El dolor es un crisol que consume la escoria y prepara el espíritu para la acción. La historia ha demostrado que muchas de las grandes obras de la humanidad se realizaron por hombres que estaban sometidos a un terrible sufrimiento, algunas veces de carácter físico, otras de carácter moral o intelectual.

Cervantes no escribió la obra máxima de la literatura española en los días en que todo le era fácil y la comodidad abundaba. No, la escribió en una cárcel en la que pasó largos meses. Es probable que de no haber padecido Cervantes ese sufrimiento, Don Quijote, con Sancho a la zaga, no hubiera sido nunca las delicias de tantos millones de personas. *La divina comedia*, de Dante Alighieri, se originó en condiciones muy similares. Milton no escribió su gran obra *El Paraíso perdido*, sino después de haberse apagado su vista. Ciego ya, le dictó a su hija su libro. Descartes y Kant llegaron a la fama universal por su pensamiento pese a su precaria salud. Toscanini, el gran músico y compositor italiano, sufría de artritis aguda. Y la lista podría ser interminable. Dijo Christopher Morley: "A los 45 años, cualquier hombre que valga la pena tiene acumulada ya una corona de espinas; el problema es aprender a llevarla con donaire".

Soluciones a nuestro alcance

¿Tiene alguna solución el problema del sufrimiento? ¿Hay algo que nosotros podemos hacer para evitarlo, o por lo menos para reducirlo a una expresión menor? Y contestamos que sí, que en gran parte la solución del problema está en nuestras manos. En primer lugar, debemos analizar con honradez el motivo por el cual sufrimos. Si así lo hacemos, reconoceremos que, por lo general, el sufrimiento es el resultado de la transgresión de las leyes de la vida. Descubriremos, entonces, que con frecuencia somos responsables del dolor que nos aqueja. En el terreno físico, a veces, sufrimos enfermedades a causa de nuestra intemperancia. Comemos cosas que nos hacen daño, pero cedemos a la gula y nos dejamos arrastrar por el apetito, y luego pagamos las consecuencias. O es el alcohol el que en mayor o menor grado nos ha esclavizado con todas las derivaciones que eso tiene sobre nuestro organismo. O quizás el tabaco que cava fosas para quienes se entregan a su humo.

Hay cosas de otra naturaleza, a cuya atracción cedemos, que nos provocan problemas y pesares. Por ejemplo, hablar mal de los demás. Dejarnos arrastrar a una crítica malsana; dejarnos inflar por la vanidad y el orgullo; permitir que nos corroa la envidia; pretender lo que no nos corresponde. A todo esto se refiere el apóstol Pablo al decir: "La tristeza del mundo produce muerte" (2 Cor. 7:10).

¿Los que nos rodean nos están causando tristezas?

Con frecuencia buscamos la explicación de nuestros sufrimientos en los demás. Concluimos que son los otros quienes provocan las condiciones que producen tanto dolor en nosotros. Lo cierto es que, por lo general, la ofensa, o la presunta ofensa de los demás, nos hiere y nos lastima en la misma proporción en que hayamos desarrollado nuestra susceptibilidad y nuestra capacidad de ofendernos. Se nos hiere en la medida en que damos lugar a la manifestación de nuestro amor propio. Y, naturalmente, en estas condiciones se sufre enormemente. En este caso, la cura de nuestro sufrimiento debe comenzar dentro de nosotros mismos. Dios mediante, debemos eliminar de nuestro carácter aquellas cosas que alimentan exageradamente el amor propio. Y entonces, debemos hablar con las per-

sonas con quienes tengamos dificultades con franqueza y con amor, con tolerancia, con buena voluntad, con sinceridad. Si lo hacemos, nuestro estado de ánimo cambiará. Veremos en su debida proporción las cosas que antes parecían enormes; y seremos más felices. Nos sentiremos más cerca de Dios, más unidos a nuestros semejantes.

Victoriosos ante el embate del dolor

Hay una clase de sufrimiento, del cual no nos cabe la total responsabilidad. Por ejemplo, el caso de José, el hijo de Jacob, en la antigüedad. ¡Cuán dolorosa fue su odisea! Aquel niño mimado estuvo a punto de ser muerto por sus hermanos, quienes al fin optaron por venderlo en calidad de esclavo. ¡Esclavo, amigo mío! ¿Entiendes lo que es eso? Para sus dueños, José dejó de ser un ser humano, para convertirse en algo vendible y comprable. Era simplemente una cosa que valía tanto como pagaran por ella. Y como esclavo fue llevado a un país extraño, donde a poco de llegar fue a dar en la cárcel. Pero la luz se hizo en la vida de José; resistió sus sufrimientos con plena confianza en Dios. Y triunfó sobre ellos.

Ahí está también Moisés, que después de ser nada menos que el heredero del trono más poderoso de la Tierra en aquel entonces, el de Egipto, prófugo y con una sentencia de muerte sobre su cabeza, tuvo de huir al desierto de Madián. Allí conoció durante cuarenta largos años la torturante angustia de la soledad y el sufrimiento. Pero encaró esa prueba con tal dignidad, que fue en ese desierto donde se hizo verdaderamente grande. Ahí está el antiguo ejemplo de Job, que perdió bienes, salud, familia y prestigio. Sin embargo, en medio de su total desventura supo decir: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito" (Job 1:21). Ni una sola palabra de queja brotó de los labios de Job; cada vez que nombró a Dios, fue para bendecirlo, para confirmar su fe en él. Su fe se vio recompensada. Sanó por fin, y hasta una nueva familia vino a endulzar sus últimos días. Y, lo que es más importante aún, contó con la bendición de Dios, no solo para vivir en este mundo, sino para asegurarse el venidero. ¿Y qué podemos decir de Saulo de Tarso, conocido más tarde como el apóstol Pablo? Cuando sacrificando posición y poder, se unió a la secta de los desprecia-

dos seguidores del Nazareno, se lanzó a un camino de sufrimiento y de dolor que lo condujo al martirio.

Una promesa notable

Tanto en la vida de José, de Moisés, de Job y de Pablo, se cumplió esta notable promesa: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Rom. 8:28). Amigo mío, para quien ama a Dios, todas las cosas son para bien, aun aquellas que duelen, aun el sufrimiento, aun las angustias de la vida. Esta es una gran verdad que nunca debemos olvidar. El mármol podría quejarse de los golpes del cincel que le aplica el artista, pero gracias a ellos, se produce la estatua. Gracias a los golpes que nos da la vida, también nosotros podemos convertirnos en una obra aceptable para Dios.

El sufrimiento templa nuestro carácter, nos ayuda a eliminar nuestro egoísmo que lo quiere todo para nosotros. El sufrimiento nos enseña a confiar en Dios, y elimina todo lo que es indiferencia hacia lo divino. El sufrimiento debe conducirnos a interesarnos en los problemas y en las necesidades ajenas, debe ayudarnos a ser menos duros con los demás, debe ayudarnos a ser más tolerantes con las actitudes y las ideas de los demás.

Un fruto glorioso de la tribulación

Solo un cristiano como lo fue San Pablo, pudo decir por inspiración divina: "Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia" (Rom. 5:3). Obsérvese que la tribulación produce paciencia. Es esta una de las virtudes que más necesitamos. Necesitamos aprender a no quejarnos de nuestros sufrimientos. El que se queja revela falta de madurez. Por otra parte, nada ganamos con quejarnos. Saber sufrir, rodea al dolor de una aureola de dignidad. Decía Sócrates: "Si los infortunios de toda la humanidad se pusieran en un solo montón, y cada uno tuviera que tomar una porción igual, la mayoría de la gente se conformaría con tomar sus infortunios propios y marcharse".

Recordamos el caso de aquel soldado que hacía catorce dolorosos días que estaba solo en su habitación después de haber sufrido una gravísima intervención quirúrgica. Estaba compadeciéndose a sí mismo, cuando

llamaron a la puerta y alguien entró apoyándose en un par de muletas y arrastrando un pie. Miró detenidamente la habitación, y luego al volver para retirarse, dijo: "Perdóneme, he sido muy descortés. Me he dejado llevar por mis recuerdos. Me hirieron en Francia y pasé cinco años tendido en esta habitación sin esperanza de dejarla jamás. Pero ahora –dijo alegremente –estoy bien, gracias a Dios". Cuando el ruido de las muletas se alejó por el corredor, el soldado que hacía solo catorce días estaba en aquella habitación, tenía lágrimas en sus ojos. Había comprendido que sus dolores, que sus sufrimientos, se reducían a muy poco comparándolos con los de aquel optimista que acababa de salir.

"Varón de dolores, experimentado en quebranto"

En medio de nuestros sufrimientos, con frecuencia nos condolemos de nosotros mismos, en vez de llevar nuestros problemas a Jesús de Nazaret. Él padeció mucho más de lo que cualquiera de nosotros podría sufrir. Dejó toda su gloria en los cielos para venir a esta Tierra y tomar nuestra humanidad sobre sí para redimirla en la cruz. Pero ocurrió lo que había anticipado el profeta Isaías. Fue "despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isa. 53:3).

Fue despreciado por su propio pueblo e incomprendido por aquellos a quienes venía a redimir. Se burlaron de sus intenciones y de su divinidad, y por fin, le dieron muerte, crucificándolo entre dos ladrones. Y no había ninguna culpa en él. Para nuestro ejemplo y bienestar, Jesucristo demostró constantemente su infinito amor y compasión por los dolientes. En el capítulo 11 del evangelio según San Juan, se dice que "Jesús lloró" (Juan 11:35). Había muerto su amigo Lázaro, y cuando el Maestro llegó a Betania se encontró con que ya lo habían sepultado. Las hermanas del fallecido sufrían el agudo dolor de esa pérdida. En realidad, toda la aldea sufría con ellas, porque Lázaro era, indudablemente, un hombre de bien. El Nazareno lo quería sinceramente, hasta el punto que en su honda pena por él, rompió en llanto.

Pero las lágrimas de Jesús de Nazaret eran más profundas y valiosas, porque no lloraba solo por Lázaro. Lloraba por todos los que tendrían que pasar por la misma experiencia a lo largo de los milenios como con-

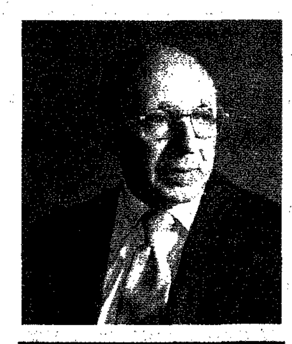
secuencia del pecado. Lloraba por la angustia que seguirían experimentando los seres humanos ante la tumba, y que él, sobre todo en aquellos momentos, comprendía de una manera intensa. Jesús lloró por nosotros.

Amigo mío, si tú estás sufriendo en este momento, si el dolor ha llamado a tu puerta y ha ensombrecido tu vida, acepta la siguiente invitación de Jesús: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. 11:28). Acude a los pies del Maestro, y hallarás descanso. Su paz y su bendición te acompañarán siempre.

En el poema titulado "Tú también sufres", Claudio Gutiérrez Marín se dirige al Señor con un mensaje, que lo podemos hacer nuestro:

Señor, todo lo sabes, no ignoras mis dolores.
La vida en su sonrisa tiene algo de amargor,
y hay un dolor en cada uno de mis amores,
y un amor en cada grito de mi dolor.
Mas tú lo puedes todo. Tú hiciste de la nada
lo que jamás el hombre podrá con su saber;
tú a la fuente imprimiste su mágica balada,
y al ave diste el trino, y a mí me diste el ser.

Todo lo puedes, todo. Tu voz el mundo entero
escucha prosternado en sacrosanta unción.
Yo, como el viejo apóstol: "Tú sabes que te quiero",
digo mientras imploro: "Señor, ten compasión".
Y luego van mis lágrimas calmando los acentos
del alma aprisionada en cárcel de dolor;
y siento inmensa pena cuando me gime el viento:
"Tú sufres, que eres hombre, ¿y Dios que es todo amor?"



El pastor Braulio Pérez Marcio nació en 1904 en España, pero vivió la mayor parte de su vida en la Rep. Argentina, donde realizó los estudios de Teología y comenzó su ministerio. Fue el fundador, director y orador principal del programa radiofónico internacional La Voz de la Esperanza. *Durante más de 30 años dedicó su vida a ese ministerio. A lo largo de sus años de servicio, el pastor Pérez Marcio dirigió campañas de evangelismo en todos los países latinoamericanos, como también entre la población hispana de los Estados Unidos. Dotado de un talento especial para la escritura, don Manuel, como era llamado cariñosamente, fue un gran poeta cristiano. Unió su vida con Felisa, con quien tuvo dos hijos: Isabel y Rolando.*

13 No se turbe vuestro corazón

Jan Paulsen

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.
En la casa de mi Padre muchas moradas hay;
si así no fuera, yo os lo hubiera dicho;
voy, pues, a preparar lugar para vosotros.
Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez,
y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy,
vosotros también estéis" (Juan 14:1-3).

¿Si tuviera que predicar hoy un sermón? Lo basaría en este texto, porque probablemente no hay otro pasaje más conocido entre los adventistas que Juan 14:1 al 3. La familia adventista alrededor del mundo lo conoce de memoria. Representa nuestra esperanza de una manera muy concisa y poderosa. Es un pasaje en el que el Señor mismo hace una promesa a su pueblo y le asegura que será cumplida. A través de ella, Jesús aún nos habla a nosotros y nos anima con palabras de esperanza mientras transitamos nuestro peregrinaje cristiano. Las palabras de esperanza presentes en el pasaje son necesarias hoy más que nunca para la raza humana. Vivimos en una era de comunicación veloz y constante en la que las palabras juegan

un papel central. La mayor parte del tiempo, los medios de comunicación comparten con nosotros palabras de muerte y sufrimiento. Pero el mundo necesita una voz de esperanza y consuelo. Y porque Jesús nos dio palabras de esperanza, nosotros deberíamos ser esa voz.

San Juan 14:1 al 3 contiene el contraste fundamental entre la partida y el arribo, o la separación y la reunión. Está cargado de emociones: de amistad, amor, miedo, expectación y de ansiedad por la separación. Pero, además, encontramos en dicho texto la exhortación de mantener viva la esperanza, la espera del regreso de Cristo. Jesús intentaba consolar a los discípulos por medio de palabras de esperanza y valor: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros". "Cuán alentadoras deberían ser estas palabras para nosotros. Piensa en la obra que Cristo está realizando ahora en el cielo al preparar mansiones para sus hijos" (Elena G. de White, *Sermons and Talks*, t. 2, p. 145).

Exhorto a cada creyente a leer este texto de Juan. Me gustaría que fuera leído en la privacidad de nuestra meditación personal, en el contexto de nuestro culto familiar, en la reunión de los santos para el servicio de adoración. Escuchémoslo juntos y dejemos que el poder vivificante de la Palabra nos impacte y renueve nuestra expectativa del pronto regreso de Cristo.

No se turbe vuestro corazón

Las palabras son cápsulas llenas de significado. Nos resultan muy útiles cuando tratamos de compartir con los demás aquello a lo que ningún otro fuera de nosotros mismos tiene acceso, es decir, nuestros pensamientos. También van acompañadas de sentimientos y emociones. Las palabras pueden infundir ánimo, pueden enriquecer, o incluso provocar dolor a los demás, según cómo las utilicemos. La palabra que ofende no es una palabra verdadera, sino una distorsión de la intención original que Dios tuvo al concedernos el lenguaje. En un mundo pecaminoso, las palabras de esperanza llenan la vida de significado y de sentimientos de gozo. Al conocer la situación desesperada de la humanidad caída, Jesús nos trajo palabras de esperanza, que realmente necesitábamos. En Juan 14:1

al 3 encontramos este tipo de palabras, que provienen de los labios del Salvador. Sus palabras de esperanza comienzan con una exhortación: "No se turbe vuestro corazón".

Esperanza y exhortación

Las exhortaciones dirigidas a nuestro bienestar son de gran valor para nuestra vida espiritual. De hecho, la Biblia es en gran medida un compendio de exhortaciones que tocan prácticamente cada aspecto de nuestras vidas. Pueden modelar nuestro carácter y crear barreras protectoras para disfrutar una relación adecuada con los demás y con nuestro Señor Jesucristo. Contribuyen a definir la naturaleza y la calidad de nuestro futuro. Las exhortaciones presuponen que hay peligros que evitar y valores que abrazar e incorporar.

Las exhortaciones también presuponen que somos criaturas con libre albedrío. La exhortación apunta a motivarnos a tomar las decisiones correctas, a elegir lo bueno y evitar lo malo. Una exhortación en el momento adecuado, si es aceptada, podría hacer que nuestras vidas fueran más tranquilas. Así que Jesús exhortó a sus discípulos en el momento justo, con el fin de guiarlos y ayudarlos a entender la naturaleza de la vida cristiana. Era el momento adecuado porque él anticipó que su partida podría ser una experiencia dolorosa para ellos. Las exhortaciones son anticipatorias por naturaleza. Es decir, se basan en la habilidad del exhortador de anticipar los peligros y dar consejo apropiado para evitarlos.

Jesús sabía muy bien lo que sus discípulos y sus futuros seguidores iban a enfrentar en el mundo. Su captura y su muerte resultarían en un tiempo de prueba para ellos. Su ausencia iba a ser una amenaza para su fe en él. Pero, la exhortación de Jesús también está dirigida a todos nosotros, porque también vivimos en la presencia del Señor ausente, en un mundo de incertidumbre y confusión que amenaza constantemente nuestro compromiso con él. Lo único que el mundo nos ofrece es agonía: "En el mundo tendréis aflicción" (Juan 16:33). Esto lo sabemos por experiencia personal y por medio de la observación de la vida humana sobre este planeta. El mundo no puede ofrecernos otra cosa que problemas. El "mundo" que nuestro querido Salvador está describiendo es el mundo de la raza

humana en rebelión contra él y contra su Padre. Su pueblo existe en medio de este mundo, pero existe en un estado de constante expectativa, anticipando la irrupción de la presencia gloriosa del Salvador resucitado y glorificado en el escenario de la historia humana.

Esperanza como libertad de aflicción

La exhortación de Jesús tiene una orientación pedagógica. Es decir, busca enseñar a sus seguidores la manera de vivir entre el momento de su partida y el momento de su regreso. Por lo tanto, debemos escuchar cuidadosamente sus palabras de esperanza expresadas en forma de exhortación.

"No se turbe vuestro corazón". Jesús se interesa por nuestro bienestar emocional. Nuestras emociones son importantes para él, porque desde la creación son parte de nuestro ser. Es cierto que han sido corrompidas por el pecado y que, como consecuencia, tienden a controlar la naturaleza humana a tal punto que a menudo los seres humanos actúan en formas totalmente irracionales. Pero Jesús nos dice que nuestras emociones pueden ser controladas: "No se turbe..." En el contexto de este pasaje, resulta claro que este control es posible gracias a la palabra de esperanza que él ha compartido con nosotros en su muerte, su ascensión y su pronto regreso.

Nuestros corazones podrían turbarse en un mundo de problemas, pero Jesús nos dice que ese no debe ser nuestro caso. En este pasaje en particular, turbarse significa estar agitado, perturbado, inquieto. En la Palabra de Dios, el corazón es el centro mismo de nuestro ser, el lugar donde reflexionamos, analizamos y tomamos decisiones. Es el centro de nuestra personalidad. Si ese núcleo se encuentra en estado de agitación, el resultado será una vida desorientada, a la deriva, sin ancla ni un destino final. Esta exhortación se refiere a una condición humana muy seria, que debemos evitar quienes hemos encontrado en Cristo el centro de nuestra vida.

El verbo "turbar" tiende a describir el resultado de la obra o la influencia de un poder externo sobre un objeto determinado. Por ejemplo, cuando las aguas son perturbadas o agitadas por alguna fuerza externa (véase Juan 5:7). Jesús nos está diciendo que no debemos permitir que las circunstancias externas de la vida, en este mundo de pecado y rebelión,

determinen la manera en que debemos vivir. En medio de la desorientación, la intranquilidad y el desorden, debemos mantenernos anclados a la palabra de esperanza en Cristo. Esta es la verdadera paz.

Aunque en el mundo experimentamos aflicción, Cristo dijo: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz" (Juan 16:33). Él es la única fuente de paz. Según las Escrituras, la paz es mucho más que la ausencia de guerra. La vida de quien tiene paz opera como Dios desea que opere. Significa que nuestro ser está completo, bien, totalmente integrado o reintegrado a una unidad indivisible con Dios por medio de Cristo. ¡Jesús ha reordenado los fragmentos de nuestras vidas, nos ha sanado y nos ha hecho íntegros! Estamos en paz con él y con los demás seres humanos que nos rodean. En consecuencia, él puede mirarnos y exhortarnos, diciendo: "No se turbe vuestro corazón por lo que vean e incluso puedan experimentar en el mundo. Manténganse unidos a Dios a través de mí; no estén confundidos o desorientados; porque en mí han encontrado un futuro glorioso, una esperanza magnífica".

Fundamento de la palabra que da esperanza

La palabra de esperanza está arraigada en la muerte salvadora de Jesús. De hecho, sus palabras de exhortación que hemos estado leyendo poseen significado solamente en la medida en que estén conectadas con la muerte de Cristo por nosotros. Para responder a la pregunta: ¿por qué no debo perturbarme? Jesús no provee una respuesta psicológica, como "porque esto es bueno para tu salud mental", aun si resultara una respuesta útil. Él va más profundo que eso y dice: "Porque yo fui turbado por ti". ¡Y lo fue!

Anticipando la experiencia dramática de la cruz, Jesús les dijo a sus discípulos: "Ahora está turbada mi alma; ¿y que diré?... Padre, glorifica tu nombre" (Juan 12:27, 28). ¡Qué maravilloso amor! Aquel que nos exhorta diciendo: "No se turbe vuestro corazón", dijo a los discípulos: "Está turbada mi alma". Tomó lo que era nuestro, para liberarnos de ello. Tomó sobre sí mismo nuestra inquietud, nuestra agitación de espíritu, nuestra confusión interior basada en nuestro sentimiento de separación de él, y los experimentó plenamente en una separación total y real de su Padre.

Ahora observa a sus discípulos y les dice: "Mi partida no es una separación real, porque hemos estado unidos el uno al otro con cuerdas indestructibles de amor. Esta separación no es como la que yo voy a experimentar en la cruz. Por lo tanto, no se turbe vuestro corazón; dejen que mi corazón se turbe por ustedes". Por su sacrificio podemos disfrutar una vida de descanso y paz en él, una vida de unión con Dios por medio de él.

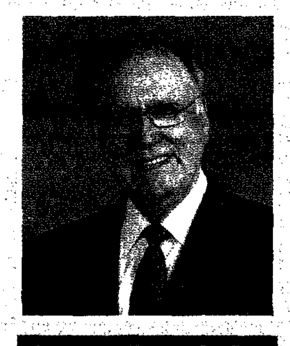
La palabra esperanza, expresada en la forma de una exhortación, está basada no solamente en la muerte expiatoria de Jesús sino también en la promesa de la venida del Espíritu luego de la partida del Salvador. En cierto sentido, la partida de Jesús no era una ausencia o una separación real de nosotros. El Señor ausente sigue siendo el Señor presente en la vida de cada creyente y en la vida de la iglesia. Él no abandonó su iglesia sino que escogió morar en ella por medio del Espíritu. El espíritu es "otro Consolador" que lo representa a él (Juan 14:16). Con la venida del Espíritu, Jesús mismo viene a nosotros; "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (vers. 18). Por medio de él, Jesús continúa exhortando y guiando a su iglesia (vers. 26). El Espíritu "hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo" (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 625).

A lo largo de la historia cristiana, Cristo ha sido nuestro representante ante el Padre como nuestro Sumo Sacerdote, mientras se hace enteramente presente en la iglesia por medio de la obra misteriosa y efectiva del Espíritu. Por lo tanto: "¡No se turbe vuestro corazón!" Él aún está con nosotros y estará con nosotros "hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20).

Por último, la palabra de esperanza, expresada en forma de exhortación, se basa en el hecho de que la separación tendrá un fin. La exhortación se nutre del suelo fértil de la esperanza cristiana. Sin esta esperanza, la exhortación carece de contenido significativo e incluso podría acarrear consigo el veneno mortal del legalismo. En otras palabras, la esperanza adventista le da valor significativo a la exhortación de Jesús para nosotros. La separación física de nuestro Señor tiene limitaciones temporales. En la tribulación no tiene ningún sentido decirles a las personas que no se turben, a menos que haya una promesa que implique el fin de la fuente de tribulación y el poder necesario para lograrlo. Esto sucederá en el mo-

mento en que nuestra esperanza cristiana se manifieste en la aparición gloriosa de nuestro Salvador y Señor. Nuestra esperanza tiene un impacto directo en la calidad de vida que tenemos ahora, mientras aguardamos "la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:13).

Continuemos nuestro peregrinaje de esperanza con corazones tranquilos y sin tribulación, descansando en Cristo.



El pastor Jan Paulsen fue presidente de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Nació en Noruega, y su ministerio se extendió a lo largo y ancho del planeta: fue profesor de Teología en Ghana y director de escuela en Nigeria, África; profesor y director del Colegio de Newbold, Inglaterra; y Secretario general y director de Educación en la División Transeuropea. En 1983 llegó a ser presidente de dicha División. En 1999 fue elegido presidente de la Asociación General. El pastor Paulsen es un agudo pensador y un dirigente preocupado en todo momento por la unidad de la iglesia y el cumplimiento de la misión. Su esposa es Kari Trykkerud y tienen tres hijos adultos.

14 La segunda venida de Cristo

Ángel Manuel Rodríguez

"Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hech. 1:11).

Fue un 24 de julio de 1969. Ellos volvieron a casa. Habíamos logrado lo que nadie había podido hacer antes. Se marcharon el 11 de julio de 1969 para colocar sus pies sobre la superficie de la Luna. Habían llegado allí, y ahora estaban retornando al hogar. El viaje era largo. Los esperaba el portaviones *Hornet* de los Estados Unidos, ubicado aproximadamente a 1.200 millas al sudoeste de Hawai. Había 2.222 hombres a bordo, entre científicos, ingenieros, técnicos y médicos de la NASA, cientos de periodistas, invitados especiales, y el presidente de los Estados Unidos. Sus ojos exploraban los cielos crepusculares, tratando de penetrar las nubes de la primera hora de la mañana. Nadie estaba interesado en las nubes o en la belleza del océano Pacífico. Todos alzaban la vista, con inquietud, esperando la vuelta del Apolo 11. ¡A las 5:41 de la mañana se hizo visible en los cielos, y un coro de gritos se elevó de la enorme cabina de mando del *Hornet*: "¡Allí está! ¡Allí está!" Por una fracción de segundo, una diminuta mota anaranjada brilló contra las espesas nubes rojizas del amanecer. El Apolo 11 había vuelto a casa después del completar el viaje más trascendental en la historia humana.

El significado de la segunda venida de Cristo

Durante siglos, también la iglesia cristiana ha estado mirando hacia el cielo, esperando el cumplimiento de la promesa que Jesús les hizo a sus discípulos: "Volveré". Será su viaje más trascendental en el universo que él mismo creó. Jesús fue visto por última vez en la Tierra en ocasión de su ascenso a los cielos, cuando los ángeles prometieron enfáticamente a los discípulos que "este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hech. 1:11).

Esa promesa conservó a los cristianos fieles a su Señor aun ante la muerte. Muchos de ellos guardaron en su corazón esa promesa y estuvieron dispuestos a ser consumidos por el fuego de la persecución, y aun a convertirse en bocado de las fieras antes que abandonar esa esperanza. Esa promesa ha llenado la vida de millones de individuos con un significado indescriptible, porque satisface nuestras necesidades más profundas. Hoy exploraremos lo que esta promesa significa para usted y para mí.

Experimentar de un modo especial la presencia de Dios

En la segunda venida de Cristo, la presencia de Dios sobre nuestro planeta asumirá una modalidad única y permanente. Dios siempre estuvo presente aquí en una multiplicidad de modos o formas. Siempre estuvo en la Tierra mediante la presencia del Espíritu Santo. Pero, algunas veces, se hizo presente de un modo extraordinario. Apareció a Moisés oculto en una zarza. Los israelitas testificaron acerca de la más maravillosa teofanía del Antiguo Testamento. Ellos vieron cómo descendió la gloria de Dios sobre el Monte Sinaí, acompañada por fuego, nubes, sonido de trompetas y un terremoto. Un profeta vio al Señor pasar delante de una cueva; otro lo vio llenar el templo con la plenitud de su presencia. Solo apareció a algunos de ellos en sitios específicos. Pero Dios también se apareció a nosotros en su Hijo, oculto en la forma humana. Algunos no vieron en él la gloria del Señor; simplemente vieron a otro ser humano. Dios estuvo aquí mediante su Hijo durante un período limitado de tiempo en la tierra de Israel. Esta es la naturaleza de la teofanía bíblica: todas tienen limitaciones temporales y geográficas, y de ellas dan testimonio unas pocas personas.

El modo de la presencia de Dios en la segunda venida será algo nunca visto por ningún ser humano. Esta será la teofanía por excelencia. Todas las otras teofanías habrán de ser un reflejo pálido de esta; en cierto modo, aquellas eran un tipo de esta. Aquellas teofanías bíblicas fueron una anticipación de la que vendría. El segundo advenimiento será la consumación de la presencia de Dios entre los seres humanos de este planeta pecaminoso.

Cuando la presencia de Cristo irrumpa en nuestro planeta en el esplendor de su divinidad, la Tierra será sacudida en sus mismos fundamentos: habrá fuego, relámpagos, truenos, oscuridad, terremotos y sonidos de trompeta.

Su creación no es lo suficientemente grande como para abarcar la plenitud de su presencia gloriosa. Esta teofanía misteriosa será presenciada por todos los habitantes de la Tierra. El carácter universal de esta teofanía no dejará lugar para que los impíos se escondan; ellos no tienen otra opción que enfrentar el rostro de Cristo.

La segunda venida de Cristo destruirá la barrera del pecado así como fueron derrumbados los muros de Jericó, y la presencia de Dios con nosotros será permanente y visible. La gente tiene el deseo de estar en la presencia misma de Dios, ser capaz de verlo. Juan dice que "sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:2). Jesús mismo nos prometió que "los de limpio corazón... verán a Dios" (Mat. 5:8). ¡Qué maravillosa promesa! ¡Nosotros veremos a Dios! En el mundo antiguo, la gente solía emborracharse para entrar en trance y ver a los dioses; otros dormían dentro de los templos para verlos durante la noche. Todos querían ver a los dioses.

Todavía recuerdo mi vivencia cuando era un niño de seis años. Mi hermano y yo dormíamos en un pequeño dormitorio en dos camas muy estrechas separadas por una ventana. En la zona tropical donde nací, las horas del día son muy calientes, pero a la noche la temperatura disminuye. Siempre dejábamos la ventana abierta para que la brisa fluyera libremente por la habitación y por toda la casa. Cuando ponía mi cabeza sobre la almohada, podía ver el cielo. Muchas veces, cuando no conciliaba el sueño, miraba la noche tachonada de estrellas. La mayor parte del tiempo no ha-

bía nubes. De vez en cuando, la luna pasaba por mi ventana; y cuando era llena, la imagen era hermosa. A veces, la luna quedaba cubierta por las nubes, y el reflejo de su luz sobre ellas era muy intrigante e impresionante para mí. En la inocencia de mi niñez, cuando miraba el cielo, a menudo hablaba con Dios. Muy a menudo le decía: "¡Jesús, por favor, abre el cielo y déjame verte! ¡Quiero ver tu rostro!" Él nunca lo hizo, pero me prometió que en el futuro lo veré. Todavía sigo mirando el cielo estrellado y le digo a mi Señor: "¡Quiero verte!" Y casi puedo oírlo decir: "¡Espera un poco más y me verás!"

Llenar nuestra vida de esperanza

La Biblia llama al segundo advenimiento de Cristo "la esperanza bienaventurada" (Tito 2:13). La esperanza llena la vida de significado, llena de combustible la existencia, y la orienta. La gente busca por naturaleza el conocimiento y el entendimiento, intentando encontrarle sentido a su vida. Es sumamente difícil aceptar la idea de que no hay ninguna razón para nuestra existencia en este planeta extraño. Por consiguiente, todos estamos comprometidos en la búsqueda existencial del significado. Exploramos el macrocosmos y el microcosmos en busca de algo que nos ayude a entendernos a nosotros mismos y a captar el propósito de nuestra existencia. La esperanza es parte de nuestro propio ser, porque somos conscientes del flujo del tiempo y de la necesidad de entender nuestro papel dentro de él.

La existencia humana está llena de esperanzas. Vivimos esperando... y esperando... y esperando. Cada momento de nuestras vidas, cada fracción de tiempo, es vivido con expectativa. Vivimos anticipando la realización de lo que esperamos. Tenemos muchas esperanzas, esperamos muchas cosas, pero necesitamos una esperanza que nos defina y nos dé el verdadero significado de nuestras vidas. La destrucción de esta esperanza le quita valor y significado a nuestras vidas. Esta esperanza singular está tan entrelazada con su mismo ser, que usted no puede apagarla sin trastornar drásticamente su ser más íntimo; la calidad de su existencia. Hay muchas personas que aún no han encontrado esa esperanza y viven "desfalleciendo... por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra" (Luc. 21:26).

Para los cristianos, esta esperanza se encuentra en la muerte, resurrección, mediación y gloriosa venida de Cristo. El significado de nuestras vidas está determinado por lo que ocurrió en el pasado, en la cruz, y por lo que pasará en el futuro, la consumación de nuestra esperanza. Vivimos en constante expectativa, esperando, "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:13). El Señor conduce nuestra vida y nuestra historia hacia un *fin* (*telos*) particular, a saber, el establecimiento de su reino sobre la Tierra. Esta es la verdadera esperanza; una esperanza positiva que no anticipa la destrucción, sino que anuncia la salvación.

Esta esperanza anuncia el fin del pecado en el planeta y en nuestra naturaleza caída. No tenemos idea de lo que significa vivir libre del pecado, sin tendencias pecaminosas, y capaces de amar al prójimo sin necesidad de luchar contra nuestro egoísmo y odio. El acto de quitar nuestra naturaleza pecaminosa sin destruirnos en el proceso, requiere una manifestación especial del amor divino. Este tipo de cirugía divina sería imposible sin la cruz de Cristo. La fuerza de aquel sacrificio hará posible que Cristo manifieste su poder transformador, al convertir nuestra naturaleza pecaminosa en una naturaleza gloriosa, libre de la presencia corruptora del pecado. ¡Esto pasará en un momento, "en un abrir y cerrar de ojos" (1 Cor. 15:52)!

Los creyentes ya podemos oír el sonido de la trompeta, podemos ver la luz y la gloria de Jesús, podemos, por la fe, contemplar la irrupción de la presencia de Dios en nuestra historia. ¡Qué maravillosa esperanza!

Definir nuestra función presente en la vida

La esperanza de la segunda venida de Cristo nos habla del futuro y del pasado –la cruz–, pero también se dirige al presente, al tiempo entre las dos teofanías. Vivimos entre teofanías. Dios se hizo humano y nosotros vimos su gloria, una maravillosa manifestación del carácter de Dios. Pero esperamos con impaciencia una nueva teofanía en la segunda venida. La historia se mueve de la una a la otra, y nuestro presente transcurre entre esos dos acontecimientos. Este es el tiempo de espera. La promesa de la venida de Cristo enriquece el presente. ¿Qué hacemos con el presente durante el período de espera?

Después de su resurrección y poco antes de su ascensión, Jesús y los discípulos tuvieron una conversación. Los discípulos estaban confundidos; querían pasar de la primera teofanía a la segunda sin un período de espera. Ellos simplemente no sabían qué hacer: "Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hech. 1:6-8).

Los discípulos no quisieron esperar. Pero la verdad es que hemos tenido que esperar. Hay entre los adventistas un gran interés respecto del tiempo de la venida de Cristo, acerca del cuándo y del por qué no ha ocurrido. La gente habla del retraso de la venida de Cristo, y algunos preguntan: "¿Por qué no ha venido?" Hay diferentes respuestas: "Aún no somos perfectos, o no estamos listos para la traslación". Otros dicen: "La razón por la que él aún no está aquí es que la iglesia no comprende claramente el mensaje de la justificación por la fe. Cuando lo entendamos y lo proclamemos, entonces él volverá".

Aquellas explicaciones implican que Dios no ha sido capaz de consumar el plan de salvación, que es lo que él quiere, porque la gente, la iglesia, no le ha permitido lograrlo. Nuestros fracasos parecen ser suficientemente poderosos como para paralizar a Dios. Debemos reconocer que el Señor ha decidido voluntariamente relacionar el segundo advenimiento con ciertos acontecimientos sobre este planeta, como por ejemplo la proclamación del evangelio al mundo entero. Pero esa relación no debería ser interpretada en términos de causa y efecto. No es que aquel acontecimiento cause la venida de Cristo, sino más bien que el retorno de Cristo ocurrirá en un momento particular.

Es hora de dejar de especular y estar demasiado preocupado acerca del elemento tiempo y escuchar lo que Jesús dijo a los discípulos: "¡Vayan y realicen la misión que les confié!" Es lo que la iglesia tiene que hacer. No podemos dejar de realizar la misión y meternos dentro de nosotros mismos. Es en el cumplimiento de nuestra misión que llegamos a estar

listos para el retorno de Cristo. Siempre que la iglesia se levanta y proclama el evangelio, la iglesia es revivificada. Es una dicotomía falsa llamar a la iglesia a la reforma y al reavivamiento y no salir y predicar el evangelio.

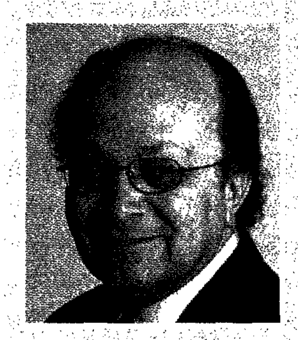
Para mí, el significado de la segunda venida de Cristo es que ahora sé para qué estoy en este planeta. Tengo una misión en la vida; vine a esta Tierra con una misión muy específica: compartir con otros la esperanza que abrigo en mi corazón. No vinimos a este planeta para aprender una profesión, ganar un buen sueldo, casarnos, comprar una casa y muchas otras cosas que realmente no necesitamos, ahorrar algún dinero para jubilarnos, y luego morir con alguna dignidad. ¡No! Nuestra función en la sociedad es un medio, no un fin en sí mismo. Dios nos ha puesto en la sociedad con el propósito de tenderle la mano a otra gente y proclamar lo que él ha hecho, hace y hará por la raza humana a través de Cristo. Aquí, debemos testificar la verdad como es en Cristo.

Conclusión

La cápsula espacial descendió suavemente en el océano Pacífico. El presidente Nixon observó la recuperación de la nave desde el puente del *Hornet*, y en el momento apropiado se dirigió a los astronautas: "Esta es la semana más importante de la historia del mundo desde la creación. Como consecuencia de lo que han hecho, las naciones del mundo jamás han estado antes tan cerca. Y les agradecemos por esto".

El más importante día de la historia de este planeta fue cuando Cristo murió y resucitó, con el propósito de volver y sanar a este mundo fragmentado. Es posible que todos nosotros nos encontremos contemplando los cielos cuando llegue ese día. Entonces elevaremos nuestras voces en cánticos de alegría: "¡Allí está! ¡Allí está!"

"Y se dirá en aquel día: He aquí, este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; este es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación" (Isa. 25:9).



El pastor Ángel Manuel Rodríguez nació en Puerto Rico, donde realizó sus primeros estudios de Teología y comenzó su ministerio. Ángel Manuel es un destacado y agudo pensador cristiano de amplia trayectoria como pastor, profesor y administrador. Posee un doctorado en Teología, y ha sido profesor y administrador universitario en varios países de la División Interamericana y Norteamericana. También fue director del Instituto de Investigación Bíblica de la Asociación General. Si bien actualmente está jubilado, sigue sirviendo a la iglesia en diversas actividades académicas y eclesiásticas.

15 La entrada del Rey

SALIM JAPAS

¡Hosanna al Hijo de David!
¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
¡Hosanna en la alturas!" (Mat. 21:9).

Cuando era niño jugaba a la "escondida" con mis compañeritos en mi pueblo natal. Para ese juego teníamos una regla que debíamos respetar. Echábamos la suerte, y a uno le tocaba buscar a los "escondidos". Cerraba los ojos y contaba hasta cien mientras los otros corrían a esconderse. Cuando llegaba a cien, decía: "¡Listos o no, ya voy!" Y entonces salía a buscarlos. Este pasatiempo de la infancia, cual si fuera una parábola bíblica, ilustra la manera en que todos estamos "jugando" con Dios desde la entrada del pecado.

En el jardín del Edén, Adán y Eva tristemente perdieron el gozo y el privilegio de una íntima relación con su Creador; como consecuencia decidieron evitar la presencia divina y se escondieron; y cuando Dios inició su búsqueda, se ocultaron temerosos detrás de un árbol: "Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto" (Gén. 3:8). Allí comenzó la celestial iniciativa de encontrar y salvar al hombre. Este proceso continuó hasta que Dios penetró personalmente en la historia humana para encontrarse con nosotros. La encarnación tuvo lugar en el momento histórico cuando la Deidad vino a buscarnos en persona.

La humanidad ha reaccionado de diferentes maneras frente a Dios, a pesar de que él se ha acercado tanto a sus criaturas. Un acontecimiento histórico registrado en la Biblia es muy apropiado para ilustrar este hecho: la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.

"Cuando se acercaron a Jerusalén, y vinieron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió dos discípulos, diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: Decid a la hija de Sion: He aquí, tu Rey viene a ti, / manso, y sentado sobre una asna, / sobre un pollino, hijo de animal de carga.

"Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó; y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y él se sentó encima. Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino. Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! Cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste? Y la gente decía: Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea" (Mat. 21:1-11)".

Traslademonos con la imaginación al primer día de la semana de la Pasión. Es Domingo de Ramos y la alegría predomina en el ambiente. Jesús se acerca a la ciudad cabalgando sobre un burrito.

El séquito de Jesús

Llama mucho la atención la identidad del que conduce al animal por la brida. Es Lázaro, quien había estado en la tumba, muerto, durante cuatro días. A ambos lados y por detrás de Jesús, un grupo numeroso de niños y ancianos, hombres y mujeres, lo siguen con entusiasmo y respeto. Algunos son los cojos, los ciegos, los leprosos y los endemoniados que el Señor había sanado. Lo siguen porque lo aman y quieren estar cerca de él. Además, una multitud heterogénea cuya intención no es tan nítida, acompaña la caravana mientras se escuchan los cantos: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en la alturas!"

La entrada de Jesús coincide con el clima de tensa expectativa que envuelve la ciudad. Hay miles de personas que han llegado de diferen-

tes países y que hablan idiomas distintos y pertenecen a diversas razas. Se han dado cita para celebrar la gran fiesta de la pascua. Jerusalén está adornada con sus mejores galas.

La ciudad

Esta no es una ciudad común. Se trata de la "ciudad de paz", el trono del "gran rey". Aunque fue destruida diecisiete veces, Jerusalén nunca ha cambiado de ubicación ni de nombre. Antes, como ahora, el peregrino que se acerca a ella pude seguir siendo el mismo, o puede permitir que el mensaje de su historia renueve su espíritu. Ella es la encrucijada de tres grandes religiones monoteístas que la reclaman como capital. Es también el centro neurálgico de la tensión internacional, cuyo desenlace final solo podría anticiparse a la luz de las Escrituras. En esta ciudad fue donde Jesús entró triunfalmente en el Domingo de Ramos.

El rechazo de un rey

Algunos de los que siguen al Señor en su entrada triunfal se regocijan con la idea de que sin duda será el nuevo Rey. Están decididos a que así sea; desean que reine. En la atmósfera se perciben tendencias nacionalistas en cada movimiento. Otros preguntan con insistencia: "¿Quién es este?"

La procesión avanza con aire de triunfo. Pero esta no se asemeja a las entradas triunfales de los grandes conquistadores de la historia humana. Todo es muy diferente. Esa misma multitud que ahora lo aclama como rey ["Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna" (Zac. 9:9)], antes de finalizar la semana terminará pidiendo su crucifixión. ¿Por qué? Porque su conexión con él es solo superficial. No han comprendido que la relación permanente con Dios es una relación de fe. "Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (Heb. 11:6). Esa relación de fe exige un sometimiento humilde a la voluntad divina: "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus

mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos" (1 Juan 5:1-3).

La intimidad espiritual genuina exige que el acercamiento a Dios sea por medio de la oración y en el amor, y reconoce que el mayor privilegio del creyente es la glorificación de Dios. "Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado" (1 Juan 3:23). "Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén" (Efe. 3:17-21).

El séquito que seguía a Jesús no previó el terrible precio de la negación. Ahora, como en el pasado, el ser humano parece ignorar el precio horroroso que se paga cuando se rechazan las leyes de Dios. Una mirada a los periódicos de nuestros días sería suficiente advertencia –al menos para algunos– del creciente deterioro de las estructuras que han hecho posible la grandeza de nuestra civilización. La delincuencia, el crimen, las drogas, la pornografía, el cáncer, el sida, las enfermedades venéreas, el robo, la mentira, el abuso de todo tipo, la inmoralidad rampante, son palabras que a fuerza de tanto usarlas están perdiendo su alarmante significado. Esta es la experiencia de una sociedad que ha preferido esconderse de Dios en vez de recibirlo como Rey.

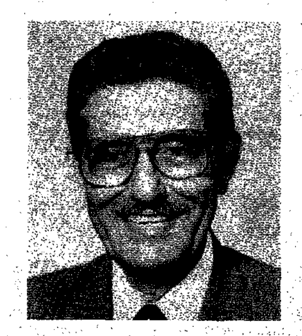
El llanto de Jesús

La marcha triunfal se detiene por una indicación de Jesús. Entonces levanta sus manos y señala el templo. Sus ojos se humedecen. Una gran tristeza parece invadir su ser. Se estremece de emoción como un árbol sacudido por un vendaval. De sus labios escapan gemidos de angustia. Su profunda tristeza, irrumpe en medio de la alegría prevaleciente. Desde esa altura puede ver el Getsemaní y anticipar la agonía de la cruz. Pero el inmenso pesar que lo embarga no se debe a sí mismo, sino a la ciudad y a todo lo que ella simboliza. Entonces sus gemidos se transforman en pa-

labras: "¡Oh, si también tu conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación" (Luc. 19:42-44). El Mesías había llegado, pero los suyos no lo recibieron; lo crucificaron.

Cristo entró en Jerusalén. Vino a nuestro mundo preguntando por nosotros, anhelando salvarnos. Algunos estuvieron listos. Muchos vivieron inadvertidamente el momento central de la historia. Otros lo rechazaron con fiereza homicida. El "juego" de la vida está por terminar, y cada uno debe decidir cómo recibirá al Caballero celestial. Pronto Dios terminará el conteo, y dirá: "Ciertamente vengo en breve" (Apoc. 22:20).

¿Cómo responderás? Te ruego que desde ahora te prepares para recibirlo como el Rey de tu vida.



El pastor Salim Japas nació en 1921, en Buenos Aires, Rep. Argentina, donde realizó sus estudios teológicos y comenzó su ministerio. De padres sirios, el joven Salim sintió que saldaba una cierta deuda con sus antepasados cuando viajó a Siria para predicar el evangelio durante algunos años. La mayor parte de su ministerio la desarrolló en la Argentina, en Puerto Rico y en la sede de la División Interamericana en Miami, Florida, EE.UU. Trabajó como pastor, evangelista, profesor de Teología y departamental en varios niveles de la organización adventista. Desarrolló un sistema altamente eficaz de evangelización, y formó a gran un número de pastores a raíz de su función educativa y su vívido ejemplo de servicio y cortesía cristianos. Escribió varios libros y decenas de artículos. Sus presentaciones sobre el santuario cautivaron a miles de personas.

16 El cierre de la puerta de la gracia

Luís Gonçalves da Silva

"Escribe al ángel de la iglesia de Filadelfia:
Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David,
el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.
Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti
una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar;
porque aunque tienes poca fuerza,
has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre"
(Apocalipsis 3:7, 8).

Existe una puerta en la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, que solo se abre cada cincuenta años. La gente cree que, a quienes pasen a través de esa puerta, se le perdonarán todos sus pecados, tanto los pasados y presentes como así también los futuros.

Por otra parte, todos sabemos que una casa, una iglesia, un departamento o cualquier otro edificio tienen que tener puertas; ¡ellas son esenciales!

Pues bien, en la Biblia encontramos momentos importantes en los cuales, ya sea de manera simbólica o real, las puertas fueron abiertas y... también fueron cerradas. Veamos tres ejemplos:

1. ***En el Jardín del Edén.*** Cuando Dios creó al ser humano, todas las puertas estaban abiertas; Adán y Eva eran perfectos y totalmente felices.

Pero un día, después del pecado, las puertas del Paraíso se cerraron y la pareja ya no pudo vivir en el jardín.

2. ***En el diluvio.*** Mientras Noé predicaba acerca de la salvación, permanecía abierta la puerta del arca. Predicó por un espacio de 120 años, y todos los antediluvianos tuvieron sus justas oportunidades. Pero, el día en que Noé entró en el arca e hizo el llamado final –es decir, cuando se dio la última oportunidad a una humanidad pecadora–, subió con su familia y los animales, se cerró la puerta y se terminó el tiempo de gracia.

3. ***En la cruz.*** En el momento en que Jesús era colgado sobre un madero, había una puerta abierta para toda la humanidad, pero otra puerta se cerraba. Esto se ejemplifica con lo ocurrido con los dos ladrones. Uno aceptó a Jesús y la puerta se abrió para él. El otro rechazó la oportunidad más increíble de la salvación; entonces la puerta se cerró para él y murió perdido.

Una puerta especial

Dios te ama de una manera muy especial, con un amor que no puede entenderse. Y por eso ha provisto de una puerta especial para que escapes de tu situación desesperada.

En Juan 10:14, está escrito que Jesús es la Puerta de la salvación y que toda persona que entra a través de él tiene vida eterna.

Y en Apocalipsis 3:7 y 8, está escrito que Dios tiene una puerta abierta ante nosotros, la cual nadie puede cerrar; es decir, una puerta que, cuando se cierra, nadie abre pero que, cuando él la abre, nadie logra cerrar.

Quiero que sepas hoy que la puerta de la vida eterna, la puerta de la salvación, está abierta para todas las personas. Está abierta para...

a. los cristianos.
b. los musulmanes.
c. los judíos.
d. los budistas.
e. los espiritistas.
f. los de las religiones orientales.

g. los ateos.
h. los agnósticos.
i. los evangélicos.
j. los católicos.
k. los pastores.
l. los obispos.
m. el Papa.
n. los creyentes y los no creyentes.
o. los que asisten a la iglesia y los que no.
p. Es decir, la puerta está abierta para usted y para su familia... ¡¿Amén?!

En otras palabras: ¡Jesús murió en la cruz por todo ser humano, sin distinción!

¿Qué significa la puerta abierta?

Quiere decir que Jesús murió por nosotros en la cruz, que luego entró en el Santuario celestial y que ahora intercede por nosotros.

En 1 Timoteo 2:5, está escrito que "hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre".

Mientras Jesús esté intercediendo en el Santuario celestial, la puerta de la gracia estará abierta.

Por tanto, podemos decir que la puerta está realmente abierta. Hoy en día hay salvación para ti y para mí; ¡tenemos que aprovechar esta excelente oportunidad!

¿Se cerrará un día la puerta?

Sin duda, ¡la puerta de la gracia se cerrará muy pronto!

Estamos en los tiempos finales y Jesús viene pronto. Pero, antes de ese día glorioso, la puerta de la gracia se cerrará definitivamente. Pronto Jesús saldrá del Santuario celestial y dirá: "Hecho está" (Apoc. 16:17), y luego dejará el Santuario. En ese momento exacto, la puerta de la gracia se cerrará para siempre y se cumplirá el texto que dice: "Que el malo siga haciendo lo malo... El que haga el bien, que siga haciéndolo" (Apoc. 22:11, Traducción en lenguaje actual). En otras palabras, no habrá más

oportunidades para la salvación. ¡Quienes acepten a Jesús serán salvados y quienes lo rechacen se perderán para siempre!

Por favor, leamos Amós 8:11 y 12.

El cierre de la puerta de la gracia será una acción doble: Jesús terminará su ministerio de intercesión en el cielo, y el Espíritu Santo terminará su ministerio aquí en la Tierra. Jesús dirá: "Hecho está", y el Espíritu también dirá: "Está todo listo en la Tierra".

Nuestro Dios es misericordioso. Estamos viviendo ya cerca del final de los seis mil años durante los cuales la gracia de Dios ha estado completamente disponible para todo ser humano y activa en la vida cada uno. Pero, pronto esta gran oportunidad de salvación se terminará. Así que, te invito a realizar ahora una profunda reflexión.

Apelación

Encontramos otra puerta en la Biblia: la puerta del corazón. En Apocalipsis 3:20 está escrito: "Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo".

Amigo, amiga, la puerta de la gracia está abierta para ti. Pero, me pregunto: ¿Está la puerta de tu corazón abierta para Jesús?

Veamos, Jesús no puede entrar por la fuerza en la vida de nadie; por eso, de manera cortés, llama a la puerta. ¿Puedes oír los golpecitos de Jesús? ¿Has oído cómo Jesús te llama a ti?

El día en que Jesús entre en tu corazón, ¡las cosas cambiarán por completo y tu vida será diferente!

En este mismo momento, el Espíritu Santo está tocando a la puerta de tu corazón. Te recuerdo lo que Dios nos dice en Hebreos 3:7 y 8: "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones".

¿Qué te impide entregarte completamente a Jesús?

Entonces, acepta esta invitación de amor, y serás feliz aquí; y luego ¡tendrás vida eterna! ¡Amén!



El pastor Luís Gonçalves da Silva nació en Martinópolis, SP, Rep. del Brasil. Estudió Teología y Religión en el Centro Universitario Adventista de San Pablo (UNASP); hace más de veinte años que se desempeña como pastor evangelista, y ya ha llevado más de treinta mil almas al bautismo. Organizó conferencias proféticas en casi todos los estados brasileños y dirigió series especiales de conferencias en Estados Unidos, Inglaterra y Sudáfrica. Es orador del programa Arena del Futuro *en el canal de televisión Nuevo Tiempo y tiene participaciones especiales en dos programas religiosos de la televisión estatal. Actualmente, es director del departamento de Evangelismo de la División Sudamericana.*

17 Recursos de esperanza

BRUNO RASO

"Vestíos, pues, como escogidos de Dios,
santos y amados, de entrañable misericordia, de bondad,
de humildad, de mansedumbre, de paciencia"
(Colosenses 3:12, RVR 95).

"Hay hombres que luchan un día, y son buenos. Hay otros que luchan un año, y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero, están los que luchan toda la vida... estos son los imprescindibles" (Bertold Brecht).

No podemos conformarnos con luchar un año, o muchos años; tenemos que luchar toda una vida con el fin de ser parte de la gloriosa eternidad.

¿Como fortalecernos? ¿Como luchar y vencer? Luego de buscar la orientación divina, analicemos juntos Colosenses 3:12-17 para descubrir recursos fortalecedores y restauradores, recursos de esperanza

Escogidos de Dios, consagrados y amados (Col. 3:12)

Estas tres palabras eran las preferidas del pueblo judío. Ellos se consideraban el pueblo *escogido*, la nación *consagrada* y los *amados* de Dios. Pero, Pablo toma estas tres palabras y las aplica a todos los seres humanos.

La elección es siempre una iniciativa divina. El punto de partida de la elección es la soberanía de Dios, la esencia es su amor; y el propósito es la santidad, la separación del elegido para vivir una vida diferente. Separados por él y para él como hijos y pueblo peculiar.

La santidad es la manifestación de una vida en perfecta concordancia con Dios. Dice Elena de White: "Así como Dios es santo en su esfera, el hombre caído, por medio de la fe en Cristo, debe ser santo en la suya" (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 461, 462).

Revestidos de afectos de misericordia (Col. 3:12)

La base del cristianismo es interrelación. La religión es comunión con Dios y comunión con nuestro prójimo; interrelación movida por elementos de gracia esenciales:

- Un corazón de **piedad**. Cuando Pablo escribió esto, el sufrimiento de los animales no era tenido en cuenta, a los enfermos y heridos se los dejaba morir, los dementes o minusválidos eran discriminados y abandonados, la mujer era simplemente un objeto, los ancianos no tenían cabida en la sociedad... El apóstol desafía a tener un corazón de piedad, de consideración, de afecto entrañable, de amor en acción.
- **Amabilidad, bondad**. Una virtud de la persona para la cual el bien de su prójimo es tan deseable como el suyo propio. Josefo utiliza esta palabra cuando describe la actitud de Isaac (Gen. 26:16-25), quien hacía pozos y buscaba agua, y luego se los daba a otros para que los aprovecharan y disfrutasen.
- **Humildad**. No es servilismo. El ser humano es una criatura humana. Dios es el Creador. Todos somos sus hijos, necesitados y dependientes por igual. No hay lugar para la arrogancia.
- **Mansedumbre, cortesía.** Combina la firmeza con la dulzura. La persona se controla porque Dios la controla. Nuestro *Comentario bíblico adventista* lo expresa acertadamente: "Mansedumbre es la ausencia de justificación propia, lo opuesto a agresividad. Es una ecuanimidad dulce y bondadosa. Nuestro Salvador fue el ejemplo perfecto de verdadera mansedumbre... [DTG 682]. El

verdadero cristiano debe esforzarse por imitar ese Modelo en su vida diaria [DTG 320]" (t. 7, p. 220).

- **Paciencia**. El solo pensar en la forma paciente en que Dios nos ha tratado nos compromete a ser más pacientes con los demás. Elena de White afirma: "El Señor requiere que tratemos a nuestros prójimos como él nos trata. Hemos de ser pacientes, bondadosos, aun cuando no lleguen a lo que esperamos en todo... Los últimos seis mandamientos especifican los deberes del hombre hacia el hombre. Cristo no dijo: 'Tolera a tu prójimo', sino 'amarás a tu prójimo como a ti mismo' " (*A fin de conocerle*, 23 de junio).

Y en la misma página dice: "Por lo tanto, recordando [Pedro] sus propias debilidades y fracasos, podía ser paciente con sus hermanos en sus faltas y errores; recordando el paciente amor de Cristo hacia él, que le proporcionó otra oportunidad de dar frutos de buenas obras, podía ser más conciliador con los que erraban..."

Soportándose unos a otros (Col. 3:13)

Soportando en el sentido de soporte, de ser un apoyo, una base sobre la que los demás puedan construir y crecer. Así lo expresa el Espíritu de Profecía:

"La tarea de edificación mutua en la santísima fe es una obra bendita... Cada corazón tiene sus propios dolores y desengaños, y debemos procurar aliviarnos mutuamente las cargas manifestando el amor de Jesús a los que nos rodean... Entronícese a Jesús en el alma. Cristo es nuestro ejemplo. Él fue haciendo bienes. Vivió para bendecir a otros. El amor embelleció y ennobleció todas sus acciones, y se nos ordena que sigamos sus pisadas" (*ibíd.*, 30 de junio).

Perdonándose mutuamente (Col. 3:13)

El perdón de Dios para con nosotros nos inspira y compromete para perdonar a los demás. ¡Hemos recibido un perdón tan grande! ¿Cómo no perdonar a quienes nos ofenden? La manera, la cantidad y la profundidad con que perdonamos establece la sinceridad de nuestra petición al Señor: "Perdónanos como perdonamos a nuestros deudores". Perdonar es el puente que nosotros mismos tenemos que atravesar para alcanzar el perdón de Dios.

Citando el mismo libro inspirado: "[Dios] está lleno de compasión y perdón, y nos perdona gratuitamente si realmente nos arrepentimos y confesamos nuestros pecados... Cuando fue puesto a prueba, Pedro pecó grandemente... Pero su Señor no lo desdeñó; lo perdonó generosamente... Debemos hacer que el amor de Jesús domine nuestra vida. Tendrá una influencia que suavice y subyugue nuestro corazón y carácter. Nos moverá a perdonar a nuestros hermanos aunque nos hayan injuriado..." (*ibíd.*, 23 de junio).

Ligados perfectamente por el amor (Col. 3:14)

El amor es la gracia que corona todo; es como un lindo vestido que cubre, y da brillo y valor a todas las demás virtudes. Es el ligamento o vínculo que une, enlaza, cohesiona.

Veamos al respecto un par de pensamientos de escritores cristianos:

"Sin el cinturón del amor, todas las demás virtudes son inútiles; es decir, penden del cuerpo peligrosamente flojas, a punto de caerse" (E. F. Scott).

"El amor es el poder motivador de la fe, es la suprema gracia cristiana" (F. F. Bruce).

Es este amor que une, que liga, que realza, que valoriza todas las virtudes en una sola persona, el mismo amor que nos conecta con las otras personas en un mismo cuerpo de creyentes.

Gobernados por la paz (Col. 3:15)

En Filipenses y Corintios, Pablo se refiere a la paz como un custodio, una protección. Cuando el amor y la amargura contienden por la supremacía, la paz es el árbitro para definir la lucha y resolver la contienda, tanto de los conflictos interiores como de los exteriores, del individuo consigo mismo o en su relación con los demás.

Estar en paz con uno mismo, es el fruto de la relación vertical con Dios, vivir en Dios y con Dios. Estar en paz con los demás es el fruto de la relación horizontal. Gobernados por la paz, para vivir y convivir.

Siendo agradecidos (Col. 3:15)

Filón, filósofo judío, al escribir acerca de los primeros cristianos, dice que a menudo pasaban toda la noche cantando himnos y salmos de gra-

titud. Plinio, el gobernador romano de Bitinia, al enviar un informe de los primeros cristianos al emperador Trajano, dijo: "Se reúnen al alba para cantar himnos a Cristo como Dios".

Qué bueno que nos conozcan e identifiquen como personas agradecidas. La gratitud nace en el reconocimiento de quién soy yo y quién es el otro, ya sea Jesús o cualquier persona con la que nos vinculamos. Veamos este consejo personal de la Pluma inspirada:

"A Dios le agradaría que usted hiciera un esfuerzo para olvidarse de sí misma. Comience por agradecer al Señor por su hogar, por el agradable ambiente que la rodea y por las muchas bendiciones temporales que le concede. Al corresponder con gratitud al Señor por su bondad, puede hacer algo por Aquel que lo hizo todo por usted. Considere la profundidad de la compasión que el Salvador manifestó hacia usted. Por usted dio su vida y sufrió cruel muerte de cruz. ¿No puede alabar a Dios por esto?" (*Cada día con Dios*, 6 de febrero).

Después de ir a Australia, Elena de White sufrió de reumatismo durante once meses. No podía dar un paso sin experimentar mucho dolor. Durante esos once meses de sufrimiento, su brazo derecho estaba sano a partir del codo, de manera que pudo usar la pluma y escribió 2.500 páginas en papel tamaño carta para su publicación. Durante ese período, experimentó los dolores más terribles de su vida. Ella misma escribió:

"Pero todo esto tiene su lado feliz. Me parecía que mi Salvador estaba a mi lado, muy cerca de mí. Sentía su sagrada presencia en mi corazón y estaba tan agradecida. Esos meses de sufrimiento fueron los más felices de mi vida, debido a la compañía de mi Salvador... Su amor llenaba mi corazón. Durante toda mi enfermedad, su amor, su tierna compasión, eran mi consuelo" (*Cada día con Dios*, 6 de febrero).

Y desde su propia experiencia nos desafía: "Contemple a Jesús, su piadoso y amante Salvador. Si le entrega a Cristo su alma desamparada, él le proporcionara gozo y paz. Será su corona de regocijo, su recompensa inestimable" (*Cada día con Dios*, 6 de febrero).

Instruidos y aconsejados por la Palabra de Cristo (Col. 3:16)

En Efesios Pablo dice que el Espíritu habite, y en Colosenses dice que la Palabra habite ricamente, abundantemente. La Palabra de Cristo es lo

que Cristo predicó, el evangelio y todo lo que, basado en la palabra escrita, se predica acerca de Cristo.

Los judíos tenían unas 10.000 palabras en su vocabulario. Para ellos la palabra era algo más que un sonido. Era algo vivo. Una unidad de energía cargada de poder. Una bala volando hacia su blanco. Un poder que hace cosas. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos. El habló y existió. El mandó y fue hecho.

Los griegos tenían unas 200.000 palabras. Para ellos, la palabra, el *logos*, era la razón, la sabiduría, el flujo, el principio, el orden, la perfección y el poder. LA PALABRA ya existía, no fue creada, Jesús era Dios, estaba con Dios, estaba desde siempre, todo fue creado por él. Con este Jesús poderoso y Creador, y con su palabra, podemos y debemos tener hoy una relación especial.

Haciendo todo en nombre del Señor (Col. 3:17)

El mismo apóstol diría: "Si pues coméis, bebéis o hacéis cualquier otra cosa hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Cor. 10:31). Y Elena de White cerraría:

"Fuimos comprados por precio. La fe y las obras han de hacemos completos en Cristo. Así nos mantendremos en el camino del Señor. Cuando el corazón es manso y humilde, Dios puede impresionar el alma. Su Palabra es nuestra consejera. Obedezcamos sus enseñanzas. En todo nuestro accionar necesitamos mantener en vista la gloria de Dios" (*Alza tus ojos*, 23 de agosto).

Conclusión

Hemos analizados estos recursos fortalecedores y restauradores. Somos **elegidos, consagrados y amados por Dios, revestidos** de sentimientos **de misericordia**, para **soportarnos y perdonarnos** unos a otros, **ligarnos perfectamente en el amor**, ser **gobernados en paz, agradecidos**, guiados por la **Palabra** de Dios, **para hacer todo en nombre del Señor.**

En lejanas tierras africanas nació y creció K'naan cuyo nombre, en su idioma original somalí, significa "viajero". Creció entre las guerras y el hambre. Hoy es un productor, músico y poeta. Ya no sufre en su Somalia

natal, disfruta de las "seguras" tierras norteamericanas (Estados Unidos y Canada), y su mayor éxito ha sido producir el himno oficial del mundial de futbol de Sudáfrica 2010, titulado "Waving Flag", "Bandera flameante". Himno que ya ha sido adoptado por muchos países como un himno de esperanza.

En su mensaje se destacan estas frases: Cuando sea grande seré más fuerte, me llamarán libertad. Por ahora sufro la violencia, vivo en lugares remotos, oscuros y pobres, de dura sobrevivencia. No se aceptan derrotas, imposible rendirse, como soldados seguimos luchando, peleando y preguntándonos cuándo seremos libres. Pacientemente esperamos por otros días. Como una bandera que flamea.

Queridos, como K'naan, somos viajeros, sufriendo en un mundo malogrado por nuestra propia y caprichosa elección de pecado. Gracias a Dios que Jesús levantó con su propia vida la bandera manchada con su sangre y pagó el precio de nuestra redención. Hoy, en medio de las dificultades, tenemos que levantar la bandera de la esperanza, fortalecer el vínculo del perfecto amor en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestra comunidad para que, en breve, cuando terminen la guerra y la pobreza, cuando seamos grandes y fuertes, flamee definitivamente la bandera de la libertad, del fin del pecado, de una vida nueva y para siempre.

No se aceptan derrotas; imposible rendirse. Luchando y peleando, pronto llegaremos al final del viaje, a la Canaán prometida, nuestro nuevo y definitivo hogar. Un lugar donde juntos cantaremos el himno oficial inaugural del universo purificado y compartiremos el mismo trono con Dios. No se aceptan derrotas; imposible rendirse. Luchando y peleando, porque esos días no están tan lejos.

"Y a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán consigo revelaciones más ricas y aún más gloriosas respecto de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios, tanto más admirarán su carácter... El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más

vasto, todas las cosas, animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto que Dios es amor" (*El conflicto de los siglos*, pp. 736, 737).



El pastor Bruno Raso nació en la Ciudad de Buenos Aires, Rep. Argentina, y se casó con Dorita Otto, con quien son padres de Doris y Cristina. Es Licenciado, Máster y Doctor en Teología, lleva ya 36 años de ministerio y sirvió como pastor distrital y como departamental en distintos lugares de la Argentina. También fue presidente de la Asociación Bonaerense y la Unión Austral. Actualmente, es vicepresidente de la División Sudamericana, donde con anterioridad se desempeñó como Secretario Ministerial.

18 Dios pide urgencia

Erton Köhler

"Ciertamente vengo en breve"
(Apocalipsis 22:7, 12, 20).

Los invito a considerar uno de los mensajes más importantes de la Biblia. El centro de nuestro nombre e identidad. La razón de nuestro nacimiento como iglesia. El mensaje especial que tenemos para ofrecer al mundo. La razón de nuestra esperanza.

El regreso de Cristo se presenta desde el Génesis hasta el Apocalipsis más de 1.500 veces. Solo en los Evangelios, uno de cada 25 versículos renueva este mensaje. La conclusión natural es: Quien lee la Biblia necesita colocar la bendita esperanza del regreso de Jesús en el centro de sus creencias. En otras palabras, debe ser un adventista; porque, después de todo, la Biblia es un libro adventista.

Echemos un vistazo general al mensaje de cada sección bíblica para confirmar esta realidad:

El retorno de Cristo en toda la Biblia

Ustedes notarán que, si nos concentramos en el Pentateuco...

- Génesis 3:15 es la promesa de la simiente victoriosa de la mujer sobre la serpiente. Su cumplimiento total ocurrirá en la segunda venida de Cristo.

- Génesis 5:24 muestra el momento en que Enoc fue arrebatado sin ver la muerte, símbolo de los justos que estarán vivos cuando Cristo regrese.
- Génesis 6 al 9 presenta la historia de Noé. El mundo de su época fue un ejemplo de la realidad del tiempo del fin. Su mensaje tenía un contenido de juicio y salvación, tal como debe acontecer en los últimos días. Por medio de él y de su familia, se hizo evidente el concepto de remanente, tan fuerte y claro en el Apocalipsis.
- Desde Génesis 12 aparece Abraham. Un peregrino en esta Tierra. De hecho, Hebreos 11:10 revela que él estaba esperando un mejor país, construido por Dios. De su descendencia surge Israel, un pueblo en un viaje a la Tierra Prometida.
- En el capítulo 14 de Génesis, aparece Melquisedec, rey y sacerdote. Él era un tipo de Cristo, quien hoy actúa como Sacerdote en el cielo y vendrá por segunda vez como Rey.
- Desde Éxodo hasta Deuteronomio inclusive, toda la historia de la liberación y la peregrinación de las personas está vinculada con Moisés. Es el autor del Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia. Él murió, fue resucitado y llevado al cielo. Fue un símbolo de los justos de todos los tiempos que serán resucitados y arrebatados cuando Cristo regrese, quienes vivirán para siempre con el Señor.

Ante estas evidencias tan claras, solo podemos concluir que Moisés era adventista, pues así lo revelan sus escritos. Por eso, quien no crea en la segunda venida deberá quitar el Pentateuco de su Biblia.

El análisis de los libros de historia repite este punto de vista porque, a través de la historia de Israel, en 2 Samuel 7:13 vemos que Dios promete establecer el reino de David para siempre. Lo cual acontecerá definitivamente cuando Cristo aparezca por segunda vez como Rey de reyes y Señor de señores. Por tanto, quienes no tienen la esperanza de la segunda venida en el centro de sus creencias no pueden aceptar los libros históricos. Necesitan sacarlos de su Biblia.

Un rápido vistazo a los libros poéticos también muestra nuestra gran esperanza:

- El patriarca Job, como se describe en Job 19:25 al 27, dijo con confianza: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo... Mis ojos lo verán". Esta es una clara alusión a la resurrección y la segunda venida.
- El Salmo 15 muestra las características de quienes irán al cielo en la segunda venida, y el Salmo 110 se presenta como un salmo conectado con el tema del juicio.
- Todos los libros poéticos apuntan a la venida del Redentor y su ida al cielo. Son libros adventistas. Quien no tiene esta esperanza deberá sacarlos de su Biblia.

En cuanto a los libros de los profetas, ellos presentan una visión más amplia de la misma esperanza.

- Isaías 25:8 utiliza un lenguaje especial, que luego se repetirá en el Apocalipsis, cuando dice que Dios "destruirá a la muerte para siempre" y "enjugará las lágrimas de todos los rostros".
- Isaías 25:9 describe las palabras de los salvos cuando, en la venida de Jesús, reconocen: "¡Este es nuestro Dios! Lo hemos esperado, y nos salvará".
- Isaías 66:23, al final del libro, destaca dicha verdad cuando dice que "de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrán todos a adorar delante de mí".
- Daniel 7:13 y 14, en visiones nocturnas, nos describe que el profeta veía cómo el Hijo del hombre venía con las nubes de los cielos. También señala que "se le dio dominio eterno" y que "su reino es uno que nunca será destruido".
- Y es Daniel 12 donde se da el mayor énfasis a la segunda venida. Aquí está la descripción del momento en el que se levantará Miguel, y en el cual habrá un tiempo de angustia. El profeta destaca el tiempo del fin y pone de relieve la resurrección.

Esta es solo una muestra, que podría multiplicarse en los profetas mayores. Así que espero que esto signifique no tener que borrarlos de la Biblia.

Un repaso de los profetas menores refuerza el mismo mensaje:

- Joel 3:18 al 21 habla de la Tierra habitada para siempre y del Señor que vive en ella.
- Amós 4:12 es uno de los llamados más bellos de la Biblia: "Prepárate, Israel, para venir al encuentro de tu Dios".
- Zacarías 14:4 profetiza sobre el momento cuando los pies del Señor se posarán sobre el monte de los Olivos, el cual se partirá a la mitad.
- Zacarías 14:8 al 11 describe una hermosa visión profética de la Tierra Nueva.

Cada uno de los profetas menores vivió y escribió acerca de la esperanza de una Tierra mejor. Eran adventistas. Quien no cree en este mensaje no puede mantener estos libros en la Biblia.

En los evangelios, encontramos una de las mayores riquezas de esta esperanza. Es presentada por la misma persona que está a punto de venir:

- Si miramos rápidamente el primer libro, Mateo 24 es el capítulo más importante, pues en él Cristo mismo da señales de su venida.
- Y si vamos al último, el Evangelio de Juan, el capítulo 14 y los versículos 1 al 3 revelan la más dulce promesa: "Vendré otra vez".

Analizando cada uno de los evangelios no hay otra opción. Debemos reconocer que la Biblia es un libro adventista. Entonces, quien no tiene esta esperanza no puede conservar los cuatro Evangelios en su Biblia.

Un vistazo a las epístolas nos revela que ellas también destacan la segunda venida:

- El más grande escritor, el apóstol Pablo, repite su esperanza permanente.

    En 1 Corintios 15:50 al 54, habla de la primera resurrección.
    En 1 Tesalonicenses. 4:16 al 18, pone de manifiesto la fuerza de su esperanza cuando habla de la resurrección y dice: "Nosotros, los que vivimos".

En 2 Timoteo 4:7 y 8, renueva su compromiso con la carrera cristiana y nos habla de la corona de la vida, la cual nos será entregada cuando Cristo regrese.

En Hebreos 11, presenta una bella descripción de los héroes de la fe, que vieron una Patria mejor, la cual se encuentra en los cielos.

- El apóstol Pedro confirma la misma opinión:

En 2 Pedro 3:3 y 4, refuta a los burladores que dicen: "¿Dónde está la promesa de su advenimiento?"

En 2 Pedro 3:9 al 13, describe detalladamente cómo nuestras vidas deben estar preparadas para encontrarnos con el Señor.

Juan tiene el mismo compromiso con la segunda venida:

En 1 Juan 2:28, nos invita a no avergonzarnos delante de él en su venida.

En 1 Juan 3:2, hace un llamado para que, cuando Cristo se manifieste, seamos semejantes a él.

- Judas, en el versículo 18 de su epístola, también habla de los últimos tiempos y de los escarnecedores.

Si alguien no tiene la segunda venida fuertemente arraigada en el corazón, no puede tener las epístolas en su Biblia.

En el Apocalipsis se concentra la mayor fuerza de nuestra esperanza. Comienza en el capítulo 1:7, cuando Juan dice: "He aquí que viene con las nubes: Todo ojo lo verá"; y concluye en el capítulo 22:7, 12 y 20, cuando Juan repite tres veces en ese último capítulo de la Biblia: "Ciertamente vengo en breve".

Quien no tiene la gloriosa esperanza de la segunda venida no puede incluir el Apocalipsis en su Biblia.

(Solamente levanta la portada de una Biblia, sin ningún tipo de contenido). Aquí está la Biblia de los que no tienen esperanza de la segunda venida de Cristo. Es una Biblia sin contenido y sin efecto. Presenta un futuro sin esperanza.

Dios pide urgencia

Pero, surge una preocupación: Si este es el mensaje, si este es el pueblo y si ahora es el momento, ¿cuánto tiempo se necesita para que se convierta en nuestra esperanza real? La respuesta a esta pregunta depende en gran medida de nuestra reacción individual.

Elena de White habla a menudo de una actitud de urgencia en nosotros, con el fin de que el tiempo de la Tierra no se extienda mucho más. Dice: "La verdad está a punto de triunfar gloriosamente... Que los que se gozan en la verdad presente **se apresuren** ahora a impartirla a otros" (*Testimonios para la iglesia*, t. 9, p. 109). "Si cada uno fuera un misionero activo, el mensaje para este tiempo se proclamaría **prestamente** en todos los países, y a todo pueblo, nación o lengua" (*ibíd.*, t. 6, p. 437; los énfasis son míos).

Observando el mensaje de la Biblia para los últimos días, en el Apocalipsis veo este mismo llamado a apresurarnos. Por eso, Apocalipsis 12:12 podría parecer un texto negativo, pero contiene un desafío para nuestro actual momento histórico.

Lo principal es la afirmación de que el enemigo trabaja en una carrera contra el tiempo. Así, él maneja grandes movimientos que generan cambios rápidos. Por ejemplo, miremos lo que pasó en 2001 con el ataque terrorista a las Torres Gemelas y al Pentágono, en Estados Unidos. En 45 minutos, la historia fue transformada por completo y para peor. O analicemos la crisis financiera internacional que golpeó al mundo en 2008 y de la cual no ha logrado recuperarse. En pocas semanas, los fundamentos de la economía global fueron destruidos y los grandes poderes financieros del mundo entraron en crisis.

Si nos fijamos en los temas ecológicos –como el calentamiento global, la desertificación del planeta, el derretimiento de los casquetes polares y el aumento del nivel del mar entre otros– y en la escasez de alimentos que habrá dentro de unos años, veremos que todos son retos que han surgido en pocas décadas y han cambiado nuestro ritmo de vida para mal.

Las cuestiones de la moral presentan el mismo cuadro de situación. En pocos años, todo se fragmentó en mil pedazos: el casamiento definitivo, el sexo fuera del matrimonio y la homosexualidad. No hace mucho apenas si se hablaban estos temas pero, de la noche a la mañana, se convirtieron en puntos de discusión y cambiaron el estilo de vida de la sociedad.

No fueron necesarios siglos para estas transformaciones. En pocos años, semanas, días u horas, el mundo empeoró porque el enemigo tiene urgencia.

La pregunta que me hago es: ¿Estamos trabajando con la misma urgencia o incluso con una mayor? Miremos el tamaño de nuestros retos a la luz de una iglesia que está preparando a un pueblo para encontrarse con el Señor:

- De las 13.540 lenguas existentes en el mundo, 12.665 aún no han sido alcanzadas por el mensaje adventista.
- De los 229 países del mundo, estamos presentes en 204. Todavía nos faltan 25.
- El mundo está creciendo a un promedio de 90 millones de personas por año, y la Iglesia Adventista llega a casi un millón en el mismo período.
- El reto es aún mayor en las grandes ciudades:
  - ¿Cuántas ciudades aún faltan ser conquistadas?
  - ¿Cuántos barrios de estas grandes ciudades?
  - ¿Cuántos grupos poblacionales?
- ¿Cuántos están fuera de la iglesia necesitando ser rescatados?
- ¿Cuántos miembros de iglesia todavía tienen que poner el corazón en la misión?

Dios nos ha dado grandes bendiciones y ha abierto grandes puertas a través de movimientos misioneros sin precedentes, pero él está esperando que andemos más rápido. No debemos trabajar para que Cristo vuelva en los próximos 150 años, sino para que venga mañana. No podemos tratar nuestra misión como si fuera algo más en la vida de la iglesia. Necesitamos priorizarla, y hacer que todos los miembros participen en la misión. Debemos hacer grandes movimientos para lograr grandes resultados. Necesitamos crecer mucho en cantidad, pero también con calidad. Apresuremos nuestra misión con el fin de ver el regreso de Cristo en nuestra generación.

Conclusión

Necesitamos fortalecer la sensación de mayor prisa. Darnos prisa para consolidar una vida espiritual consistente, recibir la lluvia tardía, anunciar

el regreso de Cristo, cumplir con la misión, conquistar a las multitudes para el Reino de los cielos.

Elena de White nos advierte: "Cada día termina el tiempo de gracia para algunos. Cada hora, algunos pasan más allá del alcance de la misericordia. ¿Y dónde están las voces de amonestación y súplica que induzcan a los pecadores a huir de esta pavorosa condenación? ¿Dónde están las manos extendidas para sacar a los pecadores de la muerte? ¿Dónde están los que con humildad y fe perseverante ruegan a Dios por ellos?" (*Patriarcas y profetas*, p. 135).

Cada día, miles están muriendo y ya no podremos alcanzarlos más. No podemos perder el tiempo. Dios pide urgencia. ¿Dónde están las voces? ¿Dónde están las manos? ¿Dónde están los intercesores? ¿Podrá Dios contar contigo?



El Pastor Erton Köhler ingresó a la obra denominacional en 1990 y se desempeñó, sucesivamente, como pastor distrital, departamental de campo y de Unión, secretario de Asociación, y director de jóvenes de la División Sudamericana. Al llegar a la presidencia de la División Sudamericana tenía 38 años y 17 de servicio, tornándose así en el presidente más joven en toda la historia de la División Sudamericana. Está casado con Adriene, quien es enfermera, y tienen dos hijos, Matheus y Mariana.